

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE
GUATEMALA

Facultad de Ciencias Sociales

El proceso de desciframiento de las
inscripciones mayas: cuatro aspectos que
apoyan su validez

BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

Trabajo de investigación presentado por
Álvaro Paredes Calderón
para optar al grado académico de
Licenciado en Arqueología

Guatemala
2005



El proceso de desciframiento de las
inscripciones mayas: cuatro aspectos que
apoyan su validez

Vo.Bo.:

(f)



(Lic. Héctor Escobedo Ayala)

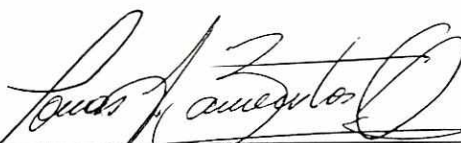
Tribunal:

(f)

Marion Popenoe de Hatch

(Dra. Marion Popenoe de Hatch)

(f)



(Lic. Tomás Barrientos Quezada)

(f)



(Lic. Héctor Escobedo Ayala)

Fecha de aprobación: 21 de abril de 2005

Prefacio

La epigrafía maya es un tema apasionante. Aún antes de iniciar formalmente mis estudios en arqueología, la epigrafía era un tema que se imponía por encima de otros en mis intereses particulares, cuando menos en el área de las ciencias sociales. Esto implica que para cuando me inicié formalmente en el estudio de la arqueología maya, la epigrafía ya era, cuando menos en mi mente, el tema sobre el que habría de enfocarme para un eventual trabajo de graduación.

Sin embargo, nunca fue mi intención encasillarme en este particular y de hecho, a lo largo de estos años de estudios universitarios tuve la oportunidad de conocer otras ramas de la arqueología igualmente interesantes, aunque finalmente debo admitir que mi gusto por la epigrafía continuó dominado incluso hasta el mismo final. En consecuencia, la elección de este tema no es una cuestión puramente pragmática para cubrir un requisito académico, sino más bien es subjetiva y de gusto personal con el mismo objetivo en mente.

Una vez decidido el tema general, se inició la difícil búsqueda de un asunto particular que involucrara a la epigrafía. Inicialmente, la reconstrucción de la historia de algún sitio o de algún personaje se antojaba como un asunto muy atractivo y por demás interesante. Sin embargo, se deben reconocer las limitaciones inherentes a desarrollar un trabajo de esta naturaleza. Una investigación de este tipo hubiera implicado evidentemente la lectura de los monumentos asociados, un trabajo ya realizado por los epigrafistas más competentes, así que en consecuencia corría el riesgo de no brindar un aporte estrictamente novedoso, por lo que debía buscar otro tema.

Fue en esa disyuntiva que tuve la oportunidad de conocer a algunas personas que aún cuando en más de un caso eran incluso profesionales de las ciencias sociales,

simplemente no creían en la epigrafía. Debo admitir que su actitud me sorprendió y no de la forma más agradable.

Superar mi propio desagrado inicial y un pensamiento, hasta cierto punto dogmatizado alrededor de la validez de la epigrafía, significó simultáneamente identificar el tema a investigar para tratar de probar: la validez de la epigrafía; pero una cosa es pensar hacerlo y otra muy distinta es realizarlo.

El primer paso fue identificar cuál o cuáles eran los puntos más susceptibles a ser puestos en duda por aquellos que se manifestaron escépticos con relación a la epigrafía. Una vez identificados esos puntos, los que dicho sea de paso no resultaron ser abundantes, se inició la inevitable recopilación bibliográfica, siendo esa, posiblemente, una de las mayores limitantes de este trabajo.

En efecto, muchos de los documentos indispensables para probar la validez de la epigrafía fueron escritos, en algunos casos, hace más de cien años y escasamente aparecen citados en los textos más actualizados. De hecho, hoy en día, más de uno de los puntos cuestionados por los escépticos se da por sentado y tiene casi connotaciones de paradigma, cuando menos en el ambiente epigráfico, de tal forma que ni siquiera se considera necesario establecer, mediante cita bibliográfica, quién lo definió en esa forma.

Estoy consciente que la consecución de esos textos y documentos dio trabajo extra a más de una persona, y es por ello que debo agradecer muy especialmente al Licenciado Héctor Escobedo Ayala, al Arquitecto Federico Fahsen Ortega y al Licenciado Edgar Suyuc, su invaluable colaboración en ese aspecto.

Demostrar la validez del desciframiento de las inscripciones mayas, implica forzosamente entrar a considerar a la epigrafía como una herramienta válida en la reconstrucción del pasado histórico de los mayas. Pero, de ninguna manera, se propone aquí considerar a la epigrafía como una herramienta única o aislada del resto de las ramas de las ciencias sociales para la comprensión del pasado maya. De hecho, al demostrar la

validez del desciframiento, se pretende en realidad demostrar también que la epigrafía es una herramienta que puede y debe usarse en conjunto con la arqueología, la iconografía y la teoría antropológica, entre otras cosas, para lograr una reconstrucción plausible y realista de un pasado que en Guatemala podemos sin mucho preámbulo calificar como nuestro.

Este trabajo de investigación está dividido en tres secciones. La primera de ellas trata a la epigrafía y a la escritura desde una perspectiva puramente conceptual y finaliza clasificando, sobre una base teórica, a la escritura maya en una tipología bien definida. La segunda sección presenta la historia del desarrollo de la epigrafía. Esta sección histórica pretende mostrar al lector que el desciframiento obedece a un largo proceso en el que los logros y fracasos de ayer sirven para enriquecer la investigación de hoy. En la misma forma, los logros y fracasos de hoy deberán enriquecer la investigación del mañana. El proceso continúa, y deberá continuar, talvez en busca de la utópica perfección de un desciframiento que difícilmente podrá ser calificado de casual o caprichoso. En efecto, cualquiera que lea la historia del desciframiento de las inscripciones mayas deberá coincidir en que se trata de un proceso de 500 años de duración, con los adelantos, reveses y estancamientos de rigor, pero de una forma u otra, un proceso que nos permite hoy estar más cerca de la verdad. Esta segunda etapa finaliza presentando la situación y condiciones de la epigrafía en Guatemala a través de la breve, exposición de algunos datos biográficos de aquellos guatemaltecos que se han dedicado a la epigrafía maya. Es probable que en esta parte no se mencione a todos los guatemaltecos involucrados en la epigrafía maya, pero de una forma u otra confío en haber presentado cuando menos a los más significativos o influyentes. Debo aquí manifestar nuevamente mi agradecimiento al Licenciado Escobedo y al Arquitecto Fahsen, así como al Doctor Oswaldo Chinchilla Mazariegos y al Licenciado Daniel Contreras el aporte proporcionado, una amabilidad que me permitió complementar la sección referente a la historia de la epigrafía.

La tercera sección trata aquellos aspectos del desciframiento que de alguna forma han sido más cuestionados. Ciertamente los cuatro aspectos analizados en este trabajo no son los únicos que levantan algún grado de escepticismo y para ser riguroso debiera

considerarse también a aquellos que opinaron que los mayas ni siquiera tenían escritura, un punto que confío aclarar incluso desde la primera sección. Los cuatro aspectos tratados con alguna extensión en este trabajo son en orden de aparición: el orden de lectura de las inscripciones, la correlación calendárica, el idioma de las inscripciones y finalmente el contenido de las inscripciones. Sin embargo, tratar estos aspectos en un marco aislado del desarrollo histórico de la epigrafía carecería de sentido. Es necesario brindar al lector un contexto referencial que le permita visualizar cada uno de esos cuatro aspectos con una perspectiva diacrónica. De allí que se justifique nuevamente la extensión de la sección histórica en este trabajo. Al revisar la historia de la epigrafía maya puede notarse que cada uno de esos aspectos no es el producto caprichoso y aislado de un solo investigador. Cada uno de esos aspectos fue oportunamente tratado por varios estudiosos, muchos de los cuales también arribaron a conclusiones diversas. Esta misma diversidad produjo en más de una ocasión genuinas batallas académicas que sirvieron finalmente para cimentar sólidamente la siguiente etapa del desciframiento.

Con relación al contenido de las inscripciones, el escepticismo y hasta desconfianza en el desciframiento se basa particularmente en la mención de la guerra entre los mayas. Sin embargo no me corresponde, ni es tampoco el objetivo de este trabajo establecer los motivos por los que ese pensamiento aún se manifiesta en un determinado grupo de científicos sociales. De cualquier forma, he procurado presentar la evidencia, tanto material como epigráfica, que permita llegar a conclusiones realistas y como un complemento a esto además se presentan piezas de evidencia etnohistórica, la cual, salvando la distancia temporal y geográfica que la separa de los mayas del Clásico en las tierras bajas, muestra suficientes analogías y puntos de coincidencia como para considerarla una evidencia válida, y no solamente circunstancial.

Para terminar, debo agradecer muy especialmente a la Doctora Marion Popenoe de Hatch, por creer en el tema, y nuevamente al Licenciado Héctor Escobedo por su asesoría.

CONTENIDO

	Página
Prefacio.....	iv
Contenido	viii
Índice de figuras.....	x
Resumen	xii
Capítulos	
I. Introducción.....	14
II. Epigrafía y escritura.....	18
2.1 Epigrafía	18
2.2 Escritura.....	18
2.2.1 Áreas geográficas del desarrollo de la escritura.....	19
2.2.2 Tipos de escritura.....	20
2.2.3 Sistemas de escritura mesoamericanos.....	24
2.2.4 La tipología de la escritura maya	25
III. La historia de la epigrafía maya	26
3.1 Las propuestas de Coe y Stuart	26
3.2 El desarrollo de la epigrafía maya.....	27
3.2.1 Testigos (1517-1740)	28
3.2.2 Los pioneros (1740 – 1840).....	30
3.2.3 Primeros documentadores (1840 – 1880).....	34
3.2.4 Primeros académicos (1880-1910).....	38
3.2.5 Las instituciones (1910 – 1958).....	43
3.2.6 El pasado reciente (1958 – 1984).....	59
3.2.7 La actualidad.....	56
3.2.8 La epigrafía en Guatemala.....	59
IV. Cuatro aspectos del desciframiento	67
4.1 El instrumento.....	67
4.2 El orden de lectura de las inscripciones.....	69

4.3 La correlación calendárica	79
4.3.1 La evidencia aportada por Landa	81
4.3.2 Evidencia astronómica	83
4.4 El idioma de las inscripciones	88
4.5 El contenido de las inscripciones	92
4.5.1 La guerra.....	92
4.5.2 La guerra en las inscripciones.....	97
4.5.2.1 La evidencia iconográfica	97
4.5.2.2 El dintel 8 de Yaxchilán.....	98
4.5.2.3 El mural de Bonampak.....	99
4.5.3 Evidencia epigráfica.....	100
4.5.4 Expansionismo de Tikal	109
4.5.4.1 Antecedentes del expansionismo.....	109
4.5.4.2 Inicia la expansión	110
4.5.4.3 El mundo maya en guerra	112
4.5.5 La evidencia etnohistórica	115
V. Conclusiones	121
VI. Bibliografía	130

Índice de figuras

Figura 1 muestra de un pictograma.....	22
Figura 2 ideograma Kin	22
Figura 3 ideograma Pakal.....	23
Figura 4 forma silábica pa-ka-la.....	23
Figura 5 muestra de escritura cuneiforme.....	23
Figura 6 logograma de Balam	25
Figura 7 forma silábica ti-ka-la	25
Figura 8 sistema rebus o ikonomático.....	42
Figura 9 topónimo azteca.....	42
Figura 10 glifo “dolor de muelas”	53
Figura 11 glifo de la “rana virada”	53
Figura 12 glifo de cabeza femenina.....	55
Figura 13 gráfica de Motivo expuesto.....	68
Figura 14 esquema de rejilla de Rau.....	70
Figura 15 patrón angular de lectura.....	70
Figura 16 patrón angular de lectura.....	71
Figura 17 patrón “T” de lectura.....	71
Figura 18 lámina X del Códice de Madrid.....	72
Figura 19 lámina VI del Códice de Madrid.....	73
Figura 20 lámina XIV del Códice de Madrid.....	74
Figura 21 Tablero de la Cruz en Palenque.....	75
Figura 22 esquema de la inscripción en el Tablero de la Cruz.....	75
Figura 23 a/b estructura VOS en el Códice de Dresden	78
Figura 24 mapa estelar del 21 de junio de 741.....	83
Tabla 1 comparación entre correlaciones.....	85
Figura 25 cuentas largas en el Códice de Dresden	86
Figura 26 way	89
Figura 27 chih (venado)	91
Figura 28 yotot (casa)	91

Figura 29 sakun winik (hermano mayor)	91
Figura 30 ak'ta (baile)	91
Figura 31 Altar 8 de Tikal	97
Figura 32 Estela 2 de Aguateca	97
Figura 33 Dintel 8 de Yaxchilán	98
Figura 34 Mural de Bonampak	100
Figura 35 glifos de eventos de guerra	101
Figura 36 "captura" en el Códice de Madrid	102
Figura 37 "captura" en el Códice de Dresden	102
Figura 38 "decapitación" en el Códice de Madrid	103
Figura 39 complejo "Tlaloc-Venus-Guerra"	104
Figura 40 Estructura 5D-43 Tikal	104
Figura 41 Estela 32 Tikal	105
Tabla 2 eventos de "guerra de estrellas"	107
Figura 42 Estela Hauberg	109
Figura 43 Texto de la Estela 31 de Tikal	111
Figura 44 orden de lectura de nuestra escritura	122
Figura 45 mapa del corredor de las inscripciones	125
Figura 46 dibujo militar de un niño	127
Figura 47 panel lateral del monumento a Justo Rufino Barrios	127

Resumen

La epigrafía maya se encarga de la lectura e interpretación de las inscripciones mayas. Sin embargo, resultaría, en el mejor de los casos engañoso hablar de inscripciones mayas, si no se considera que los mayas tenían escritura.

Es un hecho que la escritura maya era un aspecto conocido y atestiguado de esta cultura mesoamericana desde el mismo siglo XVI, y que ya, desde ese momento, una forma incipiente de epigrafía se dio a la tarea de leer e interpretar esas inscripciones, muestra el inmediato interés que este asunto produjo. La historia del desarrollo de la epigrafía debe entonces partir desde el mismo momento en el que un grupo de españoles se mostró interesado en el uso de la escritura maya. Desafortunadamente, el tiempo y algunos otros factores puramente humanos ocasionaron un estancamiento relativo en el proceso de lectura y desciframiento, cuando menos durante el siguiente par de siglos.

El renacimiento del interés por las inscripciones mayas ocurrió simultáneamente con el advenimiento de las exploraciones y el descubrimiento de algunos textos mayas, cuyo estudio, en conjunto con la evidencia obtenida por las exploraciones, cimentó formalmente el camino que la epigrafía maya habría de seguir en adelante. Es de hacer notar que éste no ha sido un camino libre de obstáculos.

Sin embargo, con todo y eso, la historia del desarrollo de la epigrafía se muestra en la actualidad como un proceso consistente y bien sustentado en el trabajo de innumerables entusiastas y especialistas surgidos de diversas áreas del conocimiento humano. Pero la legitimidad de ese proceso no ha terminado de convencer a todos puesto que efectivamente existe un pequeño, pero importante grupo de personas que dudan de algunos aspectos del desciframiento y, en general, del proceso mismo.

Este trabajo examina el desarrollo y algunos de los aspectos más cuestionados de la epigrafía maya y obtiene, sobre la base del análisis de la evidencia presentada por aquellos que eventualmente establecieron los patrones que rigen su respectivo desciframiento, una serie de conclusiones que permiten reforzar, en términos generales, la validez del proceso.

CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN

El desciframiento de las inscripciones mayas es, hasta ahora, un proceso de casi 500 años de duración; un proceso que de ninguna forma ha concluido, pero cuyo desarrollo está sólidamente fundamentado en el producto de la investigación sistemática de arqueólogos, antropólogos, lingüistas, historiadores, matemáticos y astrónomos entre otros muchos. Semejante trabajo de investigación ha permitido a la epigrafía maya, o sea la rama que se especializa en la lectura e interpretación de las inscripciones mayas, adquirir un papel cada vez más importante en la investigación de los vestigios culturales de la civilización mesoamericana que desarrolló el sistema de escritura más complejo en la región.

En principio resulta aventurado hablar de arqueología maya en el siglo XVI, aunque en rigor, los primeros intentos por leer e interpretar las inscripciones y documentos mayas fueron llevados a cabo por un grupo de españoles que, siendo testigos presenciales del uso de los glifos, no tuvieron por aquellos días ninguna objeción en reconocer que los mayas tenían escritura. La epigrafía maya es, por lo tanto, una especialidad más antigua que la arqueología maya, aunque en honor a la verdad, debe admitirse que esa jerarquía por antigüedad se perdió en algún momento de la historia. Y es que, en realidad, los valiosos informes de aquellos primeros epigrafistas cayeron en el olvido y no fue sino hasta casi tres siglos después cuando algunos fragmentos volvieron a ver la luz. Si John L. Stephens hubiese conocido el trabajo de Landa o el de Sánchez de Aguilar, posiblemente no habría sólo elucubrado sobre el contenido histórico de las inscripciones. Lo cierto es que habían pasado tres siglos cuando el trabajo de Landa fue descubierto por Brasseur de Bourbourg y el fragmentario informe de un oscuro obispo de Yucatán en el siglo XVI, carecía de credibilidad para muchos.

Sin embargo, la pista de la escritura maya no se había perdido completamente. La existencia de los códices mayas había permitido, a algunos estudiosos de los siglos XVIII

y XIX, comprender asombrosamente bien muchos aspectos, tales como el calendario maya. Por una paradoja del destino, el mismo estudio de los códices que sirvió para demostrar, por ejemplo el orden de lectura de las inscripciones, también reveló, a la larga, una faceta negativa, pues dado el marcado contenido calendárico y astronómico de los mismos, empezó a crearse en el ambiente académico una falsa impresión alrededor del contenido mismo de las inscripciones. Así se llega hasta el siglo XX, la misma época que atestiguó el “*auge y caída*” de una utopía.

Sir J. Eric S. Thompson fue un hombre de su época. Veterano de la primera guerra mundial, sufrió en consecuencia la locura criminal de la guerra de trincheras, en donde además fue herido. Es probable que esta experiencia haya marcado al joven Thompson de tal forma que, igual que muchos otros que presenciaron y participaron de aquel conflicto, terminó por rechazar los desvíos belicistas de su propia nación, y empezó a idealizar a una civilización surgida en las selvas de Centro América muchos siglos antes (Thompson, 1966: 31). Thompson, entonces tuvo la oportunidad de apoyar, con su evidencia, la falsa impresión que tenía sobre del contenido de las inscripciones y combinar ambos factores para crear la utopía de una civilización de sacerdotes, artistas y arquitectos con sus ojos puestos en el firmamento. Pero, si las ideas de Thompson alrededor del contenido de las inscripciones mayas pueden encontrar alguna justificación, en cambio, su oposición, por encima de la evidencia existente, a considerar que un solo glifo pudiera tener el valor de un morfema independiente resulta más inexplicable. De cualquier forma, y a la luz de sus descubrimientos y aportes, resulta exagerado e injusto calificar a Thompson de “obstáculo” en el proceso de desciframiento, como lo hace M. Coe (Coe, 1995: 151).

Casualmente fueron dos rusos quienes involuntariamente se combinaron para derribar la utopía thompsoniana: Tatiana Proskouriakoff, y Yuri Knorosov. Proskouriakoff demostró que las inscripciones también relataban la historia de los mayas (Proskouriakoff, 1960: 323), una aproximación que ya había sido supuesta por Stephens, y que por cierto coincidía con lo observado por Landa (Landa, 1986: 105) y Sánchez de Aguilar (Sánchez de Aguilar, 2001: 40). Por cierto, una historia que naturalmente incluía

personas reales, con logros y problemas reales, una situación que sustraía a los mayas de su privilegiada pero irreal posición, y los introducía en un ambiente más real y humano, con todo lo que eso conlleva.

Por otra parte, aunque los descubrimientos de Knorosov no tuvieron influencia directa en la visión thompsoniana del contenido de las inscripciones, al demostrarse inequívocamente que la escritura maya era parcialmente fonética (Coe, 1995: 173-174), una demostración que debió apoyarse en el ya lejano trabajo de Landa del siglo XVI, se debilitó consistentemente la posición de Thompson como máxima autoridad de la arqueología maya y ello coadyuvó, sin duda, a la caída de la utopía. El descubrimiento y aceptación del fonetismo en la escritura maya, junto con el innegable contenido histórico de las mismas, abrió la puerta al momento más prolífico en el desciframiento de las inscripciones mayas; un desciframiento que ha permitido tener acceso a una civilización maya completamente humana, a través de los estudios de investigadores como David Stuart, Nikolai Grube y Peter Mathews entre otros.

Sin embargo, la solidez de estas demostraciones no parece convincente a todos, y la utopía thompsoniana aún encuentra vigencia en el círculo de un determinado grupo de adeptos, aunque en muchos casos estos no lo aceptan abiertamente. Este fundamento permite a estos escépticos argumentar sobre las debilidades de la epigrafía. Nadie piensa que las inscripciones mientan, antes bien, se piensa que son los epigrafistas los que mientan, o que en el mejor de los casos, no pueden leer e interpretar correctamente la “verdad” vertida por las inscripciones.

Si para este entendimiento la verdad se aproxima a la utopía thompsoniana y la epigrafía brinda en cambio una visión a veces radicalmente opuesta, entonces la epigrafía, en general, debe estar equivocada desde el principio. Ciertamente, los motivos subyacentes a estos cuestionamientos parecen, a mi juicio, escapar al trato de la epigrafía o de la misma arqueología, por lo que su discusión habrá de quedar para un momento más adecuado.

Lo cierto es que quienes consideran que la epigrafía está equivocada, parecen estar de acuerdo en cierto número de razones, talvez más de forma que de fondo, que justifican su escepticismo. Este trabajo examina algunas de esas razones: el orden de lectura de las inscripciones, la correlación calendárica, el idioma en las inscripciones, y la guerra en las inscripciones, como parte estructural del contenido de estas.

Para lograr ese examen, en primera instancia se establecen conceptos generales de escritura y epigrafía. Seguidamente se hace un repaso de la historia del desarrollo de la epigrafía, para finalizar con una consideración de los cuatro puntos mencionados en el párrafo anterior. Siguiendo ese esquema, las conclusiones del trabajo no parecen sorprendentes o inesperadas.

Pero ningún trabajo puede estar libre de obstáculos y si estos deben entenderse en términos académicos como limitaciones, ciertamente el presente trabajo no carece de ellas. En primer lugar, aunque la mayoría de los tratados sobre epigrafía maya incluyen una breve reseña histórica del desarrollo de esta disciplina, a mi juicio, solamente existen dos documentos que se extienden lo suficiente en ese aspecto como para ser considerados en la bibliografía de este trabajo. Estos documentos son, sin duda alguna, la publicación de 1992 de Michael Coe, titulada *Breaking the Maya Code*, cuya primera edición en español es la utilizada aquí, y el artículo también de 1992 de George Stuart titulado *Quest for Decipherment. A historical and biographical survey of Maya hieroglyphic investigation*, cuya versión original resultó singularmente difícil de conseguir, una dificultad que por cierto se manifestó ubicua y constante en el caso de otros textos y documentos. Una limitante aún más seria que la impuesta por la escasa disponibilidad de algunos textos, fue la falta de un dominio cabal, por parte del autor de este trabajo, sobre algunas de las materias tocadas en el examen de los aspectos cuestionados, en particular la lingüística.

Sin embargo, a pesar de estas limitantes, el desarrollo de este trabajo permite arribar a conclusiones, que si bien no son inobjectables, deberán servir para sustentar mejor la defensa de la validez de un proceso con una tradición de 500 años.

CAPÍTULO II. EPIGRAFÍA Y ESCRITURA

2.1 Epigrafía

Aunque en un contexto amplio, la epigrafía ha sido entendida como una disciplina cuyo objetivo es el desciframiento e interpretación de las inscripciones antiguas, siendo por lo tanto la epigrafía maya la rama del conocimiento que analiza e interpreta las inscripciones mayas, el alcance real del término es mucho más reducido. Según la Enciclopedia Hispánica, en su edición de CD-ROM de 1999, la epigrafía en realidad sólo se ocupa de las inscripciones hechas en sustancias duras, como madera, metal o piedra, mientras que la paleografía busca descifrar la escritura y signos de los libros y documentos antiguos.

Ciertamente parece que ambos conceptos son redundantes en cuanto al objetivo que persiguen, ya que la única diferencia entre ambas ciencias radica en el material sobre el que está plasmada la inscripción. En este caso, para ser estricto, tendría que utilizarse la paleografía para el análisis de los códices mayas, mientras que el resto de las inscripciones deberían ser objeto de análisis por parte de la epigrafía, una distinción que desde una perspectiva puramente práctica parece innecesaria.

Fundamentado en el razonamiento anterior, en este trabajo se ha decidido limitar el uso del término al de epigrafía, entre otras cosas porque en el ambiente académico guatemalteco el término paleografía parece más aplicable a documentos coloniales, por ejemplo.

2.2 Escritura

Para hablar de inscripciones, forzosamente se debe manejar el concepto de escritura. En un sentido amplio se puede decir que la escritura es un sistema comunicativo que expresa ideas en forma gráfica. En un sentido más estricto, se puede pensar que la

escritura es el registro visible del habla; un registro tal que puede ser leído e interpretado incluso en ausencia del escritor.

Siguiendo el viejo adagio que reza “las palabras se las lleva el viento”, el sentido común permite establecer que la escritura tiene como misión principal “conservar la palabra”, en el entendido que si a “las palabras se las lleva el viento”, la escritura en cambio permanece, se conserva.

2.2.1 Áreas geográficas del desarrollo de la escritura. Hacia 1940 se consideraba que la escritura tenía un origen común en Mesopotamia y que de allí se había difundido a las otras regiones del mundo. Hoy se sabe que la escritura tiene un desarrollo poligenético, aunque de hecho, según Montgomery (Montgomery, 2002b:1) solamente cinco veces en la historia de la humanidad distintas civilizaciones desarrollaron sistemas de escritura completamente funcionales.

1. Mesopotamia: aunque los factores subyacentes a su origen continúan abiertos a discusión, se sabe que el sistema cuneiforme de escritura ya estaba en uso hacia el final del cuarto milenio AC.
2. Egipto: para el año 3100 AC, los jeroglíficos egipcios ya eran de uso regular en la corte de los faraones.
3. Valle del Indo: alrededor de 2500 AC, aparece en el actual Pakistán y noroeste de la India un cuarto sistema de escritura entre la civilización Harappan.
4. China: unos 1500 AC apareció la escritura en el Extremo Oriente. Este sistema de escritura fue oportunamente adoptado también por los japoneses, a cuyo servicio permanece aún en la actualidad esencialmente inalterado.
5. Mesoamérica: originado a partir de sistemas menos funcionales surgidos probablemente durante la época Olmeca o talvez Epiolmeca, en algún momento entre 900 AC y 500 AC, el erróneamente llamado sistema jeroglífico maya¹ sirve de base para este trabajo. Michael Coe (Coe, 1976:110) ha propuesto la existencia

¹ El término “jeroglífico” significa *escritura sagrada*. Siendo que el objetivo y el contexto de la escritura maya exceden a lo “sagrado”, considero más correcto el empleo del término glifo en vez de jeroglífico, a lo largo de este trabajo.

de 13 sistemas de escritura surgidos en Mesoamérica, de los que indudablemente el sistema maya es el más complejo y funcional.

2.2.2 Tipos de escritura. Varios intentos se han hecho por clasificar los tipos de escritura. Jean Jacques Rousseau (Clavet, 2001: 12-13) estableció claramente, tres “maneras” de escribir.

1. La que describe ideas más que sonidos (e.g., glifos aztecas y jeroglíficos egipcios).
2. La que representa palabras y proposiciones mediante caracteres convencionales (e.g., escritura china).
3. La que compone palabras por medio de un alfabeto.

Cada uno de estos tipos estaba, según él, asociado a un estadio de la “evolución” social humana. De acuerdo con esta distinción, los pueblos salvajes dibujaban las cosas, los bárbaros utilizaban signos para las palabras y finalmente, los civilizados utilizaban un alfabeto.

No parece necesario insistir demasiado en el evolucionismo y etnocentrismo subyacente a las ideas de Rousseau. Sin embargo, casi dos siglos después, Lévi-Strauss no dudó en modificar el título de una cátedra en la Sorbona de “Religiones de los Pueblos no Civilizados” a “Religiones de los Pueblos que no Cuentan con Escritura”, como muestra de buena voluntad hacia algunos alumnos, provenientes de dichos pueblos. No deja de llamar la atención el uso de los términos “no civilizados” y “sin escritura”, virtualmente como sinónimos (*ibid*: 13)

Ciertamente Rosseau y Lévi-Strauss no han sido los únicos en establecer proposiciones que casi rayan en el racismo. Más recientemente James Février, comentó en su obra “*Histoire de l’écriture*” de 1984, que el hombre primitivo no parte del concepto para llegar a la palabra hablada y de allí a la escritura. Según Février el hombre primitivo se contenta con vivir (*ibid*: 14).

Este enunciado establece un proceso pensamiento-palabra-escritura, del cual los “primitivos” carecen, una forma de discriminación que en no pocas ocasiones ha llevado a los “occidentales” a suponerse superiores.

El fundador de la lingüística, Ferdinand de Saussure, estableció un sistema binario de clasificación (*ibid*: 15):

1. Un sistema ideográfico, en que la palabra es representada por un signo diferente al sonido o los sonidos que lo componen.
2. Un sistema fonético que intenta reproducir la secuencia de sonidos que componen una palabra.

La tipología establecida por Gelb, en 1952, aunque más extensa, se caracteriza también por su evolucionismo subyacente. Según Gelb, existen cuatro sistemas de escritura (*ibid*: 15)

1. Sistemas logográficos, en los que las palabras son transcritas por signos.
2. Sistemas logo-silábicos, que muestran una combinación de logogramas y signos silábicos.
3. Sistemas silábicos, en el que los signos representan las sílabas del idioma.
4. Sistemas alfabéticos, cuyos signos transcriben los fonemas del idioma

Gelb considera que cada uno de estos sistemas está asociado a otras tantas etapas evolutivas, así que la sombra de Rousseau continúa proyectándose al futuro.

Otra propuesta muy similar a la de Gelb, fue sugerida por David Diringer en su obra de 1948 *The alphabet, a key to the history of mankind*,² con las siguientes tipologías.

1. Escritura pictográfica: lo esencial de esta etapa fue el empleo de signos pictográficos o dibujos estilizados, muchas veces simplificados por convención,

² Diringer, 1948 New York: Philosophical Library. 607 páginas.

que ofrecían la posibilidad de transmitir mensajes por medio de una sucesión de imágenes. En este contexto, las pinturas rupestres (fig. 1), y los petroglifos tenían una significación gráfica equivalente al lenguaje.

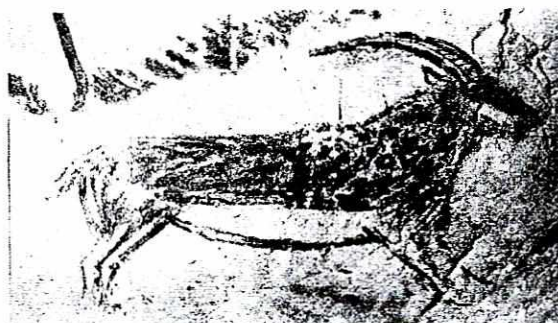


fig.1

(Tomada de Enciclopedia Hispánica, 1999)

2. Escritura ideográfica: en este tipo de escrituras, un signo gráfico o un grupo de marcas indica toda una frase, o concepto por lo que el código se denomina sintético. La evolución de estos medios ha estado sujeta a constantes modificaciones de adaptación, ya que el número de pensamientos o frases puede ser infinito y tiende a incrementarse paralelamente al grado de desarrollo de una cultura. La escritura China podría ser un ejemplo de este tipo. Simultáneamente, al tipo ideográfico pertenecen los logogramas. Estos son signos que representan palabras. Por ejemplo, el signo “Kin”, que significa sol, día, amarillo y otra serie de conceptos asociados (fig.2).

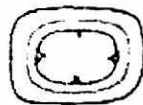


fig. 2

3. Escritura fonética: un notable progreso desde el origen de la escritura lo constituyó la evocación mediante un signo de una sola palabra. Así nacieron las escrituras ideográficas o analíticas que elaboraron una serie de signos gráficos de valor constante, los que correspondían a la palabra o los elementos integrantes de la frase. Los ideogramas o signos expresaron más tarde los sonidos que

constituían la palabra (fig.3 Pakal: “escudo”), con lo que el sistema adquirió significado fonético y se simplificaron sensiblemente los elementos gráficos. El ejemplo más conocido de esta forma lo constituye la escritura jeroglífica egipcia. Por su cuenta, la escritura maya también cuenta con un componente fonético con sonidos que representan sílabas; una forma silábica de escritura (fig.4 pa-ka-la *pakal*: “escudo”).



fig.3

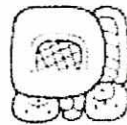


fig.4

4. Escritura alfabética: cerca del año 1500 AC surgió dentro de la cultura semita, la escritura alfabética. El método consistía en la representación gráfica de sonidos aislados mediante signos propios. Fue utilizada por numerosos pueblos antiguos y, posteriormente permitió a los fenicios crear su alfabeto antecedente de todos los modernos (fig. 5), que desarrollaron y difundieron por los países a los que llegó su civilización. Los signos del

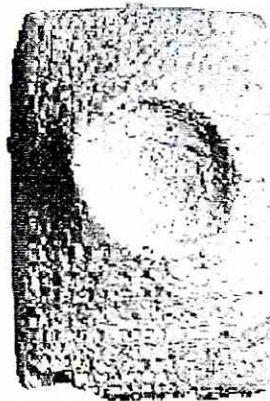


fig. 5

(Tomado de Enciclopedia Hispánica, 1999)

alfabeto fenicio, como los de todas las lenguas semitas, sólo representaban las consonantes. Los griegos adoptaron el sistema cerca del año 800 AC y fueron los primeros en añadir la representación de las vocales (Calvet, 2001:126). Todos los alfabetos posteriores proceden del semita o del griego y en ellos se emplearon un número de letras que oscilaba entre 20 y 30. El sistema supuso una gran reducción de signos con respecto a los demás sistemas ya que, por ejemplo, el sistema silábico comprende entre 70 y 90 símbolos y la ideográfica (China), varios miles.

Lo cierto es que aunque todas las clasificaciones propuestas hasta el momento adolecen de alguna falla, resulta un tanto complicado establecer otra forma. Pese a que el nacimiento de la escritura, desde una perspectiva geográfica, no está sujeto al difusionismo, el de los distintos alfabetos sí lo está y se ha establecido con mucha certeza su origen entre la cultura semita. El proceso alfabético también se sustenta en la evolución de pictogramas que adquieren valor fonético, hacia la escritura silábica, y de allí hasta el alfabeto. Esto ha ocasionado que la alfabética sea a nuestros ojos la mejor forma de escritura, ya que es la nuestra, pero de hecho no es más que una de tantas. Sin embargo, cuesta considerar otros sistemas de escritura sin querer “traducirlos” inmediatamente a uno que nos sea conocido. Un caso muy claro de esta forma de pensar puede encontrarse en la siguiente cita:

«De sus letras pondré aquí un a, b, c, de las letras que faltan, carece esta lengua»
(Landa, 1986: 105-106)

Ya Landa en el siglo XIV, igual que muchos investigadores después de él, no fueron capaces de imaginar que hubiese una forma de escribir distinta a la alfabética. Los mayas carecían de un a, b, c, y tal cosa es por consiguiente, a riesgo de emular a Valentini, una invención, aunque no una quimera. Se trata aquí ciertamente de una invención que ha demostrado finalmente desempeñar su justo papel en el desciframiento de los glifos mayas.

2.2.3 Sistemas de escritura mesoamericanos. Según Michael Coe (Coe, 1976: 110) existen 13 sistemas de escritura surgidos en Mesoamérica. La escritura Maya encuentra su relación más cercana con el sistema del Sur de Veracruz, de donde eventualmente podría proceder, ya que la cuenta larga limita su existencia a estos dos sistemas mesoamericanos. Los otros 11 sistemas mesoamericanos propuestos por Coe son:

El grupo conformado por sistemas íntimamente relacionados:

1. Teotihuacan
2. Xochicalco
3. Huajapan (también llamado Ñuiñe)

4. Monte Albán.

El grupo llamado Borgia, conocido por los códices del área central de México y que incluye:

5. Mixteca en el norte de Oaxaca,
6. Azteca en el valle central de México
7. Cotzumalhuapa en la costa del Pacífico de Guatemala.
8. En este mismo grupo probablemente pueda ser agregado también el Tajín de Veracruz, del que apenas se conocen algunas muestras.

Otro grupo conformado por dos sistemas relacionados por el sistema de numeración.

9. El de Xochicalco
10. Tolteca

Finalmente un sistema aislado, el más extraño de todos, y al que no se le han podido identificar relaciones con algún otro sistema

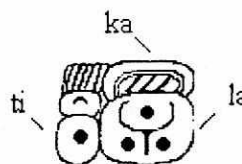
11. El que aparece en la estela 10 de Kaminaljuyú.

2.2.4 La tipología de la escritura maya. La escritura maya puede considerarse una combinación de dos sistemas: el ideográfico, comprendido por logogramas (ver fig. 6) y, el fonético, comprendido por símbolos silábicos (ver fig. 7), por lo que se clasifica como un sistema *logosilábico* (Harris, J y S.Stearns, 1997:6).



B'alam (Jaguar)

fig. 6



ti-ka-la (tikal: emborracharse con...)

fig. 7

CAPÍTULO III. LA HISTORIA DE LA EPIGRAFÍA MAYA

«América, dicen los historiadores, estaba poblada por salvajes; pero salvajes nunca erigieron estas estructuras, salvajes nunca grabaron estas piedras. Preguntamos a los indios quién lo había hecho, y su torpe respuesta fue -quién sabe- ...creo que su historia está grabada en sus monumentos. Ningún Champollion ha traído aún hasta ellos la energía de su mente inquisidora. ¿Quién los leerá?»(Stephens, 1969: 104, 159-160)¹

Ya poco antes de la mitad del siglo XIX, la intuición de John Lloyd Stephens le señalaba que las inscripciones mayas narraban la historia de este pueblo. Casi 300 años antes, el Obispo Diego de Landa (Landa, 1986: 105), que había sido testigo presencial del uso de la escritura maya, reconocía que los indígenas usaban estos signos para escribir sus “cosas antiguas y sus ciencias”, pero considerándolas nada más que supersticiones y falsedades del demonio, quemó los libros indígenas en el tristemente célebre auto de fe de Maní, en 1562. La conciencia occidental estaba al tanto de la existencia de escritura entre los habitantes prehispánicos de Mesoamérica, pero durante unos 400 años su contenido e interpretación fue objeto de las más variadas hipótesis.

En esta sección se expone, a grandes rasgos, la forma en la que la epigrafía maya se ha conducido a partir del momento en el que Landa y otros fueron testigos del uso de esa escritura, y hasta nuestros días, en los que el contenido histórico de las inscripciones se considera un hecho. Además ha colaborado a reconstruir la historia de una de las civilizaciones más brillantes en la historia de la humanidad.

3.1 Las propuestas de Coe y Stuart

La historia del desarrollo de la epigrafía maya se parece en buena medida a la de la arqueología de Mesoamérica. Varios intentos se han hecho por establecer una cronología del desarrollo de la epigrafía, entre los que definitivamente destacan el de

¹ La traducción es mía.

Michael Coe en su obra de 1992, titulado *Breaking the Maya Code*, y también en ese mismo año el de George Stuart, de la National Geographic Society y el Centro para la Investigación Maya, en su artículo titulado "*Quest for Decipherment: A Historical and Biographical Survey of Maya Hieroglyphic Investigation*" que estableció una cronología que ha sido bien aceptada por los estudiosos de la epigrafía. Es de hacer notar que ambos documentos son, en esencia, un retrato de los personajes que intervinieron en el desarrollo de la epigrafía.

Coe propone siete etapas en el desarrollo de la epigrafía, las que presenta a través de una narración diacrónica que, además de ser un tratado completo de la epigrafía y estar, por cierto escrita en una prosa muy amena, está llena de anécdotas, muchas veces muy pintorescas, de los personajes centrales de esta historia. Stuart por su parte, establece seis etapas consecutivas en las que desfilan los mismos personajes, pero rodeados de las actitudes y teorías científicas en boga en cada una de las etapas.

Leyendo a Coe, uno puede identificarse plenamente con algún epigrafista, y en cambio desdeñar profundamente la actitud de otro. Al leer a Stuart, uno se inclina más a considerar a cada uno de los ilustres personajes como un hombre (o mujer) producto de su propia y particular época, con lo que frecuentemente las actitudes de cada uno de ellos no quedan sujetas a juicios de valor. Por otra parte, las etapas que proponen Coe y Stuart no manifiestan una correspondencia absoluta. No es la intención de este trabajo presentar aquí la extensión total de cada una de las propuestas, pues sus respectivos autores han cumplido ya con ese cometido, por lo que este trabajo se limitará a presentar un breve esbozo basado en las etapas propuestas por Stuart.

3.2 El desarrollo de la Epigrafía Maya

3.2.1 Testigos (1517-1740). Esta primera etapa abarca fundamentalmente desde el arribo de los españoles hasta la conquista de Tayasal y la llegada del Códice de Dresden a Europa.

Según Stuart, la primer mención que se hace de la escritura maya es la de Pedro Martir de Anglería (Stuart, G. 1992: 3). El cronista de la conquista dejó un trabajo de “*Ocho Décadas*”, que es una referencia a los diversos lapsos en los que de Anglería subdivide el período entre 1493 y 1525. La cuarta de estas “*Décadas*” contiene una más bien breve descripción de “libros nativos” (Martir de Anglería, Pedro, 1519: 26). Por cierto que estos “libros nativos” también fueron mencionados posteriormente por otros cronistas, entre los que destaca el informe de Pedro Sánchez de Aguilar titulado *Informe contra idolorum cultores del obispado de Yucatán*, publicado en Madrid en 1639, como se aprecia en la siguiente cita:

«Tenían ellos libros hechos de cortezas de árboles con un brillo blanco perpetuo, de 10 y 12 varas de largo, que eran guardados doblándolos hasta aproximadamente el tamaño de una mano, y en estos pintaban con colores los registros de sus años, guerras, pestilencias, huracanes, hambrunas y otros eventos...»(Sánchez de Aguilar, 2001: 40).²

Diego López de Cogolludo, uno de los principales historiadores de Yucatán, publicó su obra, “*Historia de Yucatán*” en Madrid. Se trata de un importante trabajo que contiene información personalmente recopilada por el autor en una época en la que muchas fuentes orales y documentales, ahora desaparecidas, aún eran accesibles. López de Cogolludo consultó y utilizó extensamente los escritos de Diego de Landa, pero sus comentarios al respecto deben ser cautamente evaluados. El trabajo de Cogolludo contiene además de la descripción de algunas ruinas, los nombres de los meses y algunos días del calendario yucateco. Diego López de Cogolludo era nativo de Alcalá de Henares y tomó el hábito franciscano en el convento de San Diego en marzo de 1629. Posteriormente emigró a Yucatán donde ocupó sucesivamente cargos como instructor en teología, prelado ordinario y superior de su orden religiosa (www.newadvent.org/cathen)³.

² La traducción es mía.

³ La traducción es mía.

Un personaje central de esta época, curiosamente ausente en esta etapa de la propuesta de Stuart⁴ es Diego de Landa, el autor de la *Relación de las Cosas de Yucatán*. La obra de Landa es sin duda una de las fuentes más importantes en la etnohistoria mesoamericana. Landa nació en Cifuentes, España, hacia 1524, ingresó en la orden franciscana en 1541 y obtuvo un puesto en las misiones del Nuevo Mundo. En 1572 fue nombrado obispo de Yucatán. El religioso español desarrolló una notable labor de estudio e interpretación de la cultura maya pero, paradójicamente, fue el causante de la pérdida de numerosos testimonios sobre la historia, las lenguas y las costumbres de esta civilización.

La actitud de Landa resultó no pocas veces contradictoria ya que, junto a su admiración por la cultura, la vida y la religión mayas, su celo religioso lo llevó a ordenar la destrucción de los libros mayas, lo que borró definitivamente algunas de las claves para conocer una civilización, que a pesar de haber desaparecido como cuerpo social vivo antes de la llegada de los españoles, había dejado huellas suficientes para su conocimiento. Diego de Landa falleció en Mérida, Yucatán, México, en 1579 (Garibay, 1986: VIII – X, Morley, 1947: 293). La quema de los libros mayas en el auto de fe de Maní en 1562, es sin duda uno de los eventos más negativos que ha enfrentado la epigrafía. Sin embargo como se mencionó antes, Landa también dejó un importante legado para el estudio de la escritura maya.

Utilizando como informador a Juan Cocom (Landa, 1986: 21), del linaje fundador de Mayapán, la publicación de Landa contiene dos cuerpos de información que han demostrado ser clave en el desciframiento de la escritura maya. El primero de ellos lo constituye un complemento a la obra de López de Cogolludo con los nombres de los días y meses del calendario yucateco, cuando por vez primera estos nombres se asocian a sus respectivos glifos. El segundo es la gráfica y discusión de lo que Landa interpretó como “alfabeto maya” (*ibid*: 70 – 106). La primera de estas claves llevó a la comprensión del sistema calendárico maya un par de décadas más tarde. La segunda de estas claves llevó a

⁴ Stuart efectivamente trata con alguna extensión a Landa en etapas posteriores. Sin embargo, considero que dada su importancia y contemporaneidad a esta etapa, Landa amerita una inmediata y más extensa exposición.

los estudiosos de la epigrafía maya a una controversia que no terminó de resolverse sino hasta casi cuatro siglos después (Stuart, G. 1992: 21).

3.2.2 Los pioneros (1740 – 1840). A mediados del siglo XVIII, un evento, casual y afortunado se convirtió en marca y fundamento de la siguiente etapa: la llegada del Códice de Dresden a Viena comprado por Johann Christian Goetze.

En 1739, Johann Christian Goetze, director de la biblioteca de Dresden, adquirió un extraño libro al que no se le prestó mayor atención hasta 1776, cuando apareció en Leipzig la publicación titulada *Darstellung und Geschichte des Geschmacks der vorzüglichsten Volker*, por Joseph Friedrich, barón de Racknitz (Coe, 1995:92). La publicación de Racknitz era fundamentalmente una compilación de diversos estilos de decoración de interiores, entre las que se incluía una lámina que mostraba el “gusto mexicano”, conformado por motivos tomados directamente del ahora llamado Códice de Dresden, precisamente el “extraño” libro adquirido por Goetze algunos años antes. Las ilustraciones, aunque carentes de valor científico, permanecen como la muestra más temprana de una publicación conteniendo glifos y figuras (Stuart, G. 1992: 3).

En las siguientes cinco décadas después de la llegada del Códice de Dresden a Europa, una serie nueva de eventos tuvo lugar en Mesoamérica; una serie de eventos que aunque no tenía relación directa con los manuscritos, terminó aportando nuevas muestras de la escritura maya (*ibid.*:3-4). Todos estos eventos novedosos involucraron a personajes de características muy distintas a las del bibliotecario de Dresden: exploradores y aventureros. Estos nuevos personajes han sido descritos por Coe en lo que él denomina “*El redescubrimiento de una civilización en la selva*” (Coe, 1995: 85). Y es que, efectivamente, las expediciones lideradas por algunos de estos personajes llevaron por primera vez al mundo la conciencia de la existencia de una antigua civilización en las tierras mesoamericanas.

Esta etapa debe contextualizarse temporalmente con el reinado de Carlos III en España a quien se le recuerda hoy por haber expulsado a los jesuitas de España, y por

haber cancelado la inquisición. Sin embargo, Carlos III fue sucedido en el trono en 1788 por otros borbones que dada su obstinación terminaron por perder el imperio colonial español en América hacia 1821. Como Coe menciona, la pérdida de España fue ganancia para el mundo, ya que al desaparecer el mandato español en América quedó abierta la posibilidad para la investigación a cargo de “extranjeros” como Alexander von Humboldt, que hasta ese momento lo habían tenido vedado (*ibid.*: 1995: 85).

Chiapas formó parte de Guatemala hasta 1824, cuando fue cedida a México. En 1787, durante el reinado de Carlos III se organizó una expedición compuesta por José de Estachería, Presidente de la Real Audiencia, el Capitán de Dragones Antonio del Río y el artista Ricardo Almendáriz, que llegó a las ruinas de Palenque en mayo de ese año. La expedición reunió una apreciable cantidad de objetos, los que junto con el informe respectivo fueron oportunamente despachados a España, en donde al igual que otros informes encargados a la burocracia terminó por ser traspapelado (*ibid.*: 1995: 86). Fue hasta 1822, después de la independencia que el informe hizo su aparición en Londres bajo el título de *Description of the Ruins of an Ancient City*. Este informe incluía entre otras cosas lo que según G. Stuart constituyen las primeras representaciones impresas de la escritura maya tallada en piedra (Stuart, G. 1992: 7-8).

En el otro extremo de las tierras bajas mayas, el gobierno de Guatemala envió en 1834 una expedición a cargo de Juan Galindo a las ruinas de Copán. Galindo ya había estado antes en Palenque y de sus exploraciones había concluido que los indígenas, en aquel momento habitantes de la región, eran descendientes de los constructores de Palenque y que esta civilización había sido superior a cualquier otra en el mundo. En Copán la expedición de Galindo concluyó con un informe publicado en 1836 por la Sociedad Anticuaria Norteamericana, la que se convertiría en la única institución en apoyar formalmente la investigación de los mayas hasta finales del siglo XIX. Galindo se adelantó a su época, pues creyó que la escritura en los monumentos era la representación fonética del lenguaje de sus creadores. Además, Galindo sugirió que pese a las diferencias, existían similitudes entre Palenque y Copán, no sólo en términos

arquitectónicos, sino también en la escritura, que se manifestaba a través de “bloques cuadrados con caras y manos” (Coe, 1995: 88).

Existe un personaje que merece especial atención, talvez no tanto por su aporte a la epigrafía maya como por su singular personalidad: Frédérick Waldeck. Waldeck era un personaje extravagante que se consideraba a sí mismo un gran artista y el último de los grandes aventureros (Baudez y Picasso, 1992: 44). Waldeck fue, sin lugar a dudas, un personaje pintoresco. Incluso su lugar de nacimiento era incierto y si uno se ha de fiar de la fecha en la que él decía haber nacido (1766), habría contado con 109 años al morir. Lo que se puede dar por seguro es que es la firma de Waldeck la que aparece al pie de nueve de las 17 ilustraciones incluidas en el informe de del Río sobre Palenque, a las que se hiciera mención antes (Coe, 1995: 87). Waldeck vivió en Palenque aborreciendo el lugar y el ambiente y, en general, al país y sus habitantes, terminando naturalmente por convertirse en persona *non grata* para el gobierno mexicano. La obra publicada por Waldeck en 1838, titulada *Voyage pittoresque et archéologique dans...Yucatán...* no resulta demasiado confiable desde la perspectiva científica y según Coe ha sido justamente subestimada por la arqueología mesoamericana (*ibid.*: 90).

En 1810 apareció la obra titulada *Vues des Cordillères, et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, de Alexander von Humboldt, en la que se reproducían con absoluta fidelidad cinco páginas del Códice de Dresden. Aquella fue la primera vez que un texto maya se publicaba con absoluta exactitud (Stuart, G. 1992: 7). Sin embargo, la primera mitad del siglo XIX no reportó avances significativos en la comprensión de aquellos textos, como no fueran los intentos de un grupo de entusiastas a ambos lados del Atlántico, entre los que sobresale Edward King, vizconde de Kingsborough, quien convencido del origen hebreo de los habitantes de América dedicó su vida y fortuna a comprobar su punto a través de la publicación de su voluminosa obra *The Antiques of Mexico* (1830-1848), publicación ésta que lo llevó a morir en prisión, condenado por sus deudas. A favor de Edward King queda el hecho de haber contratado al artista cremonés Agostino Aglio, un acuarelista muy competente, quien reprodujo fielmente el Códice de Dresden por completo (Coe, 1995: 95).

Constantine Samuel Rafinesque-Schmaltz (*ibid.*:94-97) es otro personaje ambivalente. De padre francés y madre alemana, Rafinesque-Schmaltz alcanzó notoriedad en más de un área; así por ejemplo publicó más de 950 trabajos sobre temas tan diversos como Historia Natural, Economía y la Biblia. De hecho hasta 1825, cuando fundó un jardín botánico, había identificado 2700 especies de organismos vivos, de las que 30 aún se consideran válidas (Stuart, G. 1992: 10), y dio a conocer una teoría de la evolución con la que en alguna medida se anticipó a Charles Darwin. Su interés por los mayas se manifestó fuertemente en 1827 cuando envió una nota al respecto al *Saturday Evening Post*. Incluso llegó a publicar en su propio periódico, el *Atlantic Journal and Friend of Knowledge* cuando menos dos cartas dirigidas a Jean-Francoise Champollion donde exponía sus ideas acerca de la escritura maya. En su primera carta estableció a grandes rasgos los resultados de sus investigaciones. Principalmente dejaba claro que las naciones americanas provenían del continente asiático y que contaban con diversos sistemas de escritura para perpetuar sus ideas y que en las diversas escrituras americanas, ordenadas por él en 12 series graduadas de lo más simple a lo más complejo, podía encontrarse siempre un equivalente en el continente asiático (Rafinesque-Schmaltz, 1832 a: 46), una perspectiva comparativa y evolucionista. En esta primera carta, también agrega que las naciones de América utilizaron sistemas numéricos de puntos y líneas para expresar números (*ibid.*:47).

La segunda carta de Rafinesque-Schmaltz a Champollion presentaba una tabla comparativa de los alfabetos de Libia y Palenque, con el fin de soportar su idea de que los atlantes de África habían colonizado América:

«Siempre he creído que los atlantes de África ha colonizaron parcialmente América, tal como muchos escritores antiguos han afirmado; esta creencia me llevó a buscar cualquier fragmento preservado de los alfabetos del África Occidental y Libia, la tierra de los atlantes africanos, donde estos aún existen bajo el nombre de Bereberes, Tuaregs...etc» (Rafinesque-Schmaltz, 1832 b: 48).⁵

⁵ La traducción es mía.

En esta segunda carta es en la que Rafinesque-Schmaltz define también que los glifos de Otolum (Palenque) se escriben de arriba hacia abajo, igual que los chinos y que varios glifos pueden usarse para escribir una misma letra (*ibid.*:1832b: 52). Las cartas de Rafinesque-Schmaltz reflejan un pensamiento difusionista que tiende a negar el origen *sui-generis* de los sistemas de escritura americanos. Con todo y eso se debe reconocer el aporte de Rafinesque-Schmaltz al desciframiento de la escritura maya.

Los logros de Rafinesque-Schmaltz pueden enumerarse de la siguiente forma (Coe, 1995: 97):

- Reconoció que los glifos en el Códice de Dresden y las inscripciones en Palenque constituían un mismo tipo de escritura.
- Fue el primero en comprender el sistema numérico de barras y puntos.
- Sugirió que muy probablemente el idioma representado por aquella escritura aún se hablaba en Centro América y que conociendo este podría comprenderse aquella.
- Pensó que al poder leer los manuscritos, también podrían leerse los monumentos. Profetizó que así como las inscripciones de Egipto, que tanto tiempo habían sido incomprendidas, algún día las inscripciones americanas también podrían ser comprendidas.

3.2.3 Primeros documentadores (1840 – 1880) .Hasta 1840 los estudios sobre los mayas se habían centrado casi exclusivamente en Palenque. Sin embargo, a partir de ese mismo año empezó a contarse con la evidencia que sembró la semilla de la investigación documental sobre la cultura y civilización maya (Stuart, G. 1992: 14). Méndez, Tut y Lara publicaron en la Gaceta de Guatemala el informe sobre el descubrimiento de Tikal, en abril y mayo de 1848.

Dos personajes deben forzosamente abrir esta etapa: John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood. Stephens era un abogado norteamericano de 34 años cuando se embarcó al mundo maya. Para ese momento ya había hecho fortuna escribiendo sobre viajes, pues su publicación *Travels in Egypt, Arabia Petrae, and the Holy Land*, había sido de mucho éxito. Catherwood, un reconocido artista topográfico, con experiencia en la arqueología

del Mediterráneo, Medio Oriente y el Nilo, en donde ya había utilizado el dispositivo conocido como la cámara lúcida, contaba con 40 años cuando se embarcó junto con Stephens (von Hagen, 1979: 25-64).

A la historia de los viajes por Mesoamérica de Stephens y Catherwood se le han dedicado, y con mucha justicia, abundantes páginas; aquí el contenido se limitará a lo que Michael Coe plantea como las conclusiones y sugerencias postuladas por ambos como consecuencia de sus viajes por el área maya (Coe, 1995:101-104):

- Las ciudades en ruinas fueron construidas por los antecesores de los mayas modernos.
- El sistema de escritura de Palenque, al occidente, y de Copán y Quiriguá, al oriente, es único e idéntico.
- Antiguamente hubo un solo idioma y una sola escritura distribuida por todas las tierras bajas del sur.
- Stephens llamó la atención sobre las similitudes que existían entre las inscripciones en monumentos y el manuscrito del Códice de Dresden.
- Sugirió realizar investigación etnográfica para profundizar más en el conocimiento de la historia de ese pueblo. Stephens predicó con el ejemplo, e incluyó en su obra el aporte etnohistórico de Juan Pío Pérez *Ancient Chronology of Yucatan*, en donde aparecía por primera vez una detallada descripción del funcionamiento del calendario maya. Aparecían aquí también los nombres de los meses y los días del calendario maya, aunque los glifos correspondientes no se conocieron sino hasta el descubrimiento de la obra de Diego de Landa.
- También sugirió nada menos que el desciframiento de los glifos, pero infortunadamente en aquel momento el material disponible para ese trabajo no estaba a la altura de las exigencias mínimas.
- La última sugerencia de Stephens casi parece la búsqueda de Utopía, a saber, encontrar una ciudad perdida en la que aún hubiera indios mayas vivos, y que hubieran conservado intacta su civilización. Esa ciudad perdida debía estar tierra

adentro, en las selvas del Petén, un territorio que Stephens y Catherwood apenas habían bordeado en sus viajes.

Stephens y Catherwood nunca volvieron al mundo maya. Stephens murió en New York, en 1852 víctima de la malaria y la hepatitis contraída en Panamá. Catherwood se perdió en el hundimiento del trasatlántico *Artic*, en 1854 (von Hagen, 1979: 357-364).

La desaparición de Stephens y Catherwood, coincidió con la aparición de un personaje al que en buena medida se le debe el haber dado a conocer los grandes manuscritos en los que se basan gran parte de nuestros conocimientos sobre los mayas: el abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg (Stuart, G. 1992: 18). Nacido en Francia, desde muy temprano se ganó la vida como novelista, pero al entrar a formar parte de una orden eclesiástica se vio inmerso en una vida de viajes que lo llevó con frecuencia a América. Fue así como pronto adquirió un interés especial por las lenguas y la historia de Mesoamérica. En 1855 Brasseur fue nombrado párroco de Rabinal y fue allí donde se inició en el aprendizaje del idioma quiché. La primera consecuencia de ese aprendizaje fue el *Rabinal Achí* un drama prehispánico que le fue transmitido oralmente por un informante que lo sabía de memoria. Por esos mismos días, Brasseur dio a conocer el *Popol Vuh*, considerado por unanimidad como la obra literaria más grande de la América nativa y que se encontraba en poder de un coleccionista en la ciudad de Guatemala. Brasseur se dio inmediatamente a la tarea de traducir al francés el texto, y lo publicó en 1861. Lamentablemente, Carl Scherzer se le adelantó por 4 años, pues publicó una versión en español que había sido hecha desde los días de la Colonia (Coe, 1995:106).

Fue en 1852 cuando Brasseur hizo el descubrimiento que habría de impactar al mundo de la arqueología maya más que ningún otro en la historia: encontró el manuscrito de la *Relación de las Cosas de Yucatán*, escrito por Diego de Landa alrededor de 1566. Sin embargo no fue el original de tan magna obra el que fuera descubierto por Brasseur, sino una copia aparentemente hecha en 1661. Con el tiempo, el descubrimiento de Brasseur se manifestaría no sólo como una fuente autorizada de información sobre la vida de los mayas en el momento inmediatamente anterior a la Conquista, sino a pesar de la

oposición inicial de muchos epigrafistas, se convirtió en lo más cercano a la Piedra Roseta para el desciframiento de la escritura maya.

A pesar de los grandes logros de Brasseur, su éxito se vio empañado por un descuido que incluso le ha acarreado el oprobio de la arqueología durante muchos años. Brasseur pensó haber descubierto la llave del desciframiento en el así llamado alfabeto de Landa, e intentó aplicarlo directamente a la lectura de los códices con resultados desastrosos. La consecuencia inmediata de este fallido intento de lectura fue que el enfoque fonético de la escritura maya fue desestimado durante virtualmente un siglo. Por si eso fuera poco, Brasseur defendió la idea de que los habitantes de América tenían su origen en la Atlántida, una teoría difusionista que terminó por desprestigiar a Brasseur hundiéndolo en el olvido. Murió solo, en Niza en 1874 (*ibid.*: 113).

En 1859 Leon Louis Lucien Prunol de Rosny (1837-1914) encontró en la Biblioteca Nacional de Paris un nuevo códice que publicó en una edición facsimilar, en el mismo año en que Brasseur publicó el manuscrito de Landa (Stuart, G. 1992: 20). En conocimiento de ambos códices (el de Paris y el Dresden), y ayudado por los aportes de la obra de Landa, Brasseur logró identificar los signos de meses y días en los códices y establecer el sistema numérico de barras y puntos, algo que como ya se mencionó, había logrado años antes Constantine Samuel Rafinesque-Schmaltz.

En una carta escrita por Brasseur de Bourbourg a Rosny en 1869 el primero mencionaba el descubrimiento (1866) en Madrid de otro códice en poder de don Juan de Tro y Ortolano, publicado por Brasseur entre 1869 y 1870, y bautizado como "Troano" (Brasseur de Bourbourg, 1869: 61) en honor a su propietario. Pero cinco años más tarde apareció un nuevo fragmento, conocido como "Cortesiano", que fue reconocido por Rosny como parte del mismo Troano. En la actualidad el códice ya unido se exhibe en el Museo de América en Madrid y es conocido simplemente como Códice de Madrid (Stuart, G. 1992: 21-22. Coe, 1995: 112). Rosny hizo un gran aporte al estudio de la escritura maya al publicar los códices que había descubierto. Además escribió un ensayo titulado *Essai sur le déchiffrement de l'écriture hiératique de l'Amérique Centrale* en

1876, en el que había demostrado, más allá de cualquier duda razonable, la posibilidad de usar ideogramas como signos fonéticos, con lo que además se había comprobado la validez de la información de Landa (Rosny, L, 1876: 83) y que constituye en buena medida el primer documento serio sobre la escritura maya.

A finales de la década de 1870, Charles Rau, de la Institución Smithsonianiana publicó por vez primera un fragmento del Tablero de la Cruz, en Palenque (Rau, C, 1879: 68-76). La publicación de Rau, de innegable precisión, propuso un método para la identificación de la posición relativa de los glifos en una inscripción, método en el cual las columnas estaban marcadas con números y las filas con letras (*ibid.*: 74). Este método resultó tan eficiente que es utilizado aún hoy en día. Por otra parte, esta publicación de Rau sirvió eventualmente para que Cyrus Thomas determinara el orden de lectura de los glifos, en 1882 (Coe, 1995:117).

3.2.4 Primeros académicos (1880-1910). Esta etapa se caracterizó especialmente por las investigaciones de gabinete, la mayor parte de las cuales fueron llevadas a cabo por bibliotecarios. Además se dio el reconocimiento de varios sitios mayas por Maudslay y Maler, los que sentaron entre otras cosas los estándares más elevados de trabajo de campo que se habían manejado hasta ese entonces. Se publicaron abundantes informes con fotografías y dibujos de las inscripciones en monumentos. La etapa además vio nacer la controversia sobre el fonetismo de la escritura maya.

La primera figura de esta etapa, calificada según Coe de sobrehumana, es Ernst Förstemann, a la sazón el Bibliotecario Real del Reino de Sajonia. Förstemann nació en Danzig en 1822. Hijo de un maestro de matemática de la escuela secundaria de Danzig, estudió lingüística y gramática con Jakob Grimm, alcanzando el grado de doctor en filosofía en 1844. Luego pasó las siguientes dos décadas de su vida encerrado en la biblioteca de Wernigrode, hasta que en 1867 fue asignado a la biblioteca de Dresden. Aún entonces habrían de transcurrir más de diez años de vida prosaica, hasta que a los 58 años se interesó en un extraño códice llevado a la Biblioteca por Goetze, su predecesor, el siglo anterior. Förstemann dedicó los siguientes 26 años de su vida, hasta su muerte en 1906, a

publicar sobre asuntos mayas. Los logros de Förstemann no pueden ser subestimados. Su nombre aparece siempre íntimamente ligado al del Códice de Dresden, ya que fue sólo a partir de este documento que el bibliotecario logró aclarar completamente la estructura del calendario maya (Coe, 1995: 114-115). Además en 1887 había descubierto (Stuart, G. 1992: 24):

- La cuenta larga.
- El sistema vigesimal empleado por los mayas.
- El funcionamiento del Tzolkin (almanaque de 260 días).
- Las tablas de Venus, que se refieren a los cálculos hechos sobre el ciclo aparente de 584 días del planeta, visto desde la tierra.
- En 1887 publicó una reimpresión facsimilar del Códice de Dresden

Además en 1893, ya con 71 años de edad, reconoció en el códice las tablas lunares, las que hoy se sabe, incluyen cálculos sobre la posibilidad de eclipses. Sin embargo los grandes logros de Förstemann, circunscritos al Códice de Dresden, dejaban ignominiosamente ignorado el conjunto de monumentos inscritos que yacían en la selva. La pregunta de Stephens de ¿quién los leerá?, continuaba sin respuesta, entre otras cosas porque la calidad de las publicaciones de los monumentos, aún no era lo suficientemente buena como para efectuar el análisis sistemático que la epigrafía requiere (Stuart, G. 1992:24). Esto estaría, sin embargo, por cambiar.

El siguiente personaje de esta etapa es Alfred Percival Maudslay. Nacido en 1850, tuvo una brillante carrera diplomática en las colonias inglesas del Pacífico Sur antes de llegar a América como supervisor de una mina de oro en México y de la propiedad de una frutera Californiana, donde además conoció a quien sería su esposa y compañera de aventuras en Centroamérica (Coe, 1995: 117). Habiendo leído a Stephens, Maudslay se interesó en aportar un registro de la arquitectura de las principales ciudades mayas conocidas en la época y en 1881 se embarcó en la primera de sus siete expediciones. Maudslay levantó un registro increíblemente exacto de la arquitectura y monumentos que encontró y una vez de vuelta en Londres, contrató a Annie Hunter para que realizara

placas litográficas de los vaciados y moldes que tan trabajosamente había transportado desde la selva mesoamericana. El trabajo de Maudslay se vio recompensado con el interés de los editores Frederick Du Cane Goodman y Osbert Salvin, quienes publicaron a partir de 1889 la *Archaeology*, como apéndice de la *Biologia Centrali-Americana*. Con la publicación de esta obra, los epigrafistas contaron por primera vez con ilustraciones exactas que contrastaban notablemente con los bocetos de Armendáriz y más aún con los dibujos de Waldeck (*ibid.*: 119).

Sobre Maudslay existen varias anécdotas que permiten visualizar a un modesto y generoso caballero. Posiblemente una de las más conocidas es la referida por Charnay, con quién Maudslay se encontró inesperadamente en Yaxchilán. Charnay creía ser el primero en llegar a Yaxchilán, y pretendía bautizar a las ruinas como “Ciudad Lorillard”, en nombre de su patrocinador Pierre Lorillard. Sin duda encontrar a Maudslay en el lugar le ocasionó un serio desencanto. Sin embargo, como el mismo Charnay comentaría más adelante, Maudslay cedió el honor del descubrimiento al francés, a quién además acogió cálidamente en su campamento (*ibid.*: 118). La versión de Maudslay de este mismo encuentro difiere de la de Charnay, cuando Maudslay dice que:

«...no me impactó como un viajero científico de mucha clase...es un buen conversador sediento de gloria que desearía ser profesor de historia de la civilización americana en París» (Mathews. 1988: 27).

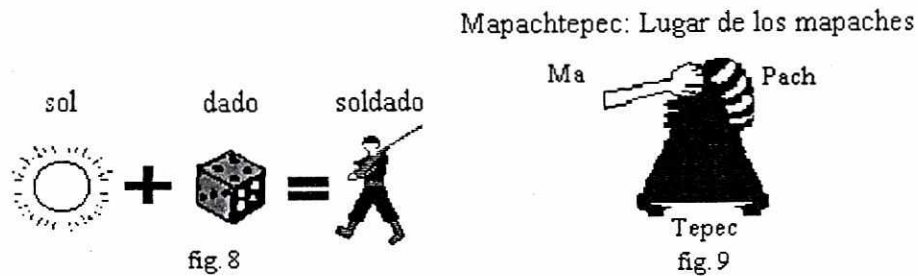
La carrera de Maudslay de alguna forma ejemplifica el alto nivel que se alcanzó en esta etapa en el trabajo de campo (Stuart, G. 1992: 25).

Otro personaje íntimamente ligado a Maudslay es Joseph Goodman. Nacido en 1838, Goodman era un periodista y editor que conoció el trabajo de Maudslay y profundamente impresionado por éste, se ofreció a publicarlo como un apéndice en su propia obra. Goodman tenía un interés especial en el trabajo de Maudslay, ya que el editor estadounidense había hecho algunos intentos directos de desciframiento. Maudslay por su cuenta no había hecho ninguno, por lo que se sintió genuinamente impresionado por los descubrimientos sobre las inscripciones en los monumentos (Coe, 1995:119).

Goodman resulta ser un personaje un tanto ambivalente. Aunque goza de una buena reputación entre los periodistas por haber sido quien diera a Samuel Clemens (Mark Twain), su primer trabajo como escritor, entre los arqueólogos mesoamericanistas su figura no es mencionada con el mismo entusiasmo. Goodman alegó haber iniciado sus estudios de las inscripciones en 1887, aunque el trabajo de Maudslay no apareció sino hasta 1889. Además sostuvo haber descubierto la cuenta larga de manera completamente independiente a Förstemann. Con todo y esto, las pretensiones de Goodman no deben servir para menospreciar sus aportes reales a la epigrafía maya, entre las que sobresale el descubrimiento de las variantes numéricas de cabeza. Sin embargo, aún más importante fue un artículo publicado por Goodman en 1905, en *American Anthropologist*, titulado *Maya Dates* (Goodman, 1905: 234-238), en el que propuso por primera vez una correlación entre el calendario maya y el nuestro. Por un motivo u otro, la correlación de Goodman cayó en el olvido, hasta que fue rescatada por el yucateco Juan Martínez, quien aportó más pruebas de su validez en 1926. Posteriormente Thompson realizó una corrección de tres días en 1935. Hoy se conoce a esta correlación como Goodman-Martínez-Thompson (GMT) y según Coe no existe posibilidad alguna de que sea errónea (Coe, 1995:121).

A finales del siglo XIX y principios del XX, se desarrollaba, en el marco del desciframiento, un conflicto entre dos corrientes rivales. Por una parte estaban aquellos que consideraban que la escritura maya era principalmente fonética. Estos se apoyaban en gran parte en el así llamado alfabeto de Landa. Por otro lado, un grupo, principalmente representado por los estudiosos alemanes que consideraban que el ABC de Landa era una quimera y creían que la escritura maya era pictográfica. Esta postura fue particularmente expuesta por Philipp Valentini, un abogado alemán, nacido en Berlín, que viajó a Costa Rica a mediados del siglo XVII. En 1880 Valentini publicó el documento titulado *The Landa Alphabet: A Spanish Fabrication* (Valentini, 1880: 97-112). Hasta ese momento, fue la postura alemana la que se impuso, pero ello significó un atraso de 50 años en el desciframiento.

Este conflicto tuvo como protagonistas principales a tres personajes: Daniel Brinton, Eduard Seler y Cyrus Thomas. Aunque ciertamente no fueron los únicos defensores de su respectiva postura, en alguna medida sí llegaron a convertirse en su personificación. Daniel Brinton, un médico estadounidense, que entre otras cosas sirvió en la batalla de Gettysburg durante la guerra civil en los Estados Unidos, se inició en la epigrafía maya a través de una nota que publicó acerca del llamado “alfabeto de Landa”. Su ensayo titulado “*A Prime of Mayan Hieroglyphics*” (Brinton, 1895: 89-93) fue un intento por recopilar lo que hasta ese momento se conocía de la escritura maya, y en realidad se limitó a eso, con muy pocas contribuciones personales, si se exceptúa la sugerencia de que la lectura de las inscripciones mayas jamás sería posible sin un conocimiento de los idiomas mayas (*ibid.*: 92; Stuart, G, 1992: 26). Brinton propuso que el sistema de escritura maya era del tipo “ikonomático”, o rebus (Brinton, 1895: 92) como se ve en la figura 8, el mismo utilizado por los aztecas para escribir los toponímicos (Coe, 1995: 126), un sistema que en alguna forma está a medio camino entre lo fonético y lo ideográfico (fig.9).



Eduard Seler impactó profundamente las investigaciones a lo largo y ancho de Mesoamérica. Enfocó su curiosidad científica no sólo en los manuscritos de México Central, sino en los códices mayas, y en las ruinas de sitios como Palenque, Uxmal y Chichén Itzá. En los manuscritos mayas, Seler identificó correctamente los glifos para los colores y algunos otros importantes como el de perro, fuego y captura. Sin embargo, posiblemente el aporte más duradero de Seler fue determinar la unidad cultural de Mesoamérica. Seler compartía la idea de Försteman, quien consideraba que la escritura maya era mayoritariamente pictográfica (Stuart, G. 1992: 27).

Ya se dijo antes que Charles Etienne Brasseur de Bourbourg había hecho antes un intento desastroso de aplicar el ABC de Landa directamente al desciframiento de los glifos. El siguiente personaje, eminentemente ligado a un enfoque fonético de la escritura maya fue el antropólogo estadounidense Cyrus Thomas. Thomas, nacido en 1825, ejerció el derecho e incluso fue pastor luterano, antes de dedicarse a entomología y la agronomía. Finalmente pasó los últimos 28 años de su vida en la Oficina de Etnología Americana del Gobierno de Estados Unidos. Thomas empezó a publicar trabajos sobre la escritura maya en 1881, más o menos simultáneamente con el inicio de las publicaciones de Förstemann. Thomas utilizó el Códice Troano por primera vez como una fuente etnohistórica para auxiliarse en el desciframiento. Thomas estaba convencido que la escritura maya o era fonética, o estaba en una etapa de transición de lo ideográfico a lo fonético.

Charles Pickering Bowditch, financista del Museo Peabody de Antropología y Etnología de la Universidad de Harvard para la investigación en Centroamérica, contrató a Teobert Maler, un connotado explorador que había participado en la expedición que instaló a Maximiliano de Habsburgo como emperador de México, para que investigara sitios como Yaxchilán, Piedras Negras, Tikal y Naranjo. Maler, siguiendo los senderos abiertos en la selva del Petén por los chicleros, se convirtió en un verdadero precursor en el descubrimiento de las ciudades mayas perdidas en la selva. Las fotografías de Maler engalanaron los volúmenes de las Memorias del Museo Peabody entre 1901 y 1911, hasta que el mismo Bowditch, cansado del difícil carácter de Maler, terminó por retirarle el financiamiento (Coe, 1995: 124).

3.2.5 Las instituciones (1910 – 1958). La Institución Carnegie de Washington dominó el panorama de la investigación arqueológica en Mesoamérica durante toda esta etapa. En el área epigráfica, la antigua controversia sobre el fonetismo en la escritura maya fue resucitada por el lingüista Benjamin Lee Whorf, ante la oposición de Eric Thompson. Sin embargo, ya cerca del fin de esta etapa, el aparecimiento de las publicaciones de Knorosov puso fin a la controversia surgida a partir de la aparición del alfabeto de Landa.

En 1910, Sylvanus Morley dio inicio a la primera de sus tres temporadas de campo en el área maya, específicamente en Quiriguá. Fue allí donde Morley desarrolló un interés especial por las inscripciones mayas. Hacia 1914, la Institución Carnegie de Washington había nombrado a Morley “Investigador Asociado”, sin embargo su plan original de investigar Chichén Itzá hubo de ser pospuesto por la revolución mexicana. Morley se dedicó entonces a preparar un informe que contuviera descripciones y desciframientos de todas las inscripciones mayas conocidas (Stuart, G. 1992: 31).

Morley y otros que se unieron después a la Institución Carnegie convirtieron a ésta en la piedra angular de los estudios mayas por casi medio siglo. El primer reporte formal que resultó del programa de la Carnegie fue *The Inscriptions of Copan*, publicado en 1920. Esta publicación fue provista por Morley de abundantes datos calendáricos, algo para lo que Morley demostró tener una aptitud especial. Sin embargo todas las inscripciones no calendáricas fueron ignominiosamente ignoradas en dicha publicación. Morley siguió una política idéntica en su posterior trabajo *The Inscriptions of Peten* publicado en 1938, con lo que sentó el patrón que habrían de seguir las subsiguientes publicaciones de la Carnegie (Stuart, G. 1992: 31).

El trabajo de Morley se limitó pues al desciframiento de fechas mayas, una labor para la cual sin duda estaba especialmente dotado. Sin embargo hizo caso omiso de todas las partes del texto que no fueran explícitamente calendáricas (Coe, 1995: 139). A pesar de ello, debe reconocerse que los logros de Morley en esta área no fueron pocos, pues además de brindar una innumerable cantidad de fechas, hecho que de alguna forma permitió empezar a establecer cronologías, hizo también un trabajo pionero en el desciframiento de las llamadas “series suplementarias”, que son series de glifos que suceden a la serie inicial y que contienen información sobre las lunaciones. A Morley debe adjudicársele además el descubrimiento y bautizo de Uaxactún (Stuart, G. 1992: 31).

En 1920, William Gates creó la *Sociedad Maya*, una organización de especialistas que incluía a Morley. La Sociedad tuvo una vida efímera, en parte por la serie de problemas políticos y personales del mismo Gates. Sin embargo, la Sociedad Maya dejó publicada la obra *An Outline Dictionary of Maya Glyphs*, que fue el primer intento por clasificar los glifos de los Códices de una forma sistemática (Stuart, G. 1992: 32).

J. Eric S. Thompson es, sin duda, un personaje que amerita dedicarle algunas líneas. Thompson nació en 1898 en Inglaterra⁶. Participó activamente en la primera guerra mundial, donde fue herido de gravedad. Al terminar la guerra viajó a Argentina, donde pasó los siguientes cuatro años de su vida trabajando como gaucho. Como miembro de una familia terrateniente, Thompson desarrolló un agudo sentimiento antibolchevique, que habría de acompañarlo el resto de su vida. Volvió a Inglaterra en 1922 e ingresó a la Universidad de Cambridge, en donde se tituló en antropología. Paradójicamente, la visión de Thompson careció del enfoque comparativo de la variedad humana, tan en boga entre los antropólogos (Coe, 1995: 135).

En 1925, Thompson contactó a Morley y fue contratado por la Carnegie. Thompson fue a trabajar al proyecto de Chichén Itzá financiado por la Carnegie, dirigiendo la reconstrucción del friso del Templo de los Guerreros, pero no parece haber disfrutado el trabajo, como se desprende de la siguiente cita:

«Trabajé semanas en el candente sol de Yucatán juntando las piedras, moviéndolas algunas veces cerca de cuarenta yardas para ver si las lograba ajustar. Parte del tiempo tenía un asistente maya que se encargaba de mover las piedras, pero en mi memoria parece que yo personalmente hubiera movido cada bendita piedra. Algunas no ajustaron bien, pero dudo que alguien haya notado esos malos ajustes»(Thompson, 1963: 30).

Thompson abandonó Chichén Itzá al terminar la temporada de 1926 y aceptó un trabajo en el Museo Field de Historia Natural en Chicago, donde encontró tiempo incluso para estudiar a los “mayas vivos”. Estando en el museo, Thompson empezó a concentrarse en problemas calendáricos, y a partir de 1936 fue contratado nuevamente

⁶ Stuart dice que Thompson nació en Argentina. Stuart, G. 1992: 33

por la Carnegie como investigador, un puesto que conservó hasta la disolución de la División de Investigación Histórica de la Institución Carnegie en 1958 (Coe, 1995: 140).

En 1950, Thompson publicó lo que se considera su mayor obra: *La Escritura Jeroglífica Maya*, obra que generó un conocimiento más profundo no sólo de los glifos en sí, sino del sistema mismo de escritura, así como sobre aspectos gramaticales. El aporte de Thompson a la epigrafía y a la arqueología en general no puede negarse. Publicó más de cuarenta títulos que incluían temas de arqueología, etnohistoria, etnología y naturalmente epigrafía, así como materialmente cualquier otro aspecto de interés sobre Mesoamérica. En el área epigráfica en particular sus logros son muy importantes, a saber: reconoció la función de los glifos G en las series suplementarias y descifró el glifo para el período de 15 tunes. Asimismo produjo una valiosa interpretación de la asociación entre los colores y las direcciones en las inscripciones mayas. Su revisión de la correlación calendárica de Goodman y Martínez llevó a esta virtualmente a la perfección. Su descubrimiento del ciclo ritual de 819 días es uno de sus aportes más importantes (Stuart, G. 1992: 33-36). Sin embargo, aún a la luz de estos logros, la figura de Eric Thompson puede quedar sujeta a interpretaciones menos favorecedoras. Aunque Thompson reconoció algún grado de fonetismo en la escritura maya, en particular a través de la asociación de un signo y un sonido, como lo ejemplifica su definición del signo para tiburón “Xoc”, un término que también se usa para “contar”, (con lo que apoyaba en buena medida la idea de Brinton de un sistema rebus), se negó a aceptar a lo largo de su vida que un solo glifo pudiera tener el valor de un morfema independiente (*ibid.*: 36). Para Thompson la escritura maya tenía un fuerte contenido mitológico, y era por lo tanto tarea del epigrafista encontrar las asociaciones mitológicas para cada signo (Coe, 1995: 153).

La actitud renuente y dogmatizada de Thompson lo envolvió en genuinas batallas académicas con otros investigadores que favorecían claramente el fonetismo de la escritura maya. Michael Coe comenta en su obra *El Desciframiento de los Glifos Mayas* (1992) que Thompson significó:

«...una gigantesca y compleja obstrucción que detuvo el desciframiento entre toda una generación de estudiosos occidentales, mantenidos en cautiverio.....probablemente también por la afilada lengua de Thompson» (*ibid.*: 151).

Según Coe, a mediados del siglo XX el desciframiento de la parte no calendárica de los textos en realidad no había avanzado desde donde se encontraba 50 años atrás(*ibid.*: 155). Sin embargo, a favor de Thompson debe agregarse la publicación en 1957, ya cerca del cierre del programa de arqueología maya de la Institución Carnegie, del *Catalog of Maya Hieroglyphs*, una obra que se ha convertido simplemente en indispensable.

Contemporáneo de Thompson en esta etapa es Benjamin Lee Whorf. Whorf revivió la controversia que estaba latente desde los días de Seler y Thomas a través de artículos en los que explotaba la idea del fonetismo de la escritura maya. Esta postura le valió una inusualmente fuerte crítica de Thompson. Según Whorf, el alfabeto de Landa tenía características que permitían considerar su validez como reflejo de un sistema fonético (Whorf, 1933:10-15, 38). Fue mediante esta idea que Whorf logró definir el significado de *Hax*, perforar. Sin embargo, el trabajo de Whorf no carecía de errores, y estos fueron hábilmente explotados por Thompson quien creó sobre esa base una crítica devastadora a su trabajo (Stuart, G. 1992: 35).

Afortunadamente para la epigrafía, la estafeta del fonetismo en la escritura maya habría de ser tomada por un investigador soviético llamado Yuri Valentinovich Knorosov. Knorosov, nacido en 1922 en Jarkov, Ucrania, fue enrolado en el ejército soviético en 1943, durante la segunda guerra mundial, y su unidad terminó tomando parte de los combates por Berlín en mayo de 1945. Entre las ruinas de la Biblioteca Nacional en Berlín, Knorosov rescató una edición en un volumen de los códices de Dresden, Paris y Madrid, publicada en 1933 por los guatemaltecos Antonio y Carlos Villacorta. Knorosov volvió a Moscú después de la guerra, en donde se inscribió en una universidad local para especializarse en egiptología. Fue Sergei Alexandrovich Tokarev, un maestro de Knorosov quien lo alentó a descifrar el sistema de escritura maya. Knorosov se dio a la tarea aprendiendo español, y como tesis de doctorado hizo una traducción y comentario

de la *Relación de las Cosas de Yucatán* de Landa. Al terminar sus estudios en Moscú se trasladó como investigador al Instituto Etnológico de Leningrado, desde donde realizó sus investigaciones posteriores (Coe, 1995: 159).

En octubre de 1952 Knorosov publicó un breve artículo titulado “La Escritura Antigua de América Central”, en la revista antropológica *Sovietskaya Etnografiya*, una publicación dedicada a ensalzar los logros del marxismo leninismo. El artículo de Knorosov estaba precedido de un breve comentario del director de la revista, S.P. Tolstov, en el que resaltaba el enfoque marxista leninista que había permitido a Knorosov triunfar allí donde los occidentales habían fracasado. Este comentario dio lugar para que Eric Thompson, cuyo sentimiento antibolchevique ya fue mencionado, se convirtiera en un implacable crítico de Knorosov (Thompson, 1966: 195-196).

Knorosov partió de la premisa de que el alfabeto de Landa era fundamentalmente válido como una serie de signos con exactamente el valor fonético que se les atribuía. Con esto demostró que la interpretación de Landa en cuanto a la naturaleza de la escritura maya era equivocada, una aproximación que ya había sido propuesta por Valentini. Knorosov propuso una serie de lecturas fonéticas para varios de los signos en los códices. Un signo desde mucho tiempo antes reconocido como asociado a la palabra “perro” fue definido por Knorosov fonéticamente como *tzul*, la palabra yucateca para perro (Knorosov, 1956: 147-149).

El trabajo de Knorosov no fue inicialmente bien recibido en los diversos círculos académicos. Los agrios intercambios de palabras que caracterizaron al conflicto por el fonetismo en la escritura maya terminaron por desviar la atención del objetivo principal del trabajo de Knorosov, que a la sazón era establecer el principio que gobernaba el funcionamiento de la escritura maya. Puesto en palabras simples, lo que Knorosov proponía era que los mayas están en la disposición de utilizar glifos como puras sílabas fonéticas si así lo deseaban. Cada una de estas sílabas tenía una estructura de consonante-vocal (CV), y cada uno de esos morfemas, en combinación con otros idénticos formaba palabras. Más aún, la vocal final de cada palabra era un puro trámite ortográfico y en la

práctica podía ser ignorada, un principio que el mismo llamó de sinarmonía (Knorosov, 1967: 45).

Las ideas de Knorosov cautivaron finalmente a algunos investigadores occidentales, entre los que debe mencionarse a David Kelley.

David Kelley nació en Albania, hijo de padre irlandés y madre norteamericana. Matriculado en la Universidad de Harvard, fue uno de los últimos estudiantes dirigidos por Alfred Tozzer. Kelley formó también parte de la División de Investigación Histórica de la Carnegie, institución ésta donde conoció entre otros a Tatiana Proskouriakoff y al mismo Eric Thompson (Coe, 1995: 170-171).

Kelley conoció a Knorosov en la Conferencia Internacional de Americanistas de Copenhague en 1956, donde quedó hondamente impresionado por la exposición del ucraniano. En 1962, Kelley publicó en la revista mexicana *Estudios de Cultura Maya*, un artículo titulado “*El fonetismo en la escritura Maya*”. El artículo era una defensa bien argumentada de las ideas de Knorosov, una actitud que le valió el oprobio de Thompson. Mediante este artículo, Kelley fue el primero en llevar las ideas de Knorosov directamente al desciframiento de las inscripciones monumentales, específicamente las de Chichén Itzá. Fue allí donde Kelley, siguiendo la metodología de Knorosov, definió un particular agrupamiento de silabas que se leían como *ka-ku-pa-ca-la*, e identificó por vez primera un nombre propio en las inscripciones: el del capitán itzá *Kakupacal*, mencionado en las crónicas itzáes posteriores a la conquista (Kelley, 1968: 359-362). Posteriormente, en 1976, después de la muerte de Thompson, Kelley publicó su obra *Deciphering the Maya Script*, una publicación que llevó incluso a los más fervientes seguidores de Thompson ante la prueba de que Knorosov estaba en lo correcto (Coe, 1995: 174).

3.2.6 El pasado reciente (1958 – 1984). El logro más destacado de esta etapa debe ser forzosamente la demostración formal del contenido histórico de las inscripciones mayas, a cargo principalmente de Heinrich Berlin y Tatiana Proskouriakoff. Por otra parte

en este mismo período se logró la lenta, pero segura aceptación del componente fonético de la escritura maya.

Heinrich Berlin, alemán de origen, se había radicado en la ciudad de México en 1935, huyendo de las persecuciones nazis de la década de 1930. Hacia 1940, Berlin se encontraba trabajando en Palenque, en donde empezó a interesarse en las inscripciones mayas, y durante la siguiente década se aplicó especialmente a las partes no calendáricas de las inscripciones. En 1958 este esfuerzo resultó en un descubrimiento paradigmático (Stuart, G. 1992: 38). Berlin había notado la existencia de algunos glifos que se caracterizaban por la presencia de ciertos afijos. Tales afijos acompañaban a un signo principal que variaba de ciudad en ciudad. Las características especiales de estos glifos estaban reforzadas por la localización de los mismos dentro de una inscripción: al final de los textos o al final de ciertas cláusulas (combinaciones de dos o más glifos) también típicas del lugar. Aunque en principio Berlin no logró determinar el significado exacto de estos glifos, a los que llamó Glifos Emblema, a falta de un mejor nombre, propuso que podía tratarse de una referencia directa al nombre propio de la ciudad, una deidad tutelar, o el nombre de una dinastía local (Berlin, H. 1959: 299-301). Berlin también propuso que:

«La presencia del emblema de una ciudad en las inscripciones de otra, un evento poco frecuente, prueba que existía una relación entre las dos. En esta forma, los emblemas muestran la promesa de romper la barrera de los glifos no calendáricos, y abrir la investigación en la geografía maya» (ibid.: 301).⁷

Alrededor de este mismo punto, Berlin también estableció que aunque la presencia del Glifo Emblema de una ciudad importante en otra de importancia equivalente era un caso relativamente raro, la presencia del Emblema de una ciudad importante en centros menores cercanos era un evento más común, lo que mostraba un área de influencia bien delimitada (Berlin, H. 1977: 88). Al demostrar la existencia de relaciones entre sitios, Berlin estaba aproximándose a demostrar también el contenido histórico de las

⁷ La traducción es mía.

inscripciones, una propuesta que redefinió la dirección de la investigación epigráfica durante la siguiente década (Stuart, G. 1992: 38).

Aún cuando el mismo Landa había escrito que: «*Usaba también esta gente de ciertos caracteres o letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas ...*» (Landa, 1986: 104-105), hasta ese momento se consideraba que las inscripciones mayas versaban más sobre rituales, astrología, religión y menos sobre historia, como compilación de noticias personales o nacionales (Morley, 1947: 297), y que las representaciones de personajes en el arte maya se referían a los sacerdotes gobernantes de una teocracia, o a dioses, tal como se desprende de la siguiente cita de Morley:

«El inconfundible carácter sacerdotal o religioso de las esculturas en el área sur.....señala fuertemente al hecho que gobierno era una teocracia, con el más alto oficial sacerdotal, siendo al mismo tiempo, en virtud de su rango sacerdotal, la más alta autoridad civil» (Morley, 1975: 15).

J. Eric. S. Thompson mismo se inclinaba también a considerar que los textos trataban de sacerdotes (Thompson, 1966: 206). Sin embargo con el descubrimiento de Alberto Ruz, en 1952, de una cripta en el Templo de las Inscripciones de Palenque, se llegó a resolver esa ambigüedad, cuando se descubrió que lo que había en la cripta era no un altar, sino un sarcófago. Este descubrimiento situó restos humanos y glifos en un mismo contexto asociado, un hecho aprovechado por Berlin quien en 1959 publicó un artículo en el que mediante un análisis sistemático de la inscripción del sarcófago, demostraba convincentemente la presencia de nombres de personajes históricos en las inscripciones (Stuart, G. 1992: 39)⁸.

Por ese mismo tiempo, Tatiana Proskouriakoff se había involucrado en el análisis de ciertas inscripciones de Piedras Negras. Sus conclusiones cambiaron por siempre la forma en la que se interpretaba el contenido de la mayoría de las inscripciones mayas (Stuart, G. 1992: 39). Proskouriakoff nació en Tomsk, Rusia, en 1909. En 1915 su padre fue comisionado por el zar para viajar a los Estados Unidos de América a inspeccionar el

⁸ El trabajo de Kelley sobre la figura de Kakupakal fue publicado posteriormente, con el informe de la CEEM, en 1968

equipo y pertrechos bélicos destinados al esfuerzo ruso durante la primera guerra mundial. Después de la revolución rusa de 1917 la familia se radicó en Filadelfia, Pennsylvania. Proskouriakoff ingresó a la Universidad Estatal de Pennsylvania y obtuvo un grado en arquitectura en 1930. En plena depresión, ella trabajó por algún tiempo en una tienda de departamentos, y luego empezó a hacer dibujos para uno de los directores del Museo de la Universidad de Pennsylvania. Los dibujos de Proskouriakoff llamaron la atención de Linton Satherwaite, quien era a la sazón el director del programa de excavación en Piedras Negras. Proskouriakoff fue contratada de inmediato, trabajando con Satherwaite desde 1934 hasta 1938, haciendo reconstrucciones artísticas de algunas estructuras del sitio (Coe, 1995: 181-183).

La perspectiva de la Acrópolis de Piedras Negras que hizo Proskouriakoff llamó la atención de Morley. Fue así como Proskouriakoff fue contratada por la Institución Carnegie para hacer reconstrucciones artísticas de los sitios mayas más importantes. Su primer destino con Carnegie fue Copán en 1939. Después, Proskouriakoff fue enviada a Yucatán donde terminó de reunir el material de su publicación de 1946, *An Album of Maya Architecture*. En 1943 Proskouriakoff fue nombrada arqueóloga de tiempo completo en la Institución Carnegie (Coe, 1995: 183-184).

Proskouriakoff se mostró como una racionalista desde sus días escolares y fue esta propensión la que la llevó a aplicar un análisis riguroso a una serie de monumentos, creando un método de fechamiento por estilo que todavía se usa; más aún, en su publicación de 1950, *A Study of Classic Maya Sculpture*, ofreció un panorama sobre la forma en la que la escultura maya había cambiado a través del tiempo (*ibid.*: 185). El profundo conocimiento que Proskouriakoff desarrolló de aquel cuerpo de monumentos mayas, la llevó eventualmente a descubrir un “patrón de fechas peculiar” en algunas estelas de Piedras Negras.

J. Eric S. Thompson había mencionado que la escena en la estela 14 de Piedras Negras algunos años antes como una que mostraba dioses sentados en nichos formados por dragones celestiales. Proskouriakoff notó algunos años después que ese monumento

no era el único que mostraba una escena similar, y que además todos los monumentos de aquel tipo eran los primeros en haber sido erigidos en una localización particular; esto es frente a alguna pirámide. Luego, con un intervalo de más o menos cinco años se erigía otro monumento en la misma localización, hasta que se iniciaba otra serie frente a otra pirámide (*ibid.*: 186-187). Inicialmente Proskouriakoff pensó, siguiendo a Thompson, que la estela con nicho representaba la dedicación de una nueva pirámide y que las huellas grabadas en la escalinata representaban el ascenso al cielo de la víctima del sacrificio propiciatorio. Seguidamente buscó en la inscripción un glifo que pudiera significar “sacrificio”. Sin embargo, lo que Proskouriakoff encontró fue que en cada estela con nicho, había grabada una fecha “anterior” seguida por el glifo que Thompson había nombrado “dolor de muelas” (*ibid.*: 187), como se aprecia en la figura 10.

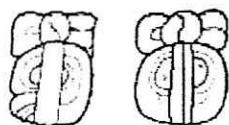


fig. 10

La primera fecha de la serie no estaba vinculada al glifo “dolor de muelas”, sino a un momento que se situaba entre 12 y 31 años antes de esta fecha “anterior”, y estaba seguida por un glifo que Thompson había nombrado “rana virada” (fig. 11). Esta fecha no parecía haber sido de gran importancia pues sólo se registraba retrospectivamente después del evento señalado por el “dolor de muelas” y era a partir de ese momento que empezaba a registrarse por aniversarios (*ibid.*: 187).

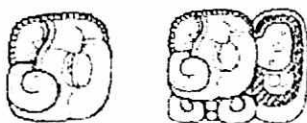


fig. 11

Proskouriakoff elaboró algunas especulaciones e hipótesis para explicar la recurrencia de estos glifos y modificó además su percepción inicial sobre la escena de las huellas en la escalinata, como se presenta a continuación:

- Llamó a la escena de las huellas en la escalinata “motivo de ascensión”. Dicho “motivo” marcaba el inicio de una serie de monumentos que trataban con una secuencia de fechas asociadas. El “motivo” también simbolizaba un evento ocurrido en intervalos no regulares, que era de alguna importancia cívica y religiosa (Proskouriakoff, 1960: 323).
- El glifo “rana virada” acompañaba una fecha ocurrida entre 12 y 31 años antes del evento marcado por el “motivo de ascensión”, por lo tanto debía ser un evento ocurrido antes de la ascensión del personaje, probablemente su fecha de nacimiento, aunque también podría representar la fecha de una ceremonia como bautismo o iniciación del personaje en el nicho (Proskouriakoff, 1960: 324).
- El glifo “dolor de muelas” acompaña a la fecha de entronización de la persona en el nicho: su “fecha inaugural” (*ibid.*: 324).
- La serie completa de monumentos registra los años de vida del gobernante. Considerando solo las series cuyo intervalo completo conocía, calculó el intervalo cubierto entre 56 y 64 años, de hecho el plazo que podía esperarse para la vida de un gobernante (*ibid.*).

Siguiendo los argumentos presentados antes, Proskouriakoff notó que el promedio de duración de un reinado era de 29.5 años. Sin embargo notó que la sucesión no debía ser siempre pasada de padre a primogénito, pues las fechas de un par de casos en particular estaban separadas por un período demasiado largo como para representar una sola generación. Esto le dio a entender que en realidad a la muerte de un gobernante, el reinado podría pasar a manos de otro pariente cercano, algo que ya Landa había descrito en Yucatán (Landa, 1986: 14), sin necesidad de erigir un nuevo monumento con “motivo de ascensión” (Proskouriakoff, 1960: 325).

Con la estela 33 se inauguraba el reinado más largo de la serie. La fecha de ascensión estaba separada por menos de 13 años desde el nacimiento del individuo y este, probablemente por su misma juventud, aparecía acompañado de un personaje vistiendo túnica. La interpretación de este tipo de personajes siempre fue problemática, pues hasta ese momento muchos estudiosos se negaban a aceptar que se tratara de mujeres. Sin

embargo, las representaciones femeninas en los murales de Bonampak mostraban mujeres y niños desempeñando algún papel en las ceremonias. Además ya se conocían pasajes glíficos asociados a personajes vestidos con túnicas, que casi siempre estaban caracterizados por glifos de cabezas femeninas (fig. 12). La inscripción de la estela 33 incluía uno de esos glifos, lo que finalmente le permitió reforzar la idea que el personaje vestido con una túnica era una mujer (*ibid.*).



fig. 12

Aunque ya antes Stephens, Bowdich, Spinden y el mismo Landa, entre otros, habían dejado entrever la posibilidad de que las inscripciones relataran la historia de los mayas, fueron finalmente los descubrimientos de Berlin y Proskouriakoff los que permitieron el ingreso formal de los mayas en la historia; las inscripciones hablaban de personas reales, sus vidas, sus nombres y sus títulos. Berlin y Proskouriakoff sentaron sobre bases sólidas el posterior desarrollo de la epigrafía.

Hasta ese momento el estudio de la epigrafía maya debía concentrarse en el esfuerzo particular e individual de algunos estudiosos de las inscripciones, cuya intercomunicación se limitaba generalmente a correspondencia privada. Sin embargo en 1966, en la ciudad de México, tuvo lugar una reunión dedicada al intercambio de información sobre la escritura maya y sus especialidades adjuntas, la iconografía, historia del arte y lingüística (Stuart, G. 1992: 41). El Primer Seminario para el Estudio de la Escritura Maya fue patrocinado por la Comisión para el Estudio de la Escritura Maya de la Universidad Nacional Autónoma de México, CEEM por sus siglas, y fue organizado por Alberto Ruz y Alfredo Barrera. El Seminario contó con la participación de investigadores de la talla de Michael Coe, Thomas Barthel, y David Kelley, quienes plantearon un forum dedicado a conocer los avances de la epigrafía, haciendo énfasis en la lingüística. En 1971 las reuniones de estudiosos de la epigrafía encontraron una nueva tribuna en La Conferencia sobre Sistemas de Escritura Mesoamericana, en Dumbarton

Oaks. Esta conferencia fue organizada por Elizabeth Benson, Michael Coe y Floyd Lounsbury. Rápidamente se convirtió en una costumbre anual que se realizó entre 1974 y 1979, con la organización de Floyd Lounsbury, Elizabeth Benson, Linda Schele y Peter Mathews (Stuart, G. 1992: 41-42).

En 1973, un entusiasta grupo encabezado por Merle Greene y Lawrence Robertson concibió la idea de sostener en Palenque, “mesas redondas” dedicadas al arte, la iconografía y la escritura maya. El resultado inmediato de esta primera “Mesa Redonda de Palenque”, en diciembre de 1973, fue el establecimiento por parte de Floyd Lounsbury, Linda Schele y Peter Mathews, de la línea dinástica de Palenque. Este trabajo estaba firmemente basado en los anteriores descubrimientos de Berlin y Kelley, entre otros. Ese mismo año Michael Coe publicó *The Maya Scribe and his World*, con lo que se abrió un nuevo campo a la epigrafía: las inscripciones en cerámica. Los textos en cerámica contrario a lo que se pensaba hasta ese momento, no eran ornamentales y Michael Coe los definió como Secuencia Primaria Estándar, con un contenido eminentemente funerario. Además, Coe agregó en esta publicación las primeras fotografías de un recién descubierto manuscrito maya, al que llamó Códice Grolier. Inicialmente Thompson asumió que el Grolier era una falsificación y aunque existen fundamentos para considerarlo genuino, sobre la base de su contenido iconográfico y astronómico (*ibid.*: 42-43), el debate continúa.

En 1976, Joyce Marcus retomó la inquietud geográfica de Berlin y realizó un exhaustivo estudio de los glifos emblema. Este estudio dio como resultado el primer establecimiento de divisiones políticas entre los antiguos mayas, basado en la epigrafía (*ibid.*: 43).

3.2.7 La actualidad. David Stuart es sin duda el personaje que caracteriza esta etapa, alguien que, en palabras de Michael Coe, “estableció una nueva marca de precocidad epigráfica” (Coe, 1995: 244). David Stuart nació en 1965. En 1974 pasó junto con su familia una temporada de campo en Cobá, Yucatán. Pronto dio David Stuart muestras de un especial talento copiando las inscripciones de algunas estelas. David

Stuart conoció a Eric Thompson en 1975, y a Linda Schele en 1976. Fue precisamente Schele quien invitó a David Stuart, a la sazón de 11 años, a que le ayudara en la corrección de los dibujos de las inscripciones de Palenque. El primer trabajo encomendado a David Stuart fue el desciframiento del tablero del Templo del Sol, una tarea que David Stuart resolvió en escasamente 8 horas. Las ideas de Stuart fueron presentadas por primera vez en público en el marco de la Mesa Redonda de Palenque de 1978, cuando él aún no contaba con 13 años de edad (*ibid.*: 246-247).

En 1979, David Stuart y sus padres asistieron juntos a la conferencia titulada “Fonetismo en la escritura Maya”, en la Universidad Estatal de Nueva York en Albany, donde el lingüista Lyle Campbell, uno de los organizadores, estableció desde el principio que «*Ningún lingüista mayista que haya estudiado la materia con seriedad duda ya de la hipótesis fonética definida por Knorosov y elaborada por David Kelley, Floyd Lounsbury y otros*» (*ibid.*: 247). Knorosov estaba de hecho invitado a participar en la conferencia, pero obstáculos administrativos de la ya en ese momento decadente Unión Soviética se lo impidieron. Uno de los resultados fundamentales de esta conferencia fue la creación del “silabario” maya por Peter Mathews (*ibid.*: 249).

En las vacaciones de fin de año entre 1980 y 1981, David Stuart tuvo la oportunidad de participar en el descubrimiento de las cuevas de Naj Tunich, a donde llegó como el epigrafista oficial del proyecto. Fue allí donde David Stuart logró su primer desciframiento fonético, a saber, una nueva forma de escribir el nombre del mes *Pax*, mediante el glifo reticulado de *Pa*, presentado por Landa, y un signo completamente nuevo que debía leerse *xa*. Siguiendo el principio de sinarmonía de Knorosov, David Stuart pudo leer el nombre del mes *Pax(a)* (*ibid.*: 251)

En la Mesa Redonda de Palenque de 1983, David Stuart presentó una ponencia sobre el glifo de la cuenta de los cautivos, un signo que por estar siempre acompañado de numerales había sido hasta el momento inútilmente relacionado con expresiones calendáricas. Stuart pudo demostrar que en realidad el glifo aludía al número de cautivos de un personaje en particular, una hazaña que en el mundo maya debía servir para validar

el poder real. En 1984, Stuart ya era conocido en el mundo de la epigrafía y la Sociedad MacArthur lo nombró asociado y lo premió con una beca de \$128,000 para dedicarse al estudio de los glifos mayas durante los siguientes dos años. Durante esos dos años Stuart logró descifrar un componente de glifos que debía significar “ocurrió” o “entonces ocurrió”. Con la ayuda de varios lingüistas, David Stuart logró definir la lectura de esos glifos como *ut-iy* “llegó a pasar” (*ibid.*: 255). En 1995 David Stuart recibió su doctorado en la Universidad de Vanderbilt.

Los entusiastas de la epigrafía empezaron a aumentar con profesionales hábiles y competentes, entre los que se debe mencionar a Peter Mathews, Stephen Houston, Nikolai Grube y Karl Taube. Peter Mathews, australiano de nacimiento, y doctorado por la Universidad de Yale, llegó a las Mesas Redondas de Palenque, enviado por David Kelley. Allí conoció a Linda Schele y a Floyd Lounsbury, con quienes logró definir la secuencia dinástica de Palenque (*ibid.*: 212-214). El trabajo de Mathews alcanzó significativos niveles de importancia cuando logró identificar el glifo *u*, el conocido posesivo de la tercera persona del singular en objetos particulares y personales (*ibid.*: 260). El mismo David Stuart aportó nuevos indicios sobre esta misma base al definir la Secuencia Primaria Estándar de Coe, como textos que nombraban al propietario y uso del utensilio, lo que en alguna forma debilitó la hipótesis de Coe, de que los textos de la Secuencia Primaria Estándar trataban temas funerarios (*ibid.*: 262-263).

Stephen Houston nació en 1958 y se graduó como *summa cum laude* en la Universidad de Pennsylvania. Posteriormente se doctoró en Yale, como estudiante de Michael Coe y la historiadora del arte Mary Ellen Miller. Houston fue además profesor de epigrafía de David Stuart, Héctor Escobedo y Oswaldo Chinchilla en la Universidad de Vanderbilt en los estados Unidos de Norteamérica. Karl Taube se licenció en la Universidad de California y se doctoró, al igual que Houston en Yale. Nikolai Grube ocupa un puesto en la Universidad de Hamburgo, en donde existe una larga tradición de estudios mesoamericanos. Grube pasa varios meses al año en Quintana Roo y habla con fluidez el yucateco (*ibid.*: 258).

3.2.8 La epigrafía en Guatemala. Guatemala es la sede u origen de un estimable porcentaje de las inscripciones mayas. Paradójicamente la especialidad epigráfica no parecía, hasta ahora, haber encontrado adeptos, incluso entre los mismos profesionales de la arqueología. Por fortuna, esta situación ha empezado a cambiar, y las conferencias y cursos de epigrafía impartidos en el país, por varios investigadores de renombre internacional, son atendidos por un creciente número de entusiastas. Sin embargo, cuando la epigrafía es el tema, existen algunos nombres de investigadores guatemaltecos que es necesario mencionar, y para este caso en un estricto orden cronológico.

Los primeros nombres en la lista deben ser forzosamente Antonio y Carlos Villacorta. La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala se estableció en 1923 como producto de las actividades de un grupo de académicos nacionales. Desde sus inicios, la Sociedad publicó una revista en la que aparecieron regularmente artículos relacionados con la arqueología. Los Villacorta, padre e hijo, dos de los primeros miembros de la Sociedad, publicaron un volumen sobre los sitios arqueológicos de Guatemala por medio del cual dieron a conocer a nivel nacional mucha de la información que hasta ese momento sólo era conocida en el extranjero (Chinchilla, O. 1999: 110).

En 1925 Manuel Gamio realizó las primeras excavaciones científicas de Kaminaljuyú, las que fueron seguidas por los Villacorta en 1927 en la estructura D-III-7, conocida entonces como Quitasombbrero (Shook y Hatch, 1999:291). En 1930 los Villacorta publicaron una edición facsimilar de los códices mayas conocidos en el momento; la misma edición facsimilar que fuera rescatada de las ruinas de la Biblioteca Nacional en Berlín por Knorosov. En el prólogo de la mencionada edición, Antonio Villacorta adjudicaba a los pueblos maya-quichés la autoría de los códices diciendo que:

«De la alta cultura de los pueblos maya-quiches de Guatemala, no han llegado hasta nosotros sino tres libros escritos en caracteres jeroglíficos.....» (Villacorta, J. Antonio y Carlos Villacorta, 1930: 3)

Para Antonio Villacorta, el contenido del Códice de Dresden estaba integrado en dos secciones interrelacionadas entre sí. La primera de ellas contenía almanaques y la

segunda cálculos astronómicos (*ibid.*: 165 – 168). En el Códice de París, Villacorta reconoció cuatro secciones: la sección de lo que llamó *Ahau Katún*, una sección de almanaques, una sección del *Katún* de 52 años solares, y una sección planetaria (*ibid.*: 172 – 175). Finalmente, para el Códice de Madrid, Villacorta estableció secciones de ritos, *Katún* de 52 años, cacería, sacrificios, preparación de comidas y bebidas rituales, ocupación de los dioses, calendario, guerra, paz y muerte, miscelánea y una sección dedicada a la apicultura (*ibid.*: 176 – 179). La edición guatemalteca de los tres códices en un solo volumen fue sin duda alguna un aporte de importancia para el desarrollo de la epigrafía, un aporte que tuvo incluso alcances internacionales.

El primer investigador que impartió un curso de epigrafía como parte del programa de estudios de la licenciatura en arqueología en una universidad de Guatemala fue Daniel Contreras Reynoso⁹. Contreras se graduó de la Escuela Normal Central para Varones como maestro de Educación Primaria y se inscribió en el Departamento de Historia de la recién inaugurada Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala, en 1945. Contreras Reynoso fue alumno de del Dr. Pedro Bosch Gimpera, bajo cuya dirección adquirió una formación integral en historia, graduándose como Profesor de Segunda Enseñanza en Historia y Geografía en 1951 y luego de Licenciado en Historia ese mismo año. La vocación docente de Daniel Contreras se manifestó incluso desde sus días de alumno, desempeñándose además como Director del Museo de Historia y Bellas Artes entre 1948 y 1966. Durante los períodos de 1955 a 1965 y 1970 a 1974 fungió también como Director del Departamento de Historia y entre 1966 y 1970 fue Decano de la Facultad de Humanidades.

El trabajo académico de Daniel Contreras ha girado fundamentalmente alrededor de la historia de Guatemala y es autor o coautor de un importante número de obras entre las que destacan *Templos Coloniales de Guatemala: La Iglesia Catedral Metropolitana*, en 1950, *Breve Historia de Guatemala* en 1950, *Guatemala: Fundación y Traslados* en 1991 y *El Memorial de Sololá y Los Inicios de la Colonización Española en Guatemala*

⁹ Los datos biográficos del licenciado Daniel Contreras fueron obtenidos en el transcurso de una entrevista personal. el 18 de octubre de 2004.

en 2004. Su contacto con la epigrafía maya se dio a partir de la llegada a Guatemala de Heinrich Berlin en la década de 1950. Contreras conoció a Berlin y entabló con él una relación que lo llevó a interesarse en la escritura maya, encontrando además en autores de la talla de Thompson, Morley y el mismo Berlin sus principales fuentes de documentación. Fue con esa base académica que Contreras se hizo cargo de la cátedra de epigrafía en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Eventualmente también fue él el encargado de escribir la sección de escritura jeroglífica de los mayas en la *Historia General de Guatemala*, obra ésta en la que además participó como Director del Tomo V que abarca la época contemporánea entre 1898 y 1944. Sin embargo, en palabras del mismo Daniel Contreras, la epigrafía maya no ha sido nunca su especialidad, por lo que eventualmente ha ido relegando el tema a un segundo plano. En la actualidad Daniel Contreras está retirado, aunque aún colabora en diversos proyectos de fundamento histórico.

Por muchos motivos es Federico Fahsen¹⁰ quien debe abrir esta reseña de la época moderna de la epigrafía guatemalteca, pero fundamentalmente porque él se ha dedicado de lleno a la epigrafía, mientras que los otros personajes contemporáneos, oportunamente mencionados, son en primera instancia arqueólogos con inclinación epigráfica. Federico Fahsen Ortega nació en 1936, en la ciudad de Guatemala y obtuvo una licenciatura en arquitectura por la Universidad del Sur de California. Posteriormente obtuvo también una maestría en Planificación Urbana y Rural por la Universidad de California en Berkeley. Desde el inicio, Fahsen desarrolló un interés y gusto especial por el arte y la historia.

A principios de la década de los setenta, Fahsen se encontraba trabajando como Secretario de Planificación Económica, y en ese puesto tuvo la oportunidad de hacer un viaje a Tikal en compañía de algunos personeros del Departamento de Parques de los Estados Unidos de América. Dada su formación en arquitectura, es de entenderse que Federico Fahsen se haya sentido profundamente impresionado por la arquitectura

¹⁰ Los datos biográficos del arquitecto Federico Fahsen fueron obtenidos en el transcurso de una entrevista personal, el 28 de julio de 2004.

monumental del sitio; sin embargo, el despertar de su interés por la epigrafía maya aún debió esperar algunos años.

Fahsen trabajaba en el Ministerio de Finanzas de Guatemala hacia 1976. Debido a esto se veía en la necesidad de efectuar frecuentes viajes a la ciudad de Washington D.C a efectuar diversas negociaciones inherentes a su cargo. Fue durante uno de esos viajes, en abril de 1976, que Fahsen sufrió un primer infarto masivo. A su retorno a Guatemala, Fahsen continuó en su cargo en el Ministerio de Finanzas hasta que en septiembre de ese mismo año sufrió un segundo infarto que lo obligó a ser intervenido de emergencia en Houston. La condición cardiaca desarrollada lo llevó a guardar reposo durante alguna temporada. Coincidió esta temporada de reposo obligado con las vacaciones escolares de fin de año en Guatemala. Su hijo mayor Federico José fue enviado entonces por la temporada de vacaciones a trabajar como “voluntario” al Museo Nacional de Arqueología y Etnología en la ciudad de Guatemala, a la sazón dirigido por Luis Luján Muñoz. Fue precisamente Luis Luján Muñoz quien en una oportunidad le mandó a regalar con su hijo, Federico José, una copia del libro de Heinrich Berlin, *Signos y Significados en las Inscripciones Mayas*. Este fue el primer contacto formal de Fahsen con la epigrafía maya.

Si bien la publicación de Berlin fue su introducción particular a la escritura maya, el mismo Fahsen admite haber leído el libro sin haber entendido mayor cosa. Sin embargo, de esta misma publicación llamaron profundamente su atención los dibujos de los glifos. Como arquitecto con un gusto especial en el arte, Fahsen desarrolló un rápido interés en la escritura maya, un interés que alimentó de inmediato adquiriendo cuanta publicación sobre el tema estuviera disponible por aquel entonces en Guatemala. Una de las primeras obras por él adquiridas fue el *Deciphering the Maya Script* de David Kelley, publicado en 1977. A finales de los setentas David Kelley visitó Guatemala, invitado por la Universidad Rafael Landívar a impartir un ciclo de conferencias. Fahsen asistió a la conferencia impartida por Kelley, y como consecuencia de esto, surgió una amistad personal entre ambos, que llevaría a Kelley a visitar la casa de los Fahsen en repetidas oportunidades. Por ese entonces Peter Mathews, que era estudiante de David Kelley, fue presentado a Fahsen con quien de inmediato se entabló una perdurable amistad.

En los primeros años de la década de 1980, Fahsen se desempeñó inicialmente en la Oficina de Turismo, y posteriormente como Viceministro de Relaciones Exteriores. Durante aquellos días, Fahsen trabajó en la recreación de la secuencia dinástica de Machaquilá, en un artículo que fue publicado posteriormente por la revista *American Antiquity*. En 1983 fue nombrado Embajador de Guatemala en los Estados Unidos de América. Fue durante su estancia en Washington D.C que conoció a Linda Schele, y dicho sea de paso a David Stuart, en una reunión en la casa de George Stuart. En el transcurso de esa reunión, Fahsen se sintió gratamente sorprendido al enterarse que Linda Schele había leído su artículo sobre Machaquilá. Es de mencionar que Fahsen no estaba aún enterado de su publicación.

En mayo de 1986, Fahsen fue invitado a la exposición de arte maya en Fort Worth, Texas, titulada *The Blood of Kings: A New Interpretation of Maya Art*, donde nuevamente coincidió con Linda Schele. Este nuevo encuentro dio como resultado una línea de colaboración y trabajo conjunto entre Fahsen, Schele y frecuentemente también con Nikolai Grube. Una de las primeras manifestaciones de esta colaboración fueron los Talleres de la Antigua Guatemala, organizados por el mismo Fahsen, en colaboración con Schele y Grube, con quienes además publicó abundantes artículos. La amistad personal entre Federico Fahsen y Linda Schele no puede ser subestimada. Esta se manifestó particularmente cuando Linda Schele, ya sabedora de la gravedad de la enfermedad que padecía, pidió como favor personal que cuando el momento llegara sus cenizas fueran depositadas en una propiedad de Federico Fahsen en el departamento de Sololá en Guatemala. No está de más decir que la última voluntad de Linda Schele fue cumplida a cabalidad.

En el ambiente académico, Federico Fahsen se desempeñó como catedrático de epigrafía en el departamento de historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala, donde entre otros tuvo como alumnos a Oswaldo Chinchilla y a Héctor Escobedo. Cabe mencionar que Oswaldo Chinchilla incluso trabajó en la oficina profesional de Fahsen como investigador en el desarrollo de un proyecto para la creación de un catálogo de

inscripciones mayas. Federico Fahsen también impartió la cátedra de Epigrafía Maya en la Universidad del Valle de Guatemala. En la actualidad se desempeña como catedrático de Epigrafía y Cultura Maya en la facultad de arquitectura de la Universidad Francisco Marroquín.

En el terreno propiamente epigráfico, Federico Fahsen realizó el análisis epigráfico de la Estela 40 de Tikal, descubierta por Juan Antonio Valdés, y desde hace ya algunos años se desempeña como epigrafista oficial del Proyecto Cancuén, dirigido por Arthur Demarest. Fue además en el contexto de su trabajo con Demarest que fueron descubiertos los nuevos escalones de la escalinata jeroglífica de Dos Pilas, de los cuales Fahsen hizo el análisis epigráfico.

Los aportes de Fahsen son variados y extensos. Su carácter extrovertido le ha permitido cultivar la amistad de algunos de los epigrafistas de más renombre. Asimismo en el campo académico ha colaborado en la formación profesional de algunos de los arqueólogos más conocidos en Guatemala, y últimamente incluso en la formación de los nuevos profesionales de la arquitectura. Por último, debe decirse que los análisis epigráficos por él practicados gozan de credibilidad y difusión, no sólo en Guatemala, sino también en el extranjero.

El siguiente nombre en la lista es el de Oswaldo Chinchilla Mazariegos¹¹. Chinchilla obtuvo una licenciatura como químico biólogo y otra en arqueología, en 1990, por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Posteriormente, en 1996, se le otorgó un doctorado por la Universidad de Vanderbilt. Oswaldo Chinchilla se ha manifestado como un prolífico autor sobre temas de arqueología, y entre sus publicaciones sobre el tema epigráfico destacan *"A reading for the -Earth-Star- verb in Ancient Maya Writing"* en *Research Reports on Ancient Maya Writing*, *"La Escritura en el Período Preclásico"* y en conjunto con Héctor Escobedo *"Las Dinastías Mayas Clásicas: Información Epigráfica"*, estos últimos incluidos en la *Historia General de Guatemala*. Además

¹¹ Los datos biográficos de Oswaldo Chinchilla fueron obtenidos mediante comunicación personal en julio de 2004.

publicó con Federico Fahsen “*Sobre la Distribución de un Glifo Clásico Temprano en las Inscripciones Mayas*” y con Stephen Houston la “*Historia Política de la Zona de Piedras Negras: Las Inscripciones de El Cayo*”, en las Memorias del II y VI Simposio de Investigaciones Arqueológicas de Guatemala, respectivamente. Asimismo “*Nombres Femeninos en las Inscripciones Mayas del Clásico Temprano*” en las Memorias del Primer Congreso Internacional de Mayistas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y, es autor del libro “*Guatemala: Corazón del Mundo Maya*”, publicado en 1999, y coeditor con Stephen Houston y David Stuart del libro “*The Decipherment of Ancient Maya Writing*”, publicado por University of Oklahoma Press en 2001, y de amplio uso bibliográfico en el presente trabajo.

Entre 1995 y 1997 se desempeñó como catedrático adjunto de epigrafía e iconografía maya en la Universidad del Valle de Guatemala. Actualmente funge como curador del Museo Popol Vuh de la Universidad Francisco Marroquín, en la ciudad de Guatemala y es catedrático en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Sus áreas de especialización incluyen la arqueología de la costa del Pacífico de Guatemala, la escritura y la iconografía maya clásica, y la historia de la arqueología en Guatemala. A Oswaldo Chinchilla debe reconocérsele su aporte en la formación de los nuevos profesionales de la arqueología y la epigrafía.

El nombre final de esta reseña es el de Héctor Escobedo Ayala¹². Héctor Escobedo se licenció en Arqueología por la Universidad de San Carlos de Guatemala en 1991, presentado para el efecto una tesis sobre las inscripciones en los sitios de Ixkún, Ixtutz, e Ixtontón, en el noroeste del Petén. Ese mismo año recibió una beca para continuar sus estudios de Doctorado en Antropología en Universidad de Vanderbilt. En 1992 se convirtió en catedrático de epigrafía en la Universidad de San Carlos de Guatemala, e impartió cursos de arqueología y epigrafía maya en la Universidad del Valle de Guatemala desde 1996 hasta 2003, desempeñándose además como Presidente de la Asociación de Arqueólogos de Guatemala durante el periodo 2001-2002. Desde 1994 ha

¹² Los datos biográficos de Héctor Escobedo Ayala provienen de diversas comunicaciones personales en junio y julio de 2004.

sido también miembro del Comité Organizador del Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala y coeditor de las memorias del mismo. Debe mencionarse que dicho simposio se ha convertido en una tribuna en la que el tema epigráfico ha adquirido una importancia e interés especial.

Amigo personal de Stephen Houston y David Stuart, Escobedo ha dirigido proyectos de investigación arqueológica, entre otros, en sitios como Arroyo de Piedra, entre 1993 y 1994, Punta de Chimino, en 1996, Piedras Negras, en las temporadas de 1997 a 2002 y 2004 y El Perú entre 2002 y 2004. Por cierto, durante la temporada de campo de 1998 en Piedras Negras, Escobedo, Stuart y Houston trasladaron los restos de Tatiana Proskouriakoff a su último lugar de reposo en la acrópolis del sitio.

El trabajo de Héctor Escobedo ha incluido investigaciones en arquitectura monumental, prácticas funerarias, y naturalmente epigrafía Maya, habiendo hasta la fecha publicado y presentado ponencias en países a ambos lados del Atlántico. Entre sus abundantes publicaciones sobre el tema epigráfico sobresalen en 1992 *La Función del Glifo X en las Series Lunares Mayas: Un Examen a la Hipótesis de Linden*, en 1994 *Análisis Epigráfico a las Hipótesis de las Dinastías Garra de Jaguar y Ma' Cuch de Tikal* y en 1997 *Arroyo de Piedra: Sociopolitical Dynamics of a Secondary Center in the Petexbatun Region*. Además, ha publicado entre otras muchas colaboraciones, en 1992 con Houston, Stuart y Chinchilla *Resultados Generales de los Estudios Epigráficos del Proyecto Petexbatún*, en las Memorias del IV Simposio de Arqueología Guatemalteca, con Stephen Houston en 1997 *Descifrando la Política Maya: Perspectivas Arqueológicas y Epigráficas Sobre el Concepto de los Estados Segmentarios*, en las Memorias del X Simposio de Arqueología Guatemalteca, en 1999 con Oswaldo Chinchilla *Las Dinastías Mayas Clásicas: Información Epigráfica*, en Historia General de Guatemala. También es coautor con Juan Antonio Valdés y Federico Fahsen del libro de 1999 *Reyes, Tumbas y Palacios: La Historia Dinástica de Uaxaktún*. Además debe reconocerse a Héctor Escobedo el invaluable papel que ha jugado en la formación académica de los futuros arqueólogos y epigrafistas en Guatemala.

CAPÍTULO IV. CUATRO ASPECTOS DEL DESCIFRAMIENTO

La pregunta de ¿quién podrá leer las inscripciones? que se planteara Stephens a mediados del siglo XIX parece estar encontrando finalmente una respuesta. Sin embargo, es un hecho recurrente encontrar personas que simplemente no creen en la validez de la epigrafía como herramienta, y en este grupo de personas no solo se encuentra el público prosaico, desconocedor de la epigrafía en particular y la arqueología en general, sino también estudiosos de la antropología y la misma arqueología.

En la sección anterior se esbozó ligeramente la historia del desciframiento, con el fin de proveer al lector de una estructura histórica escalonada y si se quiere evolucionista del proceso del desciframiento. Sin embargo, no se entró en detalles técnicos que permitan realmente convencer de la validez misma de ese proceso. Esta sección no parte de ninguna premisa establecida, y con las inevitables limitaciones de espacio pretende presentar un análisis de algunos de los aspectos más cuestionados del desciframiento de las inscripciones. Aunque los aspectos cuestionados del desciframiento de las inscripciones mayas parecen tan variados como las personas mismas que se manifiestan escépticas, una encuesta informal hecha circular entre diversas personas ha demostrado que sin embargo la base del escepticismo descansa en relativamente pocos puntos. A continuación se presenta un esquema general de los resultados de la encuesta antes mencionada.

4.1 El instrumento

En ningún momento se pretendió crear un instrumento formal de encuesta, ya que el escepticismo alrededor de la epigrafía fue percibido en el contexto de pláticas más bien informales, aunque siempre revestidas de un ambiente académico. De un total de cuarenta personas interrogadas, se registró la opinión escéptica de veinticuatro personas, el equivalente del 60%. Un universo de tan sólo cuarenta personas puede ser considerado

como una muestra estadística carente de significatividad. Sin embargo para este trabajo, el registro de esas opiniones sirvió como una efectiva guía para delimitar los temas que eventualmente se convirtieron en el objeto del análisis. Una representación gráfica de los resultados obtenidos se presenta a continuación en la figura 13.

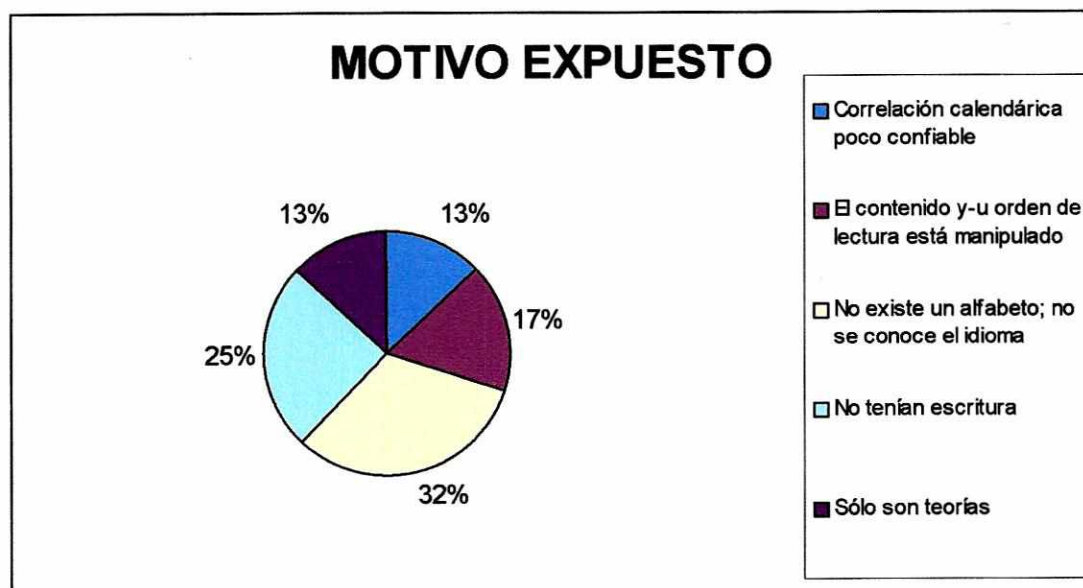


Fig. 13

Excluyendo al 25% de las opiniones que manifiestan que los mayas no tenían escritura, los factores más cuestionables del desciframiento son en orden ascendente de cantidad: aspectos relacionados a la correlación calendárica (13%), excesiva teorización (13%), aspectos relativos al orden de lectura y el contenido de las inscripciones (17%) y finalmente el idioma de las inscripciones (32%).

El aspecto relacionado a la excesiva teorización es en buena medida autoexcluyente, puesto que al analizar los aspectos de orden de lectura y contenido, correlación calendárica, e idioma de las inscripciones, estos dejarán de ser teorías para convertirse en hechos.

Es mediante esta observación que puede establecerse, en concordancia con la historia del desciframiento, un orden temático de investigación como sigue:

- El orden de lectura de los glifos
- Correlación calendárica
- El idioma de las inscripciones
- Contenido de las inscripciones: la guerra

4.2 El orden de lectura de las inscripciones

Que el orden de lectura es incorrecto, fue la crítica a la epigrafía vertida por un pequeño pero importante grupo. Importante porque sin excepción este grupo está compuesto por individuos con estudios superiores en ciencias sociales. El cuestionamiento debe entonces, desde esa perspectiva, considerarse válido y es por ello que se impone un examen de la evidencia existente.

Como se mencionó oportunamente en la sección anterior, el orden de lectura de las inscripciones fue establecido por Cyrus Thomas en 1882, basado en buena medida en la publicación de Charles Rau de un fragmento del Tablero de la Cruz en Palenque y el conocimiento que el mismo tenía de los códices. Hasta ahora se acepta que el orden de lectura puede ser comprendido sobre la base del sistema de filas y columnas propuesto por el mismo Rau.

El sistema de escritura maya utiliza un sistema de columnas dobles y filas múltiples, que forman una rejilla de bloques de glifos. Generalmente se nombra cada columna con una letra, empezando con la A, mientras que las filas son numeradas a partir del 1. La lectura de una inscripción se inicia entonces con el glifo en la posición A1 y se sigue con el B1; luego al A2, seguido del B2 y así sucesivamente, hasta alcanzar el final de las dos primeras columnas. Luego se procede con las columnas C y D, leyendo el glifo en la posición C1, seguido del glifo en la posición D1, etc. A continuación, en la figura 14, se presenta el esquema estandarizado de rejilla sugerido por Rau.

	A	B	C	D	E	F	G	H
1								
2								
3								
4								
5								
6								
7								
8								

fig. 14

Sin embargo, en la práctica, los textos inscritos no son siempre tan estandarizados. Existen ejemplares cuya inscripción no presenta un número par de columnas, lo que dificulta el empleo del sistema antes descrito. Es esos casos se debe proceder a leer en pares de columnas y finalizar leyendo la última columna por sí misma. Esta misma forma básica debe usarse cuando la inscripción consta de una sola columna. De igual manera, cuando la inscripción está conformada por una sola fila de glifos, estos deben ser leídos en un orden convencional sucesivo de izquierda a derecha. Otros patrones de inscripción incluyen formas angulares de L y T, como se muestra en las figuras 15, 16 y 17 respectivamente.

	A	B	C	D
1				
2				
3				
4				
5				

fig. 15

	A	B	C	D
1				
2				
3				
4				
5				

fig. 16

	A	B	C	D	E	F	G
1							
2							
3							
4							
5							
6							
7							
8							

fig. 17

Existen otros patrones más caprichosos, muy escasos por cierto, en las inscripciones mayas. En estos casos, el lector deberá confiar en su conocimiento de las convenciones de escritura, así como en el contexto arquitectónico, por ejemplo, para poder definir el orden de lectura (Houston, 1989: 48).

Ahora bien, la definición del orden de lectura de las inscripciones no es obra de la casualidad. Por cierto, tampoco es el resultado de una sola propuesta. Antes de Cyrus Thomas, Brasseur de Bourbourg, por sus observaciones de los manuscritos conocidos e influenciado por la dirección en la que las figuras parecían moverse, así como por la dirección a la que estaban volteadas (generalmente de derecha a izquierda y en columnas de abajo hacia arriba), concluyó que la lectura de los caracteres debía ser en líneas de derecha a izquierda y columnas de abajo hacia arriba. Por su parte Daniel Brinton sugirió un sistema similar, empezando por la columna de la derecha y luego alternando el orden primero de arriba hacia abajo, y después a la inversa. Rosny también presentó una teoría y propuso una lectura en filas de izquierda a derecha (Thomas, 1882: 136-137).

Ciertamente parecía improbable que se alcanzara una conclusión satisfactoria a este respecto, cuando menos no mientras los glifos no fuesen descifrados. De cualquier forma, Thomas consideró que existían evidencias que permitían, si no de una forma absoluta, sí con un buen grado de certeza, determinar el orden de lectura, aún cuando las inscripciones no hubiesen sido completamente descifradas. Para apoyar este pensamiento, Thomas realizó un análisis de la inscripción en el tablero del Templo de la Cruz Foliada en Palenque (fig. 21). A su parecer, el glifo grande en la esquina superior izquierda de la inscripción podía tener una función similar a la de las letras mayúsculas, por lo que a partir de esa observación las inscripciones debían ser leídas ya fuera en columnas de arriba hacia abajo, o en líneas de izquierda a derecha (*ibid.*: 137).

Sin embargo, esta premisa parecía aún demasiado débil, por lo que Thomas se apoyó además en la evidencia que presentaba el Códice de Madrid. Para ello fijó su atención en la Lámina X del códice (*ibid.*: 15) como se ve en la figura 18. En la ilustración central, del lado izquierdo, pueden verse dos columnas de glifos con días del calendario maya. La columna de la izquierda presenta los glifos de Oc, Cib, Ik, Lamat e Ix (ver fig. 18). Asistiéndose del listado de los días que presentó Landa (Landa, 1986: 61)¹, Thomas observó que cada uno de los días en la columna izquierda de la ilustración está separado por una frecuencia constante de 6 días, en orden ascendente. Siguiendo el listado puede verse que entre Oc y Cib hay seis días y que entre Cib e Ik hay seis días, y así sucesivamente. De la misma forma, la columna de la derecha presenta un patrón similar con los días Ahau, Cimi, Eb, Etnab y Kan, con un intervalo de 6 días entre cada uno.

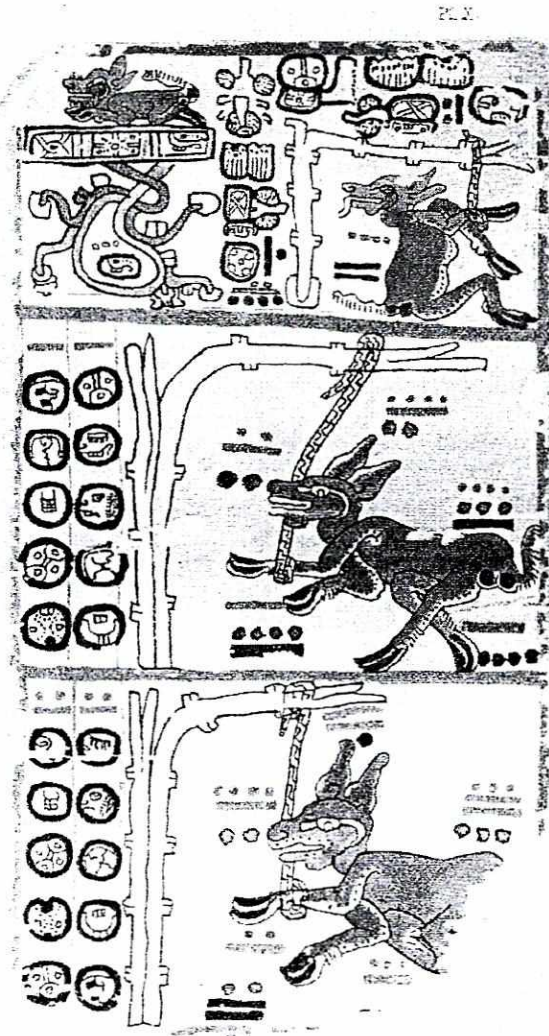


fig.18

Lo que Thomas no notó, o cuando menos se abstuvo de mencionar fue que la frecuencia entre los glifos opuestos de cada columna también es una constante, a saber, entre Oc y Ahau hay 10 días de diferencia, y entre Cib y Cimi también hay 10 días de diferencia, y así sucesivamente. De hecho, utilizando un patrón de lectura en forma

¹. El listado es: Kan, Chicchán, Cimi, Manik, Lamat, Muluc, Oc, Chuen, Eb, Ben, Ix, Men, Cib, Caban, Ezanab (sic), Cauac, Ahau, Imix, Ik y Akbal.

diagonal de derecha superior a izquierda inferior, también se obtiene una constante de 16 días entre los glifos por ejemplo de Ahau a Cib, Cimi a Ik etc., según el siguiente esquema.

OC	AHAU
CIB	CIMI
IK	EB
LAMAT	EZNAB
IX	KAN

Debido a esto es que, en principio, la observación de Thomas en realidad sólo permite establecer la dirección de lectura, ya sea ésta en filas o columnas, pero definitivamente, dado el orden ascendente de los días, de izquierda a derecha o de arriba hacia abajo.

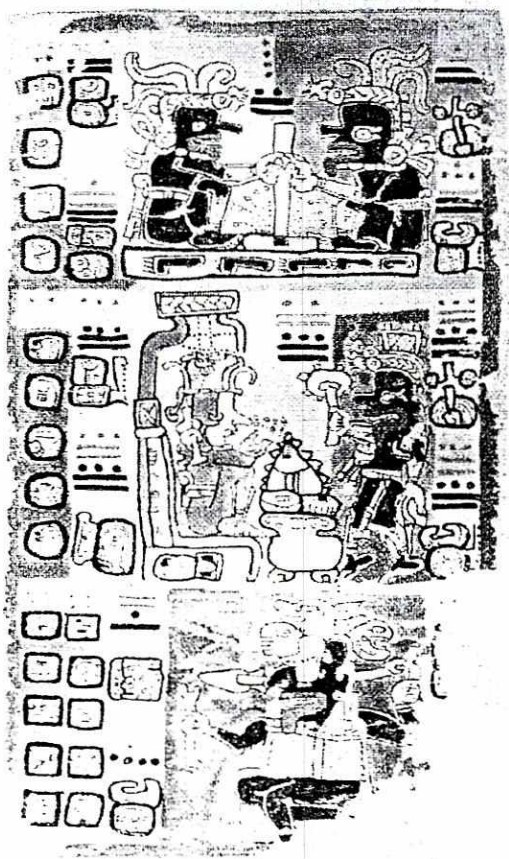


fig. 19

Es nuevamente a partir del Códice de Madrid que puede obtenerse una nueva evidencia en relación al orden de lectura. En la Lámina VI (fig. 19), en la parte central aparece una nueva columna de glifos para los días: Caban, Ik, Manik, Eb y Caban, con un intervalo de 5 días entre cada uno. En este caso, la columna es única y la frecuencia constante, con lo que puede desestimarse la lectura en filas. De esta sencilla forma, Cyrus Thomas llegó a la conclusión que cuando menos los glifos de los días debían ser leídos en columnas. Además, la existencia de frecuencias constantes entre los glifos de los días terminó por confirmar que el orden de los días presentado por Landa era correcto (Thomas, 1882: 16).

Habiendo Thomas demostrado que la lectura de los glifos de los días era en columnas de arriba hacia abajo, le pareció lógico que la lectura de los demás glifos debería corresponder a la misma forma (*ibid.*: 137).

La Lámina XIV del manuscrito de Madrid contiene otra pieza de evidencia para continuar aclarando el orden de lectura de las inscripciones. La parte central de la lámina (ver fig.20), muestra una serie de columnas compuestas por los mismos glifos, a excepción del inicial y el final de cada columna. A Thomas le parecía altamente improbable que la lectura fuese en líneas horizontales, pues en este caso, la lectura sería repetitiva de un mismo glifo (*ibid.*: 138). Esta observación permitió a Thomas confirmar que la lectura de los glifos no calendáricos debía realizarse también en columnas, en dirección descendente, aunque de ninguna forma desestimó la posibilidad de lectura en líneas horizontales de izquierda a derecha (*ibid.*:

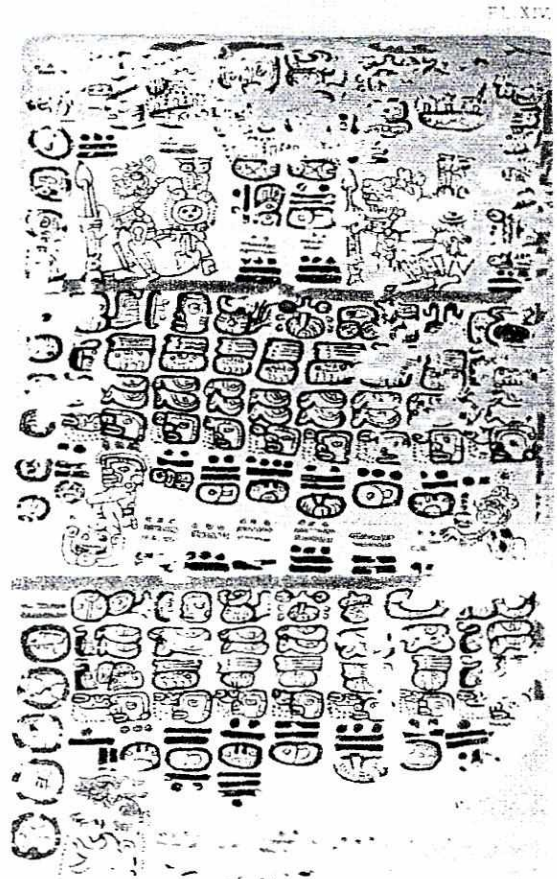


fig. 20

137), algo que al final es congruente con la realidad mostrada por la mayoría de las inscripciones.

Finalmente, volviendo al análisis que Thomas hiciera de la inscripción en el tablero de Palenque (ver fig.21), Thomas se apoyó en este caso en el esquema de cuadrícula propuesto por Rau (ver fig.22).

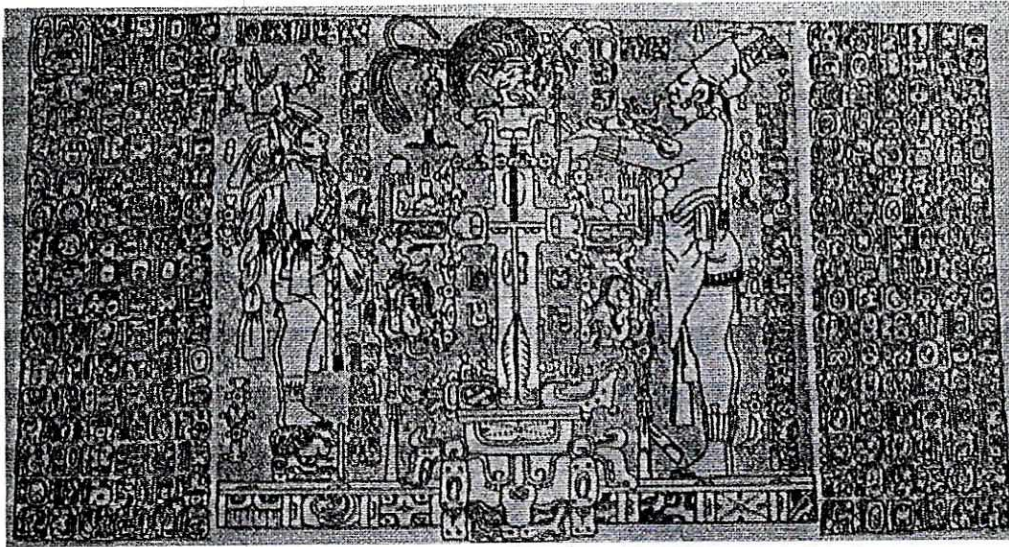


fig 21 (dibujo de Linda Schele, tomado de Harris y Stearns, 1997)

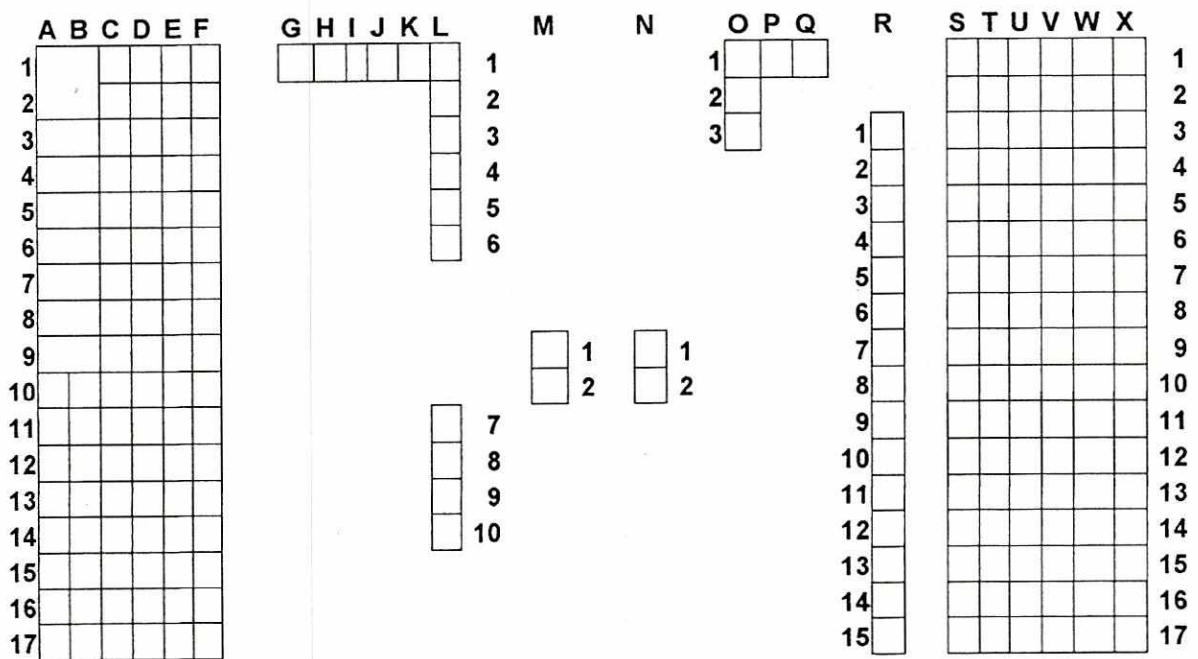


fig. 22

Thomas dio por sentado que la inscripción claramente iniciaba con el glifo grande de la esquina superior izquierda, pero dejó prudentemente abierto a discusión si el resto

de la inscripción debía leerse siguiendo filas de izquierda a derecha o columnas de arriba hacia abajo (*ibid.*: 199).

Thomas consideraba haber demostrado claramente que la lectura debía ser en columnas de arriba hacia abajo, y que cuando las circunstancias así lo requerían, también debía flexibilizarse la lectura a líneas horizontales. El análisis de la inscripción en el Tablero de Palenque así lo demostraba, pues contenía no solo columnas sino también filas que debían ser leídas consecuentemente. Este mismo análisis le dejó ver que los siete caracteres de las dos columnas inmediatamente por debajo del glifo inicial aparecían unificados. Si la lectura era en columnas, la inferencia inevitable era que los siguientes glifos debían ser leídos de dos en dos, a saber A10-B10, A11-B11, y así sucesivamente hasta abajo. Si este patrón era correcto, entonces debía suponerse que las siguientes columnas debían ser leídas de igual forma (*ibid.*: 200).

El mismo Thomas aceptó que esta teoría, basada en suposiciones debía ser razonablemente confirmada. Para ello eligió dos glifos en particular: el S1 y el T1. Estos mismos glifos aparecían asociados nuevamente y en el mismo orden en las posiciones U6-V6, U16-V16, W3-X3, y W17-X17; esto es la misma línea pero en columnas distintas pero consecutivas. Esto dio pie a demostrar que en realidad el orden de lectura propuesto era correcto (*ibid.*: 201). De hecho, Thomas presentó más evidencia en ese mismo sentido con otras combinaciones de glifos. Se entiende que por motivos puramente prácticos, en el presente trabajo no se expondrá cada uno de ellas.

Hasta aquí se ha presentado la evidencia utilizada por Thomas para definir el orden de lectura de las inscripciones. Se impone ahora examinar si el orden de lectura propuesto por Thomas se ajusta y es consistente con los aspectos gramaticales de las inscripciones.

La gramática de las inscripciones fue un tema pobremente analizado, pero que empezó a verse aclarado cuando se comprendió que el idioma expresado por los glifos debía estar forzosamente relacionado con los idiomas hablados por los millones de

indígenas de la actualidad en la región, una postura que, al examinar la historia de la epigrafía maya, fue primeramente concebida y publicada por Juan Galindo durante la década de 1830, luego de visitar Palenque y Copán.

La estructura básica de los idiomas mesoamericanos es VSO (verbo, sujeto, objeto), como puede notarse en el mixe, el zapoteco, el nahuatl, etc. Ciertamente existen excepciones, y los idiomas mayas como el huasteco, el quiché, el chol, el yucateco y el tzeltal además de algunos provenientes de otras ramas como el xinca, el zoque, el otomí, y otros tienen una estructura verbo, objeto, sujeto "VOS" (Campbell, Kaufman, Smith-Stark, 1986: 547, 556-557).

Si uno debe atenerse al orden de lectura propuesto por Thomas, la mayoría de las cláusulas en las inscripciones presentan también una estructura sintáctica que equivale a VOS, con el eventual aditivo, especialmente en las inscripciones monumentales, de un elemento de temporalidad "T" al inicio de la cláusula, de tal forma que la estructura más usual en los textos de las inscripciones monumentales es TVOS. Naturalmente tal como se comentó desde el principio de este mismo capítulo, los textos mayas no son tan estandarizados y presentan excepciones, como es el caso de algunas frases en las que alguno de los elementos de la estructura TVOS no está presente o como el caso de frases en las que además aparece un elemento relacionado a un topónimo.

Para establecer la estructura VOS de los textos en las inscripciones mayas debe uno nuevamente asistirse de los códices, en donde no es usual encontrar el elemento de temporalidad. Es innegable que los textos y las imágenes en los códices están relacionadas. Como se puede ver en las figuras 23_a y 23_b, provenientes de las páginas cuatro y cinco del Códice de Dresden, en las láminas aparecen cuatro dioses distintos que parecen estar todos realizando la misma acción: sosteniendo un objeto.

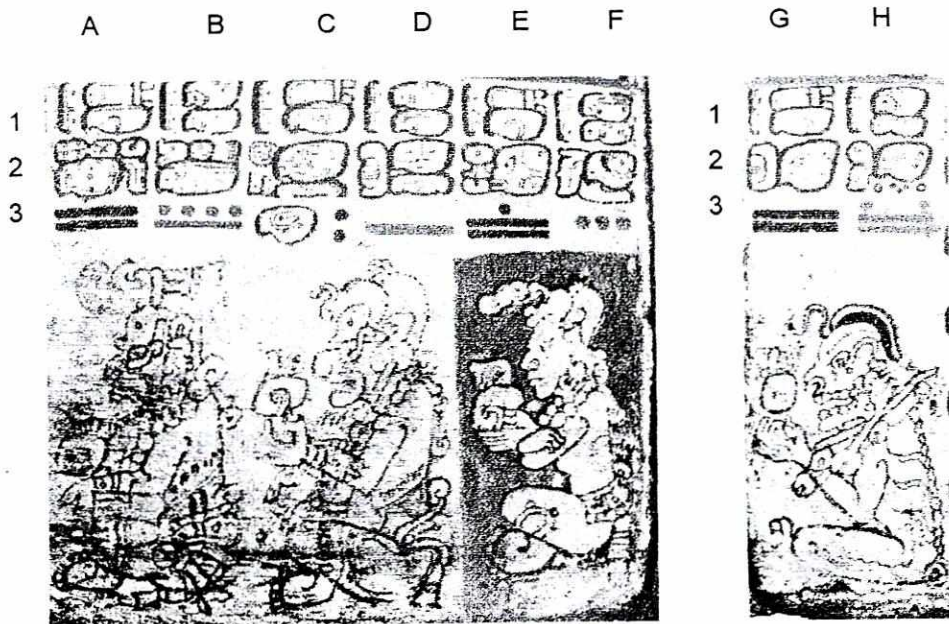


fig. 23 a

fig. 23 b

Siguiendo el orden de lectura propuesto por Thomas y el sistema de rejilla de Rau en el texto en la parte superior de cada una de las imágenes, para la figura 23 a las columnas pueden nombrarse en orden consecutivo como A, B, C, D, E, F y las filas como 1, 2, 3. Para la figura 23 b puede continuarse, para efectos de esta demostración, como columnas G y H y conservar la numeración de las filas. Entonces, como puede verse en las figuras, los glifos correspondientes a las posiciones A1, C1, E1, G1, son siempre el mismo y puesto que la acción representada en la figura es la misma, puede asumirse que esos glifos representan la acción. Los glifos en las posiciones B1, D1, F1, H1 son también el mismo y puesto que el objeto sostenido por cada uno de los dioses es también el mismo, puede concluirse que estos glifos representan objeto. Finalmente, los segundos glifos de cada columna doble son en definitiva distintos y puesto que se trata de la representación de cuatro dioses distintos, también puede asumirse que estos últimos glifos representan el nombre del dios respectivo, o sea la función del sujeto. Esta observación da lugar a una estructura gramatical del tipo VOS. De esta forma puede concluirse que el

orden de lectura de las inscripciones mayas es congruente también con la estructura sintáctica de los idiomas mayas

4.3 La correlación calendárica

La demostración que Cyrus Thomas hiciera sobre el orden de lectura de las inscripciones ha soportado el paso del tiempo y es por ello que el mismo Försteman se basó en ella apenas unos años después al analizar también el Códice de Dresden, un trabajo mediante el cual definió entre otras cosas la Cuenta Larga y la estructura del calendario maya, hacia 1887. De hecho, no es posible leer, y encontrar sentido a las expresiones numéricas que componen una Cuenta Larga sin considerar el orden de lectura en columnas que estableció Thomas.

Al definir Försteman la Cuenta Larga y la estructura del calendario maya, surgió la cuestión de una correlación como un nuevo asunto de interés. En principio todo lo que se requiere para correlacionar el sistema de la Cuenta Larga con el calendario occidental, es una fecha sólida en el primero con un equivalente conocido en el segundo. Sin embargo no existe ni una sola Cuenta Larga completa posterior a la llegada de los españoles. La correlación debe ser pues deducida de información potencialmente incompleta.

Joseph Goodman creó en 1905 una correlación cronológica que aunque inicialmente no despertó mucho interés, luego de las correcciones introducidas en su momento por Juan Martínez y Sir J. Eric S. Thompson, es la que goza de mayor aceptación en el presente. Esto no implica que esta correlación sea la única existente, pero debe insistirse en que, de momento es la que goza de mayor aceptación.

Es un hecho conocido que los mayas utilizaban en realidad más de un calendario simultáneamente. Uno de ellos registraba la cantidad de días transcurridos desde el origen, o sea una forma de cronología, y otro registraba la duración del año solar en cuentas semiconvencionales de días y meses. Ciertamente el objetivo primordial de Goodman no era establecer una correlación entre el calendario maya y el europeo, en el

sentido más estricto de la palabra. El objetivo de Goodman era más prosaico y se fundamentaba en conocer la antigüedad relativa de las ruinas mayas, partiendo de fechas sólidamente comparables en ambos sistemas.

Sin embargo, Goodman tuvo que enfrentar algunos obstáculos mayores. Goodman partió del análisis de dos sistemas calendáricos prehispánicos (Goodman, 1905: 235), a saber, el que él llamó sistema arcaico, y que debe ser entendido fundamentalmente como el sistema calendárico utilizado durante el Período Clásico, y el sistema xiu, un sistema modificado a la usanza del Yucatán del Período Postclásico. Ambos sistemas exigieron calibración pues presentaban algunas diferencias. Goodman tuvo que unificar ambos calendarios, porque según sus observaciones el sistema Arcaico cuenta los Katunes en ciclos de 20, mientras que el sistema xiu utiliza ciclos de 13 Katunes. Otro obstáculo que debió enfrentar fue la falta de coincidencia en los calendarios anuales de ambos sistemas (*ibid.*: 235). Sin embargo, ambos obstáculos fueron superados por Goodman mediante un sencillo razonamiento.

Para él era un hecho que los xiu habían migrado en el pasado desde una región en la que el sistema arcaico estaba aún en uso, puesto que el sistema de cuenta llevado por ellos a Yucatán no coincide con ningún otro de las actuales ramas mayas. Por ello, los xiu se habrían visto en la necesidad de ajustarse a la cuenta de días y meses del año en uso en Yucatán, aunque conservando el calendario cronológico para evitar confusiones. De esa forma, la cuenta xiu de los Katunes permaneció inamovible incluso desde el momento que estos abandonaron sus tierras de origen (*ibid.*: 236). Por lo tanto y a la vista de este razonamiento, las diferencias manifiestas entre ambos sistemas dejaban en la práctica de ser un obstáculo. Goodman llegó a la conclusión que un determinado fin de Katún en 13 Ahau, podría únicamente haber ocurrido en octubre de 1539 (*ibid.*: 236). Para ello se apoyó básicamente en eventos ocurridos poco antes de la llegada de los españoles.

Aunque como ya se mencionó, la correlación de Goodman no fue muy popular al principio, Martínez y Thompson la convirtieron mediante sucesivas correcciones en la más aceptada. Estas correcciones dieron lugar a la correlación que se conoce como de

Goodman-Martínez-Thompson o GMT, cuya versión final propone una fecha base para convertir fechas en Cuenta Larga al calendario europeo. Según esta correlación, la fecha “Cero”, del calendario maya sería equivalente al 13 de agosto de 3114 AC., en el calendario Gregoriano (Thompson, 1971: 152), u 8 de septiembre de 3114 AC., en el Juliano.

En el momento de la conquista, los mayas aún conservaban la rueda calendárica (aprox. 52 años), y la “cuenta de los Katunes” (aprox. 256 años). Según se desprende del artículo de Goodman, las fuentes coloniales proveen varias equivalencias para fechas de la rueda calendárica, y cuando menos la fecha en la que terminó un katún (Goodman, 1905: 236). Estos datos no son, sin embargo, suficientes para calibrar ambos calendarios, por lo que la GMT debe forzosamente haber sido creada basándose en algunas fechas “incompletas”, pero utilizando la estructura misma del calendario maya.

4.3.1 La evidencia aportada por Landa. Un katún implica 7200 días, o sea cerca de 20 años. De las abundantes publicaciones sobre el calendario maya puede observarse fácilmente que el día final de un Katún es siempre Ahau. Esa misma observación muestra que el siguiente Katún termina naturalmente en un Ahau, pero con 11 días de diferencia. Así, si un Katún terminó, como es el caso de 9.3.0.0.0, en 2 Ahau (Harris, John y Stephen Stearns, 1997: 196), el Katún 9.4.0.0.0 termina en 13 Ahau. Siguiendo este mismo método, pero contando hacia atrás, puede calcularse que el Katún 0.0.0.0.0, o sea el inicio del tiempo maya, debe haber concluido un 4 Ahau. La cuenta de los Katunes implica un ciclo completo de 13 Katunes, lo que significa aproximadamente 256 años del calendario europeo.

Landa dice que la llegada de los españoles a Mérida se produjo en 1541, una fecha reconocida por su informante como Buluc (11) Ahau (Landa, 1986: 104). En tal caso, el Katún anterior terminó en 13 Ahau (contando hacia atrás). Asumiendo que la información de Landa sea correcta, el Katún ??. 0.0.0 13 Ahau debe haber ocurrido alrededor de 1540.

Si se considera la fecha de la última inscripción monumental en Toniná, establecida para 10.4.0.0.0 12 Ahau, resulta evidente que la conquista española debe aparecer como una fecha posterior, por lo tanto deben examinarse las posibilidades posteriores a 10.4.0.0.0. El siguiente Katún terminado en 13 Ahau puede obtenerse, según el procedimiento descrito anteriormente, mediante la siguiente serie:

10.4.0.0.0	12 Ahau
10.5.0.0.0	10 Ahau
10.6.0.0.0	8 Ahau
10.7.0.0.0	6 Ahau
10.8.0.0.0	4 Ahau
10.9.0.0.0	2 Ahau
10.10.0.0.0	13 Ahau

El siguiente katún terminado en 13 Ahau fue pues 10.10.0.0.0. Aplicando ahora ciclos completos de 13 Katunes, se puede notar que todas las fechas representan en cualquier caso un momento fuera del contexto cronológico del Período Clásico, a saber 11.3.0.0.0, 11.16.0.0.0, 12.9.0.0.0, todas terminadas en 13 Ahau, y comprendiendo períodos que oscilan entre 374 y 886 años, con una frecuencia de separación de 256 años después de la última inscripción en Toniná. Si se utiliza la fecha de la última inscripción en Toniná como un marcador del fin del Período Clásico, se puede comprender que aunque la civilización se extendió más allá de ese momento, ciertamente la fecha 12.9.0.0.0 parece demasiado tardía para aplicarla al momento de la llegada de los españoles a Mérida. Por lo tanto, solamente las fechas 11.3.0.0.0 y 11.16.0.0.0 son realmente candidatas a representar el tiempo de la conquista.

Para definir cuál de estas dos fechas es la más aplicable, es el mismo Landa el que da la pista. Según Landa, la ciudad de Mayapán fue destruida unos 125 años antes de la llegada de los españoles a Mérida (*ibid.*: 20), o sea alrededor de 1416. Mediante este simple cálculo es fácil observar que lo que se entiende como Período Postclásico debe haber durado unos seis siglos. Por lo tanto, solamente la fecha 11.16.0.0.0 es realmente

elegible para el momento de la conquista. De esta forma, pueden tentativamente calibrarse los dos calendarios. La fecha maya 11.16.0.0.0 equivale a 1540, y en ese caso la fecha 0.0.0.0.0 deberá estar unos 4562 años antes, o sea entre 3113 y 3114 AC. Esta demostración aunque un tanto burda brinda una razonable certeza alrededor de la correlación GMT.

4.3.2 Evidencia astronómica. Por otra parte, aunque la astronomía por si misma no jugó ningún papel en la obtención de la correlación, Thompson y otros se basaron en esta para confirmarla. Efectivamente, algunos monumentos Clásicos proveen cuentas largas para algunos eventos astronómicos. Mediante un sencillo programa de astronomía en el que los mapas estelares permitan representar fechas particulares en el pasado, es posible comprobar que estas fechas son congruentes con la correlación GMT². Por ejemplo, la estela 10 de Piedras Negras, con una fecha registrada en cuenta larga 9.15.10.0.0, equivalente en la correlación GMT al 30 de junio de 741, muestra en su lado izquierdo un glifo D, en la posición B5, que equivale al noveno día de lunación. Esto es el noveno día desde la luna nueva, la que según esta inscripción habría tenido lugar el 21 de junio de ese mismo año. Según se muestra en la figura 24, efectivamente la luna era nueva el 21 de junio de 741, una fecha que también coincide con el solsticio de verano para el hemisferio boreal.

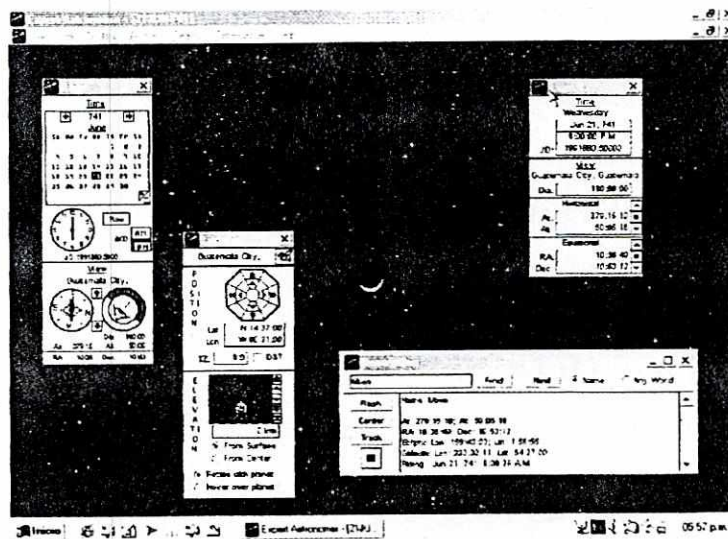


fig. 24

² Para efectos de cálculo, en este trabajo se utilizará la correlación GMT 85

Sin embargo, es probable que la astronomía no provea en realidad la prueba inequívoca de la validez de la GMT, aunque de hecho otras correlaciones propuestas se basan primordialmente en el concepto de la Astronomía Maya, la que de una forma u otra puede haber sido una astronomía de adivinación ritual, e incluso mitológica. Por lo tanto, desde una perspectiva arqueológica o estrictamente epigráfica, para adquirir una visión emic del uso que los escribas dieron a la astronomía, aún hace falta algún trabajo. Aún así hay que admitir a favor de la correlación GMT, que una de sus mayores fuerzas estriba en haber sido deducida de la estructura misma del calendario maya, para posteriormente ser confirmada mediante la astronomía, entendiendo esta última en el contexto de la astronomía occidental, por llamarla de alguna forma.

Pero si la GMT ha sido confirmada mediante astronomía, no cabría esperar menos de otras correlaciones propuestas. Nombres como Makemson, Spinden, Smiley y Wells-Fuls se agregan a la lista de propuestas que efectivamente pueden ser confirmadas en alguna medida mediante la astronomía. Para comprender el motivo por el que otras correlaciones también pueden ser confirmadas mediante la astronomía se debe comprender también el proceso empleado para transformar cuentas largas en años gregorianos. El proceso empleado para realizar la transformación se basa en la relativamente simple ecuación que se expone a continuación:

$$1. \quad fg = \left[\frac{(144000xA) + (7200xB) + (360xC) + (20xD) + E + k}{365.25} \right] - 4712$$

en donde fg es la fecha gregoriana, A es el coeficiente numérico de los Baktunes, B es el coeficiente numérico de los Katunes, C es el coeficiente numérico de los Tunes, D es el coeficiente numérico de los Uinales, E el coeficiente numérico de los Kines y k es la constante propuesta por cada una de las correlaciones³, que es el número de días que deben ser sumados a la cuenta larga para alcanzar la fecha en el calendario juliano; 365.25 es la duración del año solar. El valor 4712 que debe ser restado del total no es

³ La constante "k" empleada en los cálculos de este trabajo es 584285, como consecuencia de un proceso de prueba y error que permitió desestimar las otras constantes propuestas a favor de esta.

nada más que el punto “cero” del calendario juliano, el cual ocurrió en 1 de enero de 4713 AC, o sea que han transcurrido 4712 años desde ese momento, incluido el año 0 AC.

Volviendo al caso de la Estela 10 de Piedras Negras, y al evento astronómico mencionado en la misma, al aplicar otras correlaciones se obtienen los siguientes resultados:

NOMBRE	AÑO DEL EVENTO
Smiley	463
Makemson	481
Spinden	481
GMT	741
Böhm	845
Kreichgauer	858
Wells-Fuls	949
Hochleitner	988
Esalona Ramos	1001
Weitzel / Vollemaere	1261

Tabla 1

Sin embargo, para efectos prácticos, el aspecto del cielo obtenido mediante la reconstrucción del mapa estelar aplicando cada una de las correlaciones es virtualmente el mismo. En otras palabras, la lunación tenía nueve días en cada una de las fechas que resultan de aplicar cada una de las correlaciones, algo que hasta cierto punto era de esperarse pues dada la frecuencia cíclica de las lunaciones, este es un evento astronómico muy recurrente.

Un evento astronómico menos frecuente que una luna nueva es forzosamente un eclipse. El Códice de Dresden desde la página 51 hasta la 58 presenta las así llamadas “tablas de eclipses”. La tarea más engorrosa para definir el funcionamiento de esas tablas consiste en encontrar una fecha en cuenta larga asociada al fenómeno astronómico en cuestión.

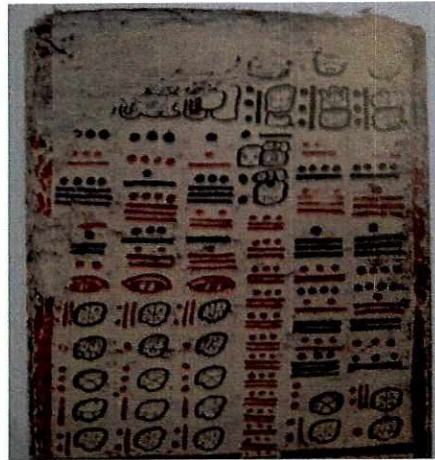


fig 25

La figura 25 representa la sección superior de la página 52 del manuscrito. En las dos columnas de la derecha se pueden apreciar las fechas en cuenta larga que aparecen en las tablas de eclipses. Inicialmente el problema debe ser definir si en alguna de esas cuatro cuentas largas ocurrió un eclipse o un evento astronómico asociado. Como puede verse en la página 52 del manuscrito, dos de las cuentas largas son negras y las otras dos son rojas. Se puede apreciar que los números negros hacen referencia a las cuentas largas 9.16.4.10.18, en la columna de la izquierda y la de la derecha a 9.16.4.10.8. Por su parte las columnas rojas dan las cuentas 9.19.8.7.8, en la columna de la izquierda y 9.16.4.11.3 en la de la derecha. Aplicando la anteriormente descrita ecuación No. 1 se obtienen los siguientes resultados en años gregorianos:

9.16.4.10.18 equivale a 22 de noviembre de 755 D.C.

9.16.4.10.8 equivale al 12 de noviembre de 755 D.C.

9.19.8.7.8 equivale al 12 de octubre de 818 D.C.

9.16.4.11.3 equivale al 26 de noviembre de 755 D.C

Al consultar el *Canon de los Eclipses* del Baron von Oppolzer puede verse que efectivamente hubo un eclipse total de luna el 23 de noviembre del 755 (von Oppolzer,

1962: 355)⁴, lo que ajusta con la cuenta larga 9.16.4.11.3 provista por la columna roja de la derecha. Sin embargo este eclipse no fue visible en el área maya, lo que forzosamente lleva a concluir que las tablas del código en realidad pronostican eclipses y no tanto se trata de un recuento de eclipses realmente observados por los astrónomos mayas. Por su cuenta, dado que los eclipses totales de luna ocurren solamente en condiciones de luna llena, puede interpretarse que la cuenta larga 9.16.4.10.8 equivalente al 12 de noviembre de 755 D.C, o sea unas dos semanas antes de la luna llena, está haciendo referencia al inicio de la lunación. La probabilidad de error en el cálculo es de solamente unos tres días. Esto puede obedecer a varios factores. En primer lugar y asumiendo la absoluta certeza de los datos provistos por el Código de Dresden, el valor de la constante empleada por la correlación GMT tiene un margen de tolerancia de hasta 4 días. En segundo lugar, debe comprenderse que el código fue en realidad escrito unos 500 años después de ocurrido el evento astronómico al que se refiere. En tal caso el error sigue siendo despreciable. Por otra parte, la Doctora Marion Popenoe de Hatch ha determinado que la cuenta larga 9.16.4.10.18, equivalente al 22 de noviembre de 755 hace referencia al inicio del año sideral⁵, por lo que se trata aquí sin duda de una combinación muy peculiar de fechas. Lamentablemente no me es posible deducir el significado o utilidad de la otra cuenta larga.

Para recapitular brevemente, la correlación GMT está deducida de la estructura misma del calendario maya y apoyada por evidencia presentada por un testigo del uso del calendario, además de las mismas crónicas indígenas. Además ha sido confirmada por la astronomía, como se ha mostrado aquí, cuando menos a través de dos eventos astronómicos comprobables y procedentes de dos fuentes distintas. Otras correlaciones están basadas en, más que confirmadas por, la astronomía. La evidencia de Landa y las crónicas, así como la estructura misma del calendario maya parecen, en estos casos, estar sujetas a distintas interpretaciones.

⁴. El año es juliano. Su correspondencia gregoriana es el 26 de noviembre de 755

⁵ Comunicación personal 23.02.2005

Finalmente, debe agregarse que las fechas de radiocarbón son compatibles con la GMT, pero su precisión no es aún lo suficientemente buena. Ciertamente las fechas de radiocarbón obtenidas por ejemplo de vigas, jambas y dinteles se agrupan bastante cerca de las fechas dadas por la GMT, pero invariablemente presentan un margen de error más amplio. El rango de precisión de las fechas de radiocarbón oscila entre los +/- 30 y +/- 50 años (Sharer y Ashmore, 1993: 329).

4.4 El idioma de las inscripciones

El idioma en el que están las inscripciones ha sido no sólo objeto de debate, sino también es el argumento más contundente esgrimido por una significativa cantidad de escépticos, en relación a la validez de la epigrafía. ¿Cómo puede leerse algo escrito en un idioma que no se conoce? Es un cuestionamiento serio que refleja que quienes así se expresan no consideran simplemente que el idioma de las inscripciones no sea dominado por los epigrafistas; quienes así se manifiestan de hecho consideran que es el idioma mismo de las inscripciones el desconocido. Es precisamente la seriedad del argumento la que impone un examen de la evidencia disponible.

Como se expuso en este mismo trabajo, en la sección del Orden de Lectura de las Inscripciones, la estructura básica de los idiomas mayas es VOS y entre esta rama de idiomas debe incluirse el yucateco y el cholano, según se desprende de la clasificación hecha por Campbell, Kaufman y Smith-Stark en 1986. No es casualidad entonces que las opciones mejor sustentadas para el idioma de las inscripciones se hayan balanceado entre estos dos idiomas. Durante más de un siglo se aceptó que las inscripciones mayas, tanto en los códices como en los monumentos y cerámica, estaban escritas en yucateco, que era al final de cuentas el idioma que se hablaba en el Yucatán que conoció el obispo Landa cuando fue testigo presencial del uso de la escritura maya. Esta premisa fue puesta en duda por Sir J. Eric S. Thompson, quien basado en la distribución de los idiomas mayas durante la época colonial, propuso que en las Tierras Bajas del Sur las inscripciones estaban escritas en alguna forma de cholano, aunque se siguió considerando que los códices estaban en yucateco. Los idiomas de la rama occidental del cholano incluyen al

chol, que aún es hablado en las cercanías de Palenque. Es este idioma, o alguna forma antigua de él, fue durante algún tiempo aceptado entre los estudiosos como el idioma de las inscripciones (Coe, M. y M. van Stone, 2001: 15). Más recientemente los resultados de las investigaciones se han inclinado por idiomas de la rama oriental del cholano, a saber, el virtualmente extinto choltí y el chortí. El chortí aún se habla en una limitada región fronteriza entre Guatemala y Honduras, significativamente cerca del sitio arqueológico Copán.

Stephen Houston y David Stuart publicaron en 1989 un artículo titulado “*The Way Glyph: Evidence for Co-essences among the Classic Maya*”. En este artículo Houston y Stuart pusieron en duda la lectura que Linda Schele hiciera de los glifos del Catálogo de Thompson T539 y T540 (Thompson, E. 1962: 152 – 153), para los que propuso *balan-ahau*,(sic) “señor jaguar” o “señor oculto” (Schele, L. 1985: 59 – 65), una interpretación lógica si se consideran los componentes del glifo (fig.26).



fig. 26

Sin embargo, Houston y Stuart notaron que los afijos más frecuentemente unidos al glifo en cuestión eran los signos fonéticos para *wa* y *ya*, con *wa* antes del T539 y *ya* después. Igualmente notaron que en más de un caso los afijos ni siquiera aparecían, o aparecían juntos. Para Houston y Stuart la más evidente explicación para ese comportamiento era que los afijos mismos daban la lectura del glifo. En este caso *wa-ya: way* (Houston S. y David Stuart: 1989: 451-452).

El glifo aparecía siempre en asociación a figuras sobrenaturales, y para reforzar la idea, Houston y Stuart hicieron un análisis de términos afines al *way* en diversos idiomas mayas, incluido el yucateco y el cholano. En los casos analizados, el término *way*, o sus respectivas variaciones idiomáticas daba a entender un término asociado a lo

supernatural, con acepciones como “transfigurar por encantamiento” y “otro espíritu” en yucateco y cholano, respectivamente (*ibid.*: 454). Estos significados, aunados al contexto supernatural en el que el glifo aparecía, refuerzan la hipótesis de que los idiomas en los que las inscripciones fueron potencialmente escritas son el yucateco o alguno de la rama cholana.

Sin embargo, la cuestión de dilucidar si las inscripciones están escritas en yucateco, o alguno de la rama cholana, y más específicamente choltí, o eventualmente en ambos idiomas dependiendo de la localización geográfica de la inscripción, empieza a aclararse a partir de la presentación en 1999 del lingüista John Robertson, junto con Stephen Houston y David Stuart. Estos autores, en el marco de un taller de escritura maya en la Universidad de Austin, Texas, dieron una interesante y consistente ponencia en la que revelan la existencia de patrones fonológicos y morfológicos que, mediante análisis epigráfico han permitido aislar un idioma único que conlleva patrones particulares en las inscripciones y para el que acuñaron el nombre de “Maya Clásico”, una forma antigua del chortí y choltí. Además de este aporte, los autores arriba mencionados exploraron la posibilidad de que este Maya Clásico haya sido un idioma de uso cotidiano durante el Preclásico, que llegó posteriormente a convertirse en una especie de idioma de “prestigio” compartido por nobles, literatos y sacerdotes entre los antiguos mayas del Clásico en una forma muy similar al latín en la Europa Medieval (Houston, Robertson y Stuart, 1999: 6, 123), una idea que dicho sea de paso, ya había sido contemplada incluso desde los siglos XVI y XVII (Knorosov, 1967:32).

En principio, Houston, Robertson y Stuart presentan evidencia sobre la base de morfemas que aparecen en las inscripciones, y que por otra parte, son características únicas del idioma choltí, el que según la evidencia presentada por ellos, es descendiente directo del Maya Clásico. Tal es el caso del sufijo “*aj*” como marcador del pasivo (Houston, Robertson y Stuart, 1999: 12). La propuesta de estos autores es simple, a saber, revisar las inscripciones existentes en sitios de Yucatán, un lugar en el que se esperaría encontrar inscripciones en yucateco. Sin embargo, los resultados obtenidos de estas observaciones les permiten descartar el yucateco como idioma en las inscripciones y

refuerzan la existencia de un idioma único, representado por la escritura. Así, por ejemplo, un texto proveniente de una vasija contiene el término para venado, cuya lectura silábica es “*chih*” (fig. 27). Este es un término existente solamente entre los idiomas de la rama cholana, un término que uno no esperaría encontrar en Yucatán (Houston, Robertson y Stuart, 1999: 123).

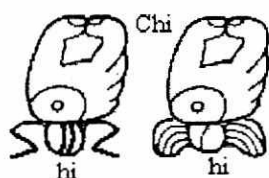


fig. 27

Otro ejemplo es el término silábico para casa, cuya lectura fuera propuesta inicialmente por Stuart en 1987 en su artículo *Ten Phonetic Syllables: “yotol”* (fig. 28). Nuevamente se trata aquí de una palabra no yucateca, y que sin embargo está presente en las inscripciones de Chichén Itzá.

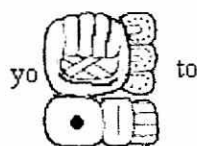


fig. 28

Finalmente, otras dos piezas de evidencia. El término “*sakun winik*” (fig. 29), procedente de la vasija de Buena Vista (*ibid.*: 125), un término que incluso el Diccionario Chortí del Proyecto Lingüístico Francisco Marroquín establece su significado como “hermano mayor” (Pérez, García, Martínez y López, 1996: 181), y por último, proveniente de Edzná, la expresión silábica “*ak'ta*” (fig. 30), una raíz del término Chortí “*ajk'ul*” que quiere decir baile (*ibid.*: 6).

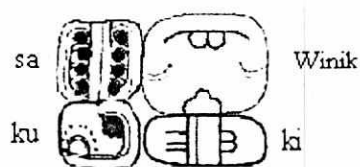


fig. 29



fig. 30

Lo cierto es que en relación al idioma en el que están escritas las inscripciones aún queda mucho por discutir. Terry Kaufman, por ejemplo, aunque cree que la evidencia presentada tiende a indicar un idioma cholano en las inscripciones, ha criticado la propuesta de Houston, Robertson y Stuart, diciendo que en realidad la evidencia presentada no es más que un efecto estadístico (Houston, Robertson y Stuart, 1999: 36). Barbara MacLeod, por su parte, considera cuando menos incómoda la postura de Houston, Robertson y Stuart, ya que están tratando de definir las reglas de pronunciación y simultáneamente aplicándolas a la gramática de un idioma que, por el momento, creen que es el choltí (*ibid.*: 5, 28), el que dicho sea de paso está extinto.

De cualquier forma, el método histórico comparativo en el que se basan Houston, Robertson y Stuart para plantear su propuesta ha demostrado, en el pasado, ser un método válido, mientras que otras metodologías aplicadas anteriormente a la investigación epigráfica incluían aproximaciones en las que el idioma de las inscripciones no parecía ser un tema de mucha importancia (*ibid.*: 5).

4.5 El contenido de las inscripciones

Hasta el momento no parece que nadie esté dispuesto a dudar del contenido histórico de las inscripciones. Sin embargo, existe un importante grupo de personas que considera que los epigrafistas han manipulado ese contenido histórico, específicamente cuando mencionan distintos eventos de guerra.

4.5.1 La guerra. Si se hace un intento por definir y comprender la naturaleza y esencia de la guerra, también debe hacerse un intento por comprender que los mayas, como seres humanos, no pudieron nunca sustraerse de semejante actividad.

Karl von Clausewitz se pregunta ¿Qué es la guerra?, y casi de inmediato da una respuesta en función de su objetivo más general: «...un acto de violencia para imponer nuestra voluntad al adversario» (von Clausewitz, 1972: 7). Semejante definición sin embargo, permite calificar como guerra cualquier uso de violencia, incluso verbal, que

consiga imponer la voluntad de uno a otro, una generalización que el mismo von Clausewitz no está dispuesto a aceptar. Es por eso mismo que la guerra debe seguir definiéndose en función de otros factores.

Aparece entonces la guerra como una variable política que justifica además el uso de la violencia, y en este caso debe entenderse violencia física. La guerra por un objetivo político, debe presentar uno que sea lo suficientemente importante como para exigir del adversario el máximo empeño en el conflicto. Si el objetivo político carece de importancia, en esa misma proporción el esfuerzo exigido al adversario se verá disminuido (von Clausewitz, 1972: 15-16). En tal caso, un objetivo político de importancia real justificará el uso ilimitado de la fuerza, una idea contraria al pensamiento filantrópico de poder derrotar al adversario evitando el derramamiento de sangre (*ibid.*: 8). La guerra es pues, no sólo un acto político, sino además un instrumento político por excelencia. Sin embargo, para llegar a la guerra se requiere además de sentimientos de odio, enemistad y violencia primitiva, que conciernen en partes iguales al pueblo, al ejército y al gobierno mismo (*ibid.*: 27).

Este nuevo contexto debe explicarse mediante las teorías actuales sobre las causas de la guerra, que pueden resumirse en dos ramas: primero, una explicación biológica y psicológica, y segundo, por una explicación en la que intervienen las relaciones e instituciones sociales. Ambas explicaciones se reflejan en la percepción de la guerra como resultado de la conducta agresiva del hombre, relacionada por otro lado con la hipótesis de que el ser humano presenta diferentes patrones de conducta en distintos ambientes geográficos, climáticos, etc., una aproximación que fuera presentada en 1988 por Robert Carneiro en su artículo *The Circumscription Theory* (Carneiro, R. 1988: 497-511). Sin embargo, la guerra no es un acto aislado, ni surge súbitamente sin conexión con la vida anterior de un estado (von Clausewitz, 1972: 12), por lo que aquí resulta interesante analizar cuál puede ser el papel de la guerra en la evolución de la civilización maya.

El génesis de la civilización maya debe entenderse como un proceso dinámico, y un factor principal de esa dinámica debe ser forzosamente el demográfico. A menos que sea limitado por causas naturales o culturales, el crecimiento poblacional puede causar desequilibrio en el sistema (Webster, 1989: 368). Ya para el 1000 AC. se puede percibir un importante incremento poblacional en las Tierras Bajas y, aunque sus orígenes permanecen oscuros, es posible que este incremento haya surgido siguiendo las rutas migratorias del Usumacinta y el sistema de Belice para asentarse en la región de Tikal-Yaxhá, un área que demostraría posteriormente tener un alto potencial demográfico (*ibid.*: 370).

Sin embargo, definir las presiones a las que las poblaciones preclásicas del área se vieron sometidas debe quedar en el terreno de la especulación, pues en realidad no se cuenta con la suficiente evidencia arqueológica para establecer, por ejemplo, un modelo demográfico o de sostenimiento agrícola en la región en ese momento. Lo cierto es que hacia el final del período Preclásico, la guerra aparece ya como una elección evidente de adaptación (*ibid.*: 380), no sólo desde una perspectiva demográfica, sino además el registro arqueológico muestra la construcción de estructuras que no pueden más que ser defensivas alrededor de centros tan importantes como Becán en el sur de Campeche (*ibid.*: 393). La construcción del sistema defensivo de Becán no es un caso aislado en las tierras bajas y bien podría uno estar frente a la evidencia de un expansionismo proveniente de la región de Tikal, lo que eventualmente lleva a considerar que durante el período Clásico las tierras bajas tenían una importante tradición guerrera indígena, que posteriormente llegaría a evolucionar a una guerra a gran escala (*ibid.*: 396).

Ya se mencionó que la situación durante el Preclásico permanece abierta a discusión. Sin embargo, el Clásico se ha manifestado como un período más accesible a obtener resultados a través del trabajo de investigadores de la talla de Demarest, Mathews, Freidel, Schele, Houston y Stuart, entre muchos otros. En principio se acepta un cambio en las características más usuales de la guerra maya, aunque no existe coincidencia en relación al momento en el que este ocurrió. Según Schele y Mathews, la guerra maya fue un evento común durante el Clásico, pero que no tuvo consecuencias serias en los

ámbitos sociales o políticos (Stuart, D. 1995: 231). Demarest también establece que la forma prevaleciente de guerra maya durante el Clásico manejaba un código de ética mediante el cuál el ataque a las áreas domésticas, campos y el centro de los sitios estaba “prohibido” (*ibid.*: 231). Freidel incluso ve en la guerra maya un medio regulador necesario para mantener la armonía política (*ibid.*: 232). Estas perspectivas tienen un efecto reduccionista en los alcances de la guerra maya y parecen enfocarse fundamentalmente en incursiones limitadas con objetivos muy específicos.

Sin embargo, las excavaciones en algunos sitios muestran que la guerra maya pudo haber sido también destructiva, en términos políticos y económicos. Eventos como la “guerra de estrellas” involucraron la conquista de un sitio por otro y con ello el cese en la erección de monumentos en el sitio vencido (*ibid.*: 234). Además, la evidencia arqueológica muestra también la construcción de estructuras fortificadas, algo que trasciende a las necesidades defensivas contra incursiones limitadas.

Las teorías que analizan la naturaleza de la guerra maya muestran una variación en la ética de guerra. Esta variación se da según Demarest a partir del final del Clásico, cuando la presión territorial se muestra como un síntoma de la desintegración política (*ibid.*: 234 – 235). Otros como Schele y Freidel ven este cambio incluso desde el Clásico Temprano y ejemplifican el punto a través de su propuesta guerra entre Tikal y Uaxactún en 378 DC (Schele y Freidel, 1990: 130-164).

Una de las áreas en las que la guerra maya ha sido mejor investigada es la del río la Pasión, y las excavaciones en Dos Pilas, han estado motivadas, entre otras cosas, por el deseo de examinar en detalle el expansionismo de esta entidad. El surgimiento de la dinastía de Dos Pilas, alrededor de 648 DC, es una de los eventos más intrigantes de la historia maya. El uso del glifo emblema de Tikal muestra que esta dinastía era intrusa en la región y que probablemente requirió de un gran trabajo para consolidar su recientemente adquirida posición. Esto es algo que además se ve apoyado por la gran actividad que Dos Pilas muestra desde el principio para establecer alianzas e involucrarse en conflictos armados con características expansionistas. En primera instancia, Dos Pilas

estableció alianzas con sitios secundarios en la región, como El Chorro e Itzán, a través de matrimonios (Mathews y Willey, 1991: 55). Más tarde lo hizo también con Naranjo, un sitio más importante pero completamente fuera de la región de la Pasión.

Por otra parte, la primera víctima registrada del expansionismo de Dos Pilas fue la dinastía de Tamarindito/Arroyo de Piedra. Es claro que para el 731 DC Arroyo de Piedra y Tamarindito ya pertenecen a la esfera de Dos Pilas. En 735 DC, Dos Pilas se embarca de nuevo en una guerra expansionista, esta vez a expensas de Ceibal, en la cual captura y sacrifica al gobernante. Poco después la hegemonía de Dos Pilas se extiende hasta Cancuén, antes del 790 DC, marcando con esto el auge del expansionismo del sitio (*ibid.*: 56-57). Unos 20 años después, el poder de Dos Pilas decae y sus antiguos vasallos Cancuén y Ceibal recuperan su independencia. Ceibal surge entonces como la entidad dominante en la Pasión. De cualquier forma, hacia 889 DC, había cesado también en Ceibal la erección de monumentos en el marco de los acontecimientos del así llamado “colapso” de las tierras bajas. El expansionismo de Dos Pilas parece como excepcional, si se consideran las teorías de presión demográfica como factor desencadenante de la guerra. Sin embargo, la llegada y proliferación de una nueva aristocracia a la región pudo provocar una situación de “más candidatos que puestos disponibles” y disparar el expansionismo manifiesto de Dos Pilas.

Aunque en principio Houston y Mathews aceptaban que la reconstrucción de la historia expansionista de Dos Pilas provenía casi exclusivamente de fuentes epigráficas (Stuart, D. 1995: 228), el artículo titulado *Classic Maya Defensive Systems and Warfare in the Petexbatun Region: Archaeological evidence and interpretations* (Demarest et al. 1997: 229-253), publicado como parte del Proyecto Petexbatún, luego de seis años de trabajo en la zona, dejó claro que sobre la base de la evidencia material aportada por las múltiples fortificaciones en Dos Pilas, Aguateca, El Duende y Punta de Chimino, la guerra es un hecho inobjetable en el área de la Pasión. Contando entonces con la evidencia material, se impone conocer cuales son las características de los eventos de guerra mencionados por las inscripciones.

4.5.2 La guerra en las inscripciones. La civilización maya dejó su historia escrita literalmente en piedra. Sin embargo, para hacer accesible esta historia a todos sus habitantes, la escritura maya debió apoyarse con frecuencia en elementos eminentemente visuales; esto es imágenes que permitieran aún a aquellos a los que los glifos les resultaban desconocidos, comprender su significado final. Esas imágenes son precisamente el objeto de análisis de la iconografía.

4.5.2.1 La evidencia iconográfica. La iconografía se refiere, a grandes rasgos, a la descripción de las imágenes en la escultura y la pintura. Es un hecho que las imágenes representadas en el arte maya presentan temas que pueden, con alguna frecuencia, ser libremente interpretados como bélicos. Si sólo se parte de lo que las imágenes representan, la guerra es un tema al que los mayas no escaparon. La abundancia de elementos guerreros en el arte maya es sobresaliente en monumentos de sitios como Tikal, Dos Pilas, Aguateca y Yaxchilán, por mencionar solo algunos. Por ejemplo el Altar 8 de Tikal (fig. 31) muestra a un prisionero atado en una posición por demás incómoda, en una escena en la que

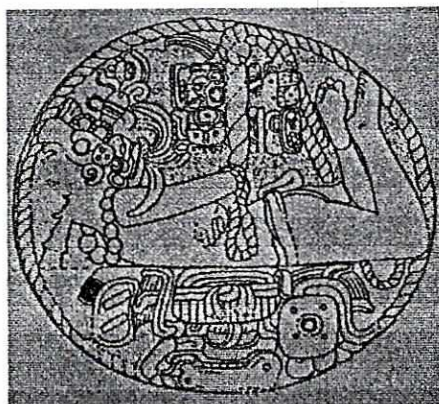


fig. 31 (tomado de Harris y Stearns, 1997)

aún prescindiendo de la lectura de los glifos, es necesario concluir sobre la naturaleza violenta de la misma, sin que ello implique un juicio de valor.

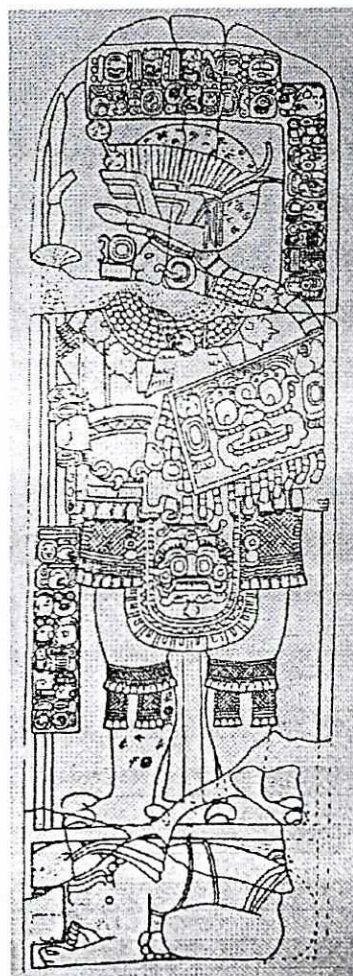


fig. 32 (tomado de Harris y Stearns, 1997)

Armas y escudos son también elementos recurrentes en el arte maya. El Dintel 42 de Yaxchilán muestra a un personaje que porta una especie de hacha y un escudo. La Estela 2 de Aguateca (fig. 32) representa también al gobernante 3 de Dos Pilas portando una lanza y un escudo. Así la lista de ejemplos de monumentos conteniendo elementos de guerra podría extenderse con más amplitud de la estrictamente requerida para establecer el punto. Por esto mismo, en este trabajo, prescindiendo de las inscripciones respectivas, se realizará solamente la descripción de las escenas representadas en dos piezas de evidencia bélica que son además dos de los casos mejor conocidos: el Dintel 8 de Yaxchilán y el mural en la Cámara 2 de la Estructura 1 de Bonampak.

4.5.2.2 El dintel 8 de Yaxchilán. Este dintel es sin duda una de las representaciones con elementos bélicos mejor conocidas del arte maya y fue aceptada desde 1931 como una escena asociada a la guerra (Spinden, 1975: 29). La escena del dintel claramente muestra a dos hombres tomando prisioneros (fig. 33). El personaje de la izquierda, un sahal, situado de pie sostiene por el pelo a un segundo personaje que está de rodillas. En el otro lado de la escena, el personaje principal, también de pie y portando una lanza, es el gobernante de Yaxchilán Pájaro Jaguar ricamente ataviado, quien sostiene de la mano a un segundo personaje en posición sedente vestido solamente con un taparrabo. La escena deja la impresión si no de temor por parte de los dos personajes inferiores, cuando menos de absoluta sumisión, aún si sólo se considera su posición relativa y su atuendo.

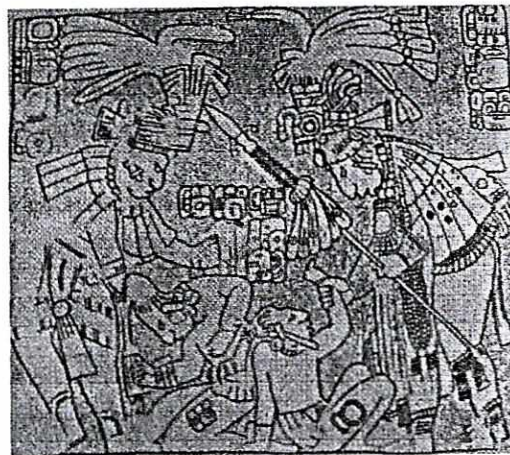


fig. 33 (dibujo de Ian Graham, tomado de Harris y Stearns, 1997)

4.5.2.3 El mural de Bonampak. Aunque algunos estudiosos negaron la existencia de representaciones de batallas en los monumentos mayas del Clásico, el descubrimiento de los murales de Bonampak estableció, con argumentos irrefutables, que esto en realidad sí ocurría.

Las escenas pintadas en las paredes laterales de la segunda sala de la Estructura 1 de Bonampak revelan el combate cuerpo a cuerpo entre los guerreros locales, fácilmente identificables por sus tocados y armas, y sus enemigos escasamente vestidos y desarmados, algo que podría implicar que se trató de un ataque por sorpresa. El ejército vencedor va acompañado de músicos con trompetas y sombrillas, y los guerreros llevan mazas, lanzas y escudos. Igual que en el dintel 8 de Yaxchilán, llama la atención la diferencia de jerarquía plasmada por la imagen. Los vencedores están ricamente ataviados con tocados de plumas y jaguar, jubones, capas, muñequeras, ajorcas y ornamentos diversos, mientras que los derrotados apenas aparecen usando un taparrabo, cuando no están completamente desnudos.

La escena central del mural, en la pared sur, presenta a un personaje blandiendo una lanza envuelta en piel de jaguar, que toma del pelo a un prisionero hincado (fig. 34), evidentemente representa el momento cúlmine del combate. La escena en la pared norte ha impresionado desde su descubrimiento por el realismo en la expresión de los cautivos, algunos de los cuales sangran de las manos, en contraste con la expresión adusta en la cara de los vencedores. Nuevamente el personaje central de la escena aparece portando una lanza envuelta en piel de jaguar, lo que permite conjeturar que se trata del mismo personaje que toma al cautivo por el pelo en la escena de la pared sur.

Aún sin ocuparse de la inscripción en el mural, debe admitirse que el mural contiene una pesada carga de violencia en su desarrollo y puede concluirse sobre la base de las anteriores descripciones que la guerra aparece como una realidad entre los mayas, cuando menos a nivel iconográfico. Esta evidencia por sí misma puede ser considerada discutible por algunos, pero en conjunto con la evidencia aportada por otros campos

deberá empezar a formar la sólida base sobre la que descansa el desciframiento e interpretación de las inscripciones.



fig. 34 (Tomado de Leonard, 1972)

4.5.3 Evidencia epigráfica. A nivel epigráfico se han identificado cuando menos tres eventos asociados a la guerra: (a) captura, (b) decapitación y (c) guerra de estrellas (ver fig.35), y puede presumirse que existe un sistema jerárquico progresivo que media entre estos eventos (Chase, A y D. Chase, 1998: 19-20).

Por otra parte existen otras dos expresiones innegablemente asociadas a los eventos de guerra (fig. 35). La primera de ellas se refiere a (d) guardián de... y (e) cautivo de..., ambas expresiones utilizadas como complemento al título de un personaje (Schele y Miller, 1986: 210).

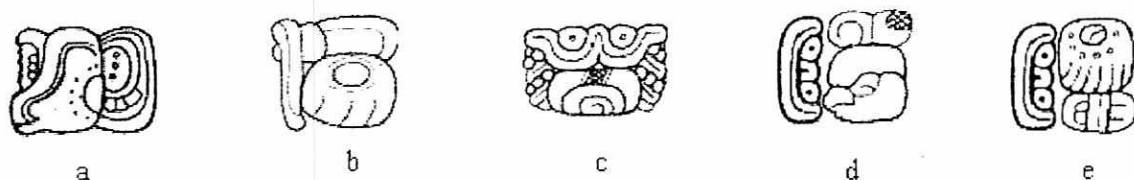


fig. 35

Eventualmente cada uno de estos eventos y expresiones también tuvo consecuencias distintas. Así por ejemplo, el evento de “captura” muchas veces implica un estado de subordinación de un sitio a otro (Chase, A y D. Chase, 1998: 21), el evento de “decapitación” parece haber implicado beneficios para el vencedor, pero en realidad muy poco impacto en el vencido, como ocurre en el caso de Copán y Quiriguá (*ibid.*: 20). Finalmente, el evento de “guerra de estrellas” involucra extremos territoriales, y el glifo de *Cab* “tierra”, puede verse sustituido por el toponímico del sitio vencido (*ibid.*: 21).

Este último evento merece una atención especial. A nivel estadístico, el glifo de guerra de estrellas sólo es superado por el de captura, en cuanto a la cantidad de apariciones en las inscripciones (Stuart, D. 1995: 249). Este glifo ha merecido además mucha atención en función de su explícito contenido astronómico. El signo *Cab*, frecuentemente sustituido por el toponímico de un sitio, tiene superimpuesto un glifo cuya lectura *EK*, “estrella”, también podría significar Venus (Montgomery, 2002a: 89). De hecho, un importante número de investigadores ha planteado una hipótesis que relaciona la aparición del glifo de “guerra de estrellas” en las inscripciones con el ciclo del planeta Venus. Esta es una aproximación que encuentra también fundamento en la creencia mesoamericana de que Venus es una entidad beligerante. Aunque según Stuart, la evidencia epigráfica que respalda esta hipótesis es más bien débil (Stuart, D. 1995: 251-255), este es un punto al que será conveniente volver más adelante.

Volviendo ahora al desciframiento epigráfico de los tres principales eventos de guerra mencionados antes, a saber: captura, decapitación y guerra de estrellas, este debe forzosamente fundarse en bases sólidas. A continuación se presenta alguna evidencia que fortalece la interpretación de cada uno de esos eventos en las inscripciones mayas.

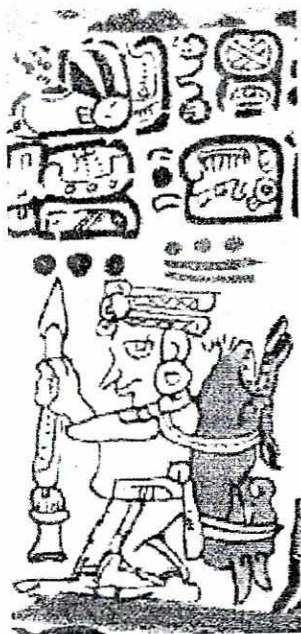


fig. 36

En primera instancia, el evento de captura o “*chucah*” aparece en la página 41 del Códice de Madrid (fig.36), en donde la imagen representa claramente la captura de un animal. Siguiendo las consideraciones ya expuestas de orden de lectura y estructura VOS de las inscripciones puede verse en la posición A1 la expresión “*chucah*”, que significa capturar.



fig. 37

Otra pieza de evidencia en ese mismo sentido aparece en la página 37 del Códice de Dresden en donde siguiendo las mismas consideraciones anteriores, la imagen representa a un dios atado de manos. Igualmente en la posición A1 puede verse la misma expresión fonética “*chucah*” (fig 37).

La evidencia anterior demuestra que esta específica combinación de glifos tiene la lectura fonética “*chukah*” equivalente al término chortí “*chujka*” que significa agarrar, capturar o cazar (Pérez, García, Martínez y López, 1996: 49). De hecho, en relación a esta misma expresión, fue Knorosov quién la identificó y dio su lectura fonética en 1956, en su artículo *New Data on the Maya Written Language*, oportunamente citado en el capítulo que trata la historia de la Epigrafía en este mismo trabajo. La lectura del evento que diera Knorosov permitió posteriormente a Tatiana Proskouriakoff demostrar que los hechos bélicos en los que hubo captura aparecen invariablemente representados por esta combinación de glifos (Coe, 1995: 195-196).

La siguiente expresión de guerra es la de decapitación o “*ch’ak*”, una expresión con un evidente contenido onomatopéico. La primera pieza de evidencia alrededor de la interpretación de este término proviene de la iconografía misma de la composición de glifos, pues las variables conocidas de esta expresión, a excepción de su forma fonética pura, representa un hacha. Otra pieza de evidencia proviene del *Diccionario Chortí* del Proyecto Lingüístico Francisco Marroquín. Según este, el término más afín es el de “*chak’a*” que significa “herir con una piedra” (Pérez, García, Martínez y López, 1996: 33), y dada la naturaleza de las herramientas prehispánicas, la interpretación parece bien sustentada.

Sin embargo, es nuevamente en los códices donde puede encontrarse la evidencia más sólida en relación a la interpretación del término. En la página 97 del Códice de Madrid aparecen, en la segunda escena, las imágenes de un dios en el acto de golpear con un hacha la cabeza que sostiene en su mano. Siguiendo las consideraciones ya expuestas de orden de lectura y estructura de las inscripciones puede apreciarse en la posición A1 la combinación de glifos cuya forma fonética es precisamente “*Cha-ka-j(a)*”, una forma verbal del término “*Ch’ak*” interpretado como decapitación (fig 38).

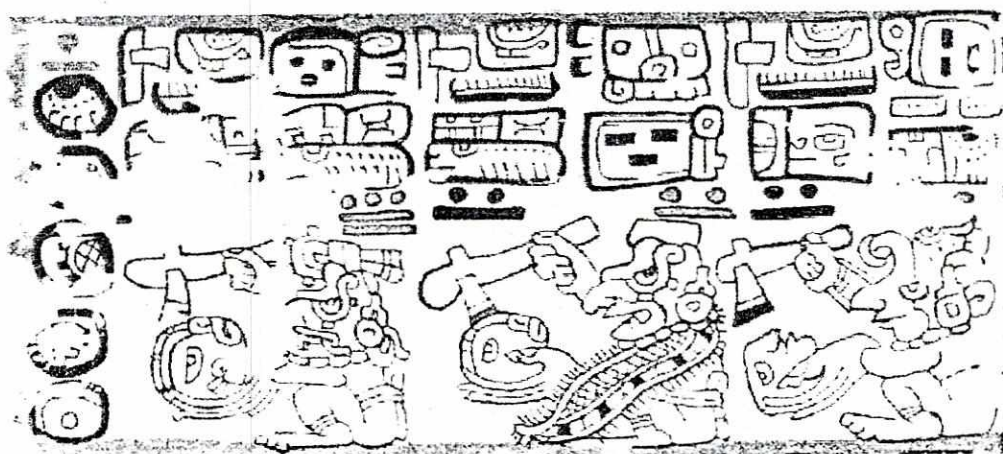


fig.38

Volviendo ahora al glifo de “guerra de estrellas”, la composición iconográfica de la expresión tiene algunos elementos que vale la pena analizar con un poco más de detenimiento. No es sólo su explícito contenido astronómico lo que resulta interesante,

sino también su semejanza con el elemento teotihuacano que identifica a Tlaloc, como se puede ver abajo en la figura 39.



fig. 39

Según esta evidencia, la asociación entre Tlaloc y Venus es indiscutible. Tlaloc, una entidad dominante en Teotihuacán, era representado usualmente con una especie de anteojos formados por dos serpientes entrelazadas (González, Y. 1991: 174), una simbología indiscutiblemente análoga a la del glifo maya interpretado como “guerra de estrellas”. Sin embargo, las representaciones de Tlaloc en las Tierras Bajas mayas no son tan antiguas como en el altiplano de México. Entre los mayas los elementos teotihuacanos empiezan a aparecer en el siglo III, no solo en la arquitectura (ver fig. 40), sino en un ámbito un poco más siniestro: la guerra.



fig. 40

Aunque no puede pensarse que la guerra fuera un elemento desconocido en las Tierras Bajas mayas, pues la evidencia material del Preclásico en sitios como Becán y

Mirador muestra que los conflictos ya existían, el nuevo sistema de guerra, influenciado por Teotihuacán, definitivamente cambió las reglas del juego para los conflictos futuros.

Este cambio está íntimamente asociado a la aparición de elementos teotihuacanos y una de sus más tempranas manifestaciones es la propuesta guerra entre Tikal y Uaxactún en enero de 378 DC.

El registro de ese conflicto y otros eventos asociados aparece en una serie de monumentos, tanto en Tikal como en Uaxactún: en Tikal las estelas 4, 31 y 32 y en el llamado “marcador” del complejo 6C-XVI y en Uaxatún en las estelas 5 y 22. En cada uno de los casos la presencia de elementos teotihuacanos es inobjetable, pero donde la presencia de Tlaloc es más evidente es en la Estela 32 de Tikal (fig. 41), en donde el personaje además de estar de frente muestra un tocado en un estilo directamente teotihuacano.

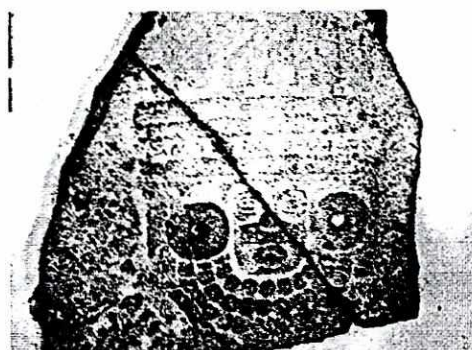


fig. 41

Es la asociación de estos elementos Venus-Tlaloc-Guerra llegó a las Tierras Bajas mayas y pronto fue aceptado y adaptado por los mayas a sus propias creencias y necesidades, al extremo que durante el siguiente siglo los victoriosos gobernantes de Tikal se retrataron a sí mismos en indumentaria teotihuacana. De cualquier forma esa fue, al final de cuentas, una costumbre pasajera y el registro arqueológico y epigráfico muestra que hacia 475 DC los contactos con Teotihuacán se habían diluido (Schele y Freidel, 1990: 164). Sin embargo, es innegable que entre los mayas perduró la herencia de cuando menos la imaginería del complejo Venus-Tlaloc-Guerra.

La importancia de Venus entre los mayas no puede ser subestimada. Se ha dicho que ninguna otra civilización mesoamericana conoció a Venus como lo hicieron los mayas. A su manera, los mayas sabían que Venus nunca se desvía más de 45° desde el sol (Expert Astronomer). Esto implica que Venus no es visible nunca a la media noche; solamente al anochecer, poco después del ocaso o en la mañana poco antes de la salida del sol. Venus aparece aproximadamente 9.5 meses como estrella matutina y otros 9.5 como estrella vespertina, un ciclo de 584 días. Luego el ciclo se inicia nuevamente.

Venus está en conjunción con el sol dos veces en cada ciclo: cuando cambia de “estrella matutina” a “estrella vespertina” y al cambiar nuevamente a la inversa. La primera de esas conjunciones, llamada conjunción superior ocurre más bien lentamente: Venus desaparece por algún tiempo. Finalmente Venus emerge lentamente en el cielo nocturno. Durante varios meses Venus se mantiene cerca del sol y se pone poco después del sol. En algún momento alcanza su distancia máxima del sol y sobresale como estrella vespertina. Luego empieza a acercarse nuevamente a la posición del sol. Ahora las cosas ocurren más rápido. Venus se aproxima nuevamente al sol en ocaso (conjunción inferior), solo para aparecer antes del sol naciente. Poco después alcanza su máxima elongación como “estrella matutina” para empezar nuevamente a acercarse a la posición del sol naciente, con lo que se llega nuevamente a la conjunción superior (*ibid.*).

Ya se comentó antes que existe una teoría que busca vincular la guerra maya al ciclo de Venus. Esta postura es defendida entre otros por Floyd Lounsbury, David Freidel, Linda Schele, Joy Parker (Stuart, D. 1995: 251 Freidel, Schele y Parker, 1993: 302) y Mary Ellen Miller (Miller, 1986: 161), quienes según David Stuart fundamentan su hipótesis en la discusión de 1982 de Floyd Lounsbury de la escena de la batalla en el Mural de Bonampak, en la que según estos autores aparece la fecha 9.18.1.15.5 13 Chikchan 13 Yax, equivalente al 2 de agosto de 792 DC. Esta fecha es exactamente la fecha de la conjunción inferior de Venus, según cita Mary Ellen Miller (*ibid.*: 161).

David Stuart por su parte dice que en realidad la fecha no es 13 Chikchan 13 Yax y que el día en realidad es Oc, aunque escrito con un signo muy peculiar, y que, por otra parte, ni los coeficientes numéricos ni el mes de esa rueda calendárica son tampoco lecturas seguras (Stuart, 1995: 253). Según Stuart, basar toda una hipótesis de asociación a los ciclos de Venus en una fecha cuya lectura no es segura, debilita considerablemente la consistencia de esa teoría.

Lo cierto es que cuando menos el conflicto que marca el inicio de la asociación Venus-Tlaloc-Guerra, entre Tikal y Uaxactún en enero de 378 DC, no parece tener significación astronómica alguna. Por otra parte, la temprana y directa influencia teotihuacana en este conflicto en particular podría también implicar que la asociación astronómica con la guerra no existía aún en las Tierras Bajas mayas, y que esta asociación es precisamente una de las adaptaciones que los mayas mismos hicieron a la imaginería de Venus-Tlaloc llegada desde Teotihuacán.

Para poder verificar esta idea se debe examinar la posición de Venus en cada una de las siguientes fechas (Tabla 2), definidas para eventos de “guerra de estrellas” según un artículo de Arlene y Diane Chase (Chase, A y Diane Chase, 1998:19).

Fecha Maya	Fecha Gregoriana	Ganador	Perdedor
9.6.8.4.2	3.5.562	Caracol	Tikal
9.9.18.16.3	28.12.631	Caracol	Naranjo
9.10.3.2.12	5.3.636	Caracol	Naranjo
9.11.17.18.19	1.8.670	Dos Pilas	Tikal
9.12.0.8.3	12.12.672	Tikal	Dos Pilas
9.12.5.10.1	24.12.677	Calakmul	Tikal
9.12.7.14.1	3.3.680	Naranjo	Caracol
9.13.13.7.2	1.6.705	Dos Pilas	Tikal
9.13.19.13.3	30.8.711	Toniná	Palenque
9.15.4.6.4	25.8.735	Dos Pilas	Ceibal
9.15.12.2.2	1.8.743	Tikal	Yaxhá
9.15.12.11.13	10.12.744	Tikal	Motul SJ

Tabla 2

La reconstrucción astronómica para cada una de esas fechas muestra que con contadas excepciones, como es el caso del 3 de mayo de 562 DC, las demás fechas sí tienen alguna asociación con los ciclos de Venus, y muy en particular parece haber una conjunción con el sol el 1 de junio de 705 DC, y más significativo aún, una conjunción entre Venus y Mercurio el 25 de agosto de 735 DC. Sin embargo, las demás fechas no parecen tampoco representar con total exactitud las conjunciones superiores o inferiores del planeta. Ciertamente existe una “tolerancia” en cuanto a esas fecha y si se exceptúa la “guerra de estrellas” del 562 DC, todas las demás ocurrieron efectivamente a lo largo del ciclo de Venus. Esto permite pensar que en realidad la preparación de un evento de “guerra de estrellas” está más bien ligado a ciertas “temporadas favorables” y no tanto a la fecha estricta de la aparición de Venus como “estrella del alba” o como “estrella vespertina”.

Considerado en esa forma, el glifo en cuestión tiene una asociación a la guerra que puede ser trazado desde dos perspectivas completamente distintas: primero como una evolución de la simbología teotihuacana asociada a Tlaloc y a Venus y segundo como un elemento astronómico que marcaba el momento exacto más propicio para iniciar un conflicto, o posiblemente solo era un indicador de la temporada más propicia. Ciertamente aunque la propuesta de ajustar con exactitud el inicio de un evento de “guerra de estrellas” a los momentos cúspides del ciclo de Venus, parece una opción muy atractiva, también debe considerarse que no puede haber sido demasiado práctica. En una situación de tensión social que eventualmente podía desembocar en un conflicto armado, el conocimiento maya del ciclo de Venus habría por demás mantenido alerta a los potenciales adversarios, eliminando con ello el factor sorpresa, tan útil en la guerra. Por esto mismo debo considerar que utilizar la asociación a Venus como un marcador de “temporada” parece más pragmático, dejando la decisión final del momento exacto para iniciar un conflicto a consideraciones de otra índole.

En resumen, el período Clásico cuenta entonces no sólo con un registro arqueológico, sino también con uno iconográfico y epigráfico, lo que ha resultado en el

mutuo apoyo de estas especialidades para poder sustentar de mejor forma la interpretación de la evidencia disponible. A continuación se presenta un breve esbozo de la historia bélica que puede ser reconstruida para parte de las Tierras Bajas sobre la base de la evidencia arqueológica, la iconográfica y la epigráfica.

4.5.4 Expansionismo de Tikal. Ya se mencionó antes que la evidencia física en Becán sugiere un expansionismo de Tikal en esa dirección. Vale la pena entonces retomar esa hipótesis, para intentar una reconstrucción de la historia bélica de Tikal.

4.5.4.1 Antecedentes del expansionismo. La Estela Hauberg (fig.42), actualmente en una colección privada en los Estados Unidos de América, es un pequeño monumento que ha sido fechado por estilo para el final del Preclásico o inicio del Clásico. El primer análisis serio de la inscripción en la estela, permitió identificar tres elementos claves en la inscripción, a saber: 12 Xul, G5, 3 Ahau. Siguiendo la estructura del calendario maya, la única cuenta larga que coincide con esos tres elementos es 8.8.0.7.0, equivalente al año 199 DC, una fecha que además coincide con las estimaciones estilísticas anteriormente mencionadas (Guenther, S. 2002: 306). En cuanto a la proveniencia del monumento, se ha sugerido que la estela proviene del Petén Central y aún más específicamente del sitio conocido como Tintal, en la Cuenca Mirador, en el extremo norcentral del Petén (*ibid.*: 307).



fig. 42 (tomado de Guenther, 2002)

Un reciente análisis epigráfico, llevado a cabo por Stanley Guenther, considera que el glifo de la posición A13 en la estela no es un número de distancia como se había

considerado hasta ahora, sino que este debe leerse seguido del B13, que es un título, dando a entender entonces que el personaje de la estela el número 52 en la secuencia, para llevar el título en B13 (*ibid.*). El glifo en B13 resulta de especial importancia en esta interpretación, ya que junto al componente Ahau del mismo aparece una serpiente, lo que puede leerse como “Señor Serpiente”. La asociación del “Señor Serpiente” y Calakmul, el “Reino de la Serpiente” parece evidente. Si la interpretación de Guenter es correcta, el origen del “Reino de la Serpiente” es la Cuenca Mirador. Si bien es cierto, Stanley Guenter ha revisado sus ideas al respecto desde que el artículo de la Estela Hauberg fuera publicado (comunicación personal), la idea de encontrar una justificación a la proverbial enemistad entre Tikal y Calakmul parece al final aclarar el panorama.

El masivo sitio de Mirador, es probablemente la ciudad más grande construida jamás por los mayas. Hoy se sabe que Mirador floreció al final del período Preclásico, pero no sólo el sitio, sino toda la Cuenca Mirador, fue abandonada alrededor del año 200 DC. Aunque se tiene poca evidencia de que fue lo que pudo haber disparado este abandono, una muralla defensiva que protegía tres lados del sitio permite suponer un estado de guerra intensiva (Webster, 2002: 189). ¿Podría Mirador haber construido una defensa contra la expansión de Tikal? No parece haber evidencia sólida que respalde esa postura, sin embargo, debe recordarse que la falta de evidencia no constituye evidencia. Si es posible que la propuesta de Guenter sobre la Estela Hauberg sea consistente, entonces Tikal creció a expensas de Mirador y la dinastía de la serpiente no desapareció; más bien se trasladó a Calakmul. De una forma u otra, es evidente que el principal beneficiado de la caída de Mirador fue Tikal, que surgió como el centro más importante y dinámico del Clásico Temprano (*ibid.*: 191).

4.5.4.2 Inicia la expansión. Hoy se sabe que Tikal, en el centro de Petén, mantuvo una relación más que amistosa con Teotihuacán en el centro de México. El comercio fue solo uno de los factores que caracterizaron esa relación. A partir del siglo III aparecen en Tikal versiones locales de las fachadas de talud-tablero, un diseño distintivo del centro de México. Hacia el siglo IV se da un repunte en la presencia de estilos y

artefactos mexicanos, al extremo que incluso varios autores han considerado la posibilidad de una invasión teotihuacana a Tikal (Martin y Grube, 2000: 29).

Si es posible que Teotihuacán haya protegido sus rutas comerciales a través de medios militares, entonces Tikal debe haber florecido amparado en una alianza de esa naturaleza. Hay un episodio en el año 378 DC, profusamente mencionado en las inscripciones, que marcó en alguna forma el destino de las Tierras Bajas: la llegada a Tikal de *Siyaj K'ak*. Según se desprende del texto de la estela 31 de Tikal (fig 43), el mismo día de la llegada de *Siyaj K'ak* murió *Chak Tok Ich'aak I*.⁶ Con la muerte del gobernante de Tikal, llega a las Tierras Bajas un nuevo orden; un orden que casi inmediatamente establece su dominio sobre la cercana ciudad de Uaxactún (Martin y Grube, 2000: 30), potencialmente mediante un conflicto armado. A partir de ese momento, los gobernantes de Tikal parecen honrar sus nexos con Teotihuacán representándose incluso vestidos con elementos teotihuacanos.

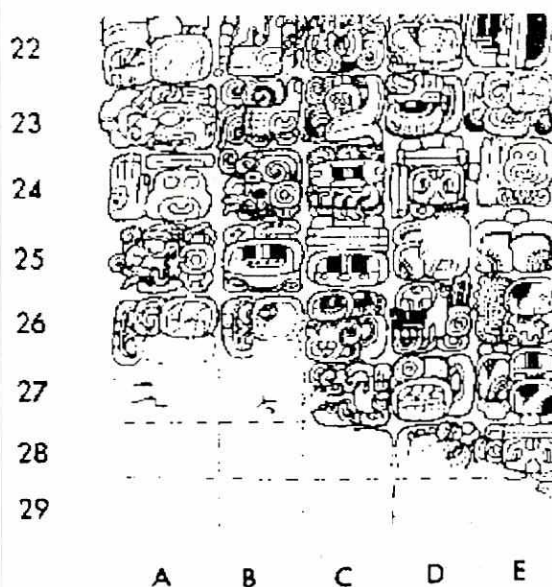


fig. 43

El dominio de Tikal sobre Uaxactún desató el inicio formal de una carrera armamentista en las Tierras Bajas, aunque vale la pena mencionar que transcurrió casi un

⁶ Existe más de una hipótesis alrededor de la relación entre *Siyaj Kak* y *Chak Tok Ich'aak*.

siglo hasta que los adversarios de Tikal estuvieron lo suficientemente organizados para iniciar un conflicto que respondiera a la agresión de Tikal. Los primeros indicios de guerra contra Tikal vienen de Caracol.

4.5.4.3 El mundo maya en guerra. La coronación del gobernante de Caracol *Yahaw Te Kinich II*, en 553 DC, parece haber ocurrido bajo los auspicios de *Wak Chan K'awil* de Tikal. Apenas tres años después, el altar 21 de Caracol menciona un evento de decapitación de un señor local, lo que desató una guerra del tipo “guerra de estrellas” contra Tikal en 562 DC. Significativamente el mismo altar 21 menciona además el nombre del gobernante contemporáneo de Calakmul, “Testigo del Cielo” (*ibid.*: 39, 89-90, 102). La consecuencia inmediata de esta guerra de estrellas es la desaparición de *Wak Chan K'awil* del registro de inscripciones, y 130 años de hiato en las inscripciones de Tikal.

Si solamente se consideran los tamaños respectivos de los adversarios, Caracol debiera haber salido ampliamente derrotado, pero la existencia en el Altar 21 de Caracol del nombre del gobernante de Calakmul permite pensar que Caracol en realidad no actuaba solo cuando atacó a Tikal. Para que la alianza entre Caracol y Calakmul se mantuviera firme, se requería que Naranjo, situado a medio camino entre Caracol y Calakmul, participara también de esa alianza. Naranjo es un sitio al noreste del lago Yaxhá, y por lo tanto relativamente cercano a Tikal. La Estela 25 de Naranjo celebra un aniversario más de la llegada al poder de su gobernante *Aj Wosal*, bajo los auspicios de *Tuum K'ab Hix* de Calakmul en 546 DC, (*ibid.*: 71-72, 102) lo que muestra una relación de clientelismo entre Calakmul y Naranjo, a pesar de la distancia que separa ambos sitios.

Sin embargo, la muerte de *Aj Wosal* modificó el panorama de Naranjo. Aunque no han sobrevivido los nombres de los sucesores inmediatos de *Aj Wosal*, parece seguro que la relación con Calakmul dio un viraje de 180°. Según el texto de la escalera jeroglífica de Naranjo, un monumento probablemente levantado por el gobernante de Caracol, hacia 626 DC Naranjo sufrió repetidas derrotas a manos de *K'an II* de Caracol, y cinco años más tarde Calakmul dio el golpe de gracia con la conquista de Naranjo a través

de una nueva “guerra de estrellas” en 631 DC (*ibid.*: 72, 91-92, 104). Manteniendo a Naranja y Caracol bajo su influencia directa, Calakmul se garantizaba la seguridad de su flanco oriental. El siguiente paso de Calakmul fue muy ingenioso, siendo en buena medida el que dio los mejores frutos en el conflicto contra Tikal, al patrocinar a la recién fundada dinastía de Dos Pilas buscando asegurar el flanco occidental en un sitio al suroeste de Tikal.

El origen de la dinastía de Dos Pilas descansa sin duda en los 130 años de hiato en Tikal, cuando un éxodo desde la gran ciudad llevó a un señor llamado *B'alaj Chan K'awil* hasta el Petexbatún, a fundar un estado que en adelante se estableció como rival de Tikal, en 648 DC (*ibid.*: 56). En el texto de un panel jeroglífico de Dos Pilas, *B'alaj Chan Kawil* dice ser sucesor directo del linaje de Tikal, y reclama para sí el título. Esto representa evidentemente un rompimiento dinástico, y en este evento aparece nuevamente la mano de Calakmul, ya que en un pasaje de una escalera jeroglífica de Dos Pilas, *B'alaj Chan K'awil* se declara vasallo de *Yuknoom* “el Grande” de Calakmul (*ibid.*: 56-57, 108).

El mismo *B'alaj Chan K'awil* envió oportunamente a una hija suya a revitalizar la desmejorada línea dinástica de Naranja (*ibid.*: 74), luego de la “guerra de estrellas” que le fuera impuesta por Calakmul. Sin embargo para que la hija de *B'alaj Chan K'awil* llegara hasta Naranja debía forzosamente pasar por Tikal y tal cosa, dadas las circunstancias, no hubiera sido posible si en 657 DC, *Yuknoom* “el Grande” de Calakmul no hubiera expulsado a *Nuum Ujol Chaak*, gobernante de un resurgente Tikal, mediante una nueva “guerra de estrellas” (*ibid.*: 42-43, 57, 108). *Nuum Ujol Chaak* huyó de Tikal y permaneció en el exilio, probablemente en Palenque durante más de 10 años y en 672 DC, un renovado *Nuum Ujol Chaak* de Tikal logró derrotar a *B'alaj Chan K'awil*, forzándolo a retirarse (*ibid.*: 42, 57).

B'alaj Chan K'awil permaneció exilado durante 5 años, y volvió al poder, significativamente el mismo día de 677 DC en que Calakmul se impuso nuevamente sobre Tikal. El encuentro decisivo ocurrió en 679 DC cuando *B'alaj Chan K'awil* de Dos Pilas se impuso finalmente sobre *Nuum Ujol Chaak* de Tikal (*ibid.*: 43). A pesar de la

derrota sufrida por Tikal a manos de *B'alaj Chan K'awil*, el linaje de Tikal no sufrió un nuevo rompimiento, e incluso se considera que los restos de *Nuun Ujol Chaak* de hecho descansan en la Acrópolis Norte de Tikal.

A *Nuun Ujol Chaak* le sucedió en el poder *Hasaw Chan K'awil*, en 682 DC. En 695 DC *Hasaw Chan K'awil* logró el éxito que había eludido a su padre *Nuun Ujol Chaak*: la derrota de Calakmul. Lo que puede en primera instancia parecer curioso, es que en realidad fue Dos Pilas quien derrotó a *Nuun Ujol Chaak*. Sin embargo, su hijo toma venganza no contra Dos Pilas, sino contra Calakmul. Aún ahora resulta evidente que en realidad Dos Pilas no fue más que un instrumento de Calakmul en su conflicto contra Tikal. La victoria de *Hasaw Chan K'awil* sobre *Yuknoom Yich'aak K'ak* está inscrita en uno de los dinteles del Templo 1 de Tikal (*ibid.*: 44-45, 110-111). Después de la derrota, los nexos políticos de Calakmul se desmoronaron rápidamente y entró en una fase de declive, aunque las relaciones con Caracol, Dos Pilas y Naranjo aún se mantuvieron en alguna forma simbólica. Por su cuenta, Caracol y Naranjo se involucraron en una nueva “guerra de estrellas” en 680 DC, de la que Naranjo salió vencedor. Caracol entró en un hiato de 118 años (*ibid.*: 95), del que se recuperó ya en el Clásico Terminal. Menos de un siglo después sucumbió también a los eventos del colapso en las tierras bajas.

El gran vencedor, Tikal, conoció a partir del reinado de *Hasaw Chan K'awil*, uno de sus momentos más espléndidos y puede pensarse que por primera vez en casi 500 años, la sombra del conflicto con Calakmul empezó a desvanecerse. *Hasaw Chan Kawil* gobernó hasta 734 DC. Su sucesor *Yik'in Chan K'awil* también se encuentra entre los más grandes héroes militares de Tikal (*ibid.*: 48). Además de presenciar la caída absoluta de Calakmul, *Yik'in Chan K'awil* extendió el dominio militar de Tikal sobre El Perú y Naranjo, ambos antiguos aliados de Calakmul. El Altar 8 de Tikal (fig. 31) muestra a un prisionero atado que fuera sacrificado en 748 DC. El título *wuk tzuk* del prisionero muestra una clara afiliación con el área de Yaxhá-Naranjo, algo que sugiere la continuidad del conflicto bélico en esa región, cuando menos hasta alrededor de 794 DC cuando el dominio de Tikal sobre los antiguos aliados de Calakmul también llegó a su fin.

Menos de 50 años después se erigió el último monumento inscrito en Tikal (*ibid.*: 53). Las referencias más tardías al sitio provienen en realidad de otros lugares.

Aunque la evidencia epigráfica termina virtualmente con el período Clásico, el conflicto en las tierras mayas no terminó tan abruptamente. Los murales en Chichén Itzá atestiguan la continuidad del conflicto en Yucatán, y el "*Popol Vuh*" y las crónicas indígenas del Postclásico abundan también en la descripción de conflictos armados. Efectivamente, guardando las distancias históricas y geográficas, las civilizaciones mesoamericanas del altiplano guatemalteco continuaron, durante el Postclásico, con la tradición de registrar su historia y con ella sus conflictos. Algunas de las fuentes más conocidas sobre la historia del altiplano guatemalteco en el Postclásico enfatizan el conflicto.

En la siguiente sección se presenta una pieza de evidencia etnohistórica a través de una breve mención del contenido bélico del "*Popol Vuh*", en relación a la guerra de expansión quiché. Se debe aclarar aquí que las fuentes citadas no contienen glifos en sus textos, por lo que la lectura e interpretación de la epigrafía no puede considerarse como factor de error. Sin embargo, las analogías existentes hablan por sí mismas.

Finalmente, en apego a las definiciones inicialmente establecidas en este trabajo, la lectura e interpretación de estas fuentes no corre a cargo de la epigrafía; más bien se trata aquí de un trabajo paleográfico, evidentemente originado en la época Colonial, escrito con caracteres latinos, en el idioma vernáculo de los respectivos pobladores del área.

4.5.5 La evidencia etnohistórica. A la evidencia arqueológica representada por la localización y construcción eminentemente defensiva de los sitios del Postclásico en el altiplano guatemalteco se debe agregar la evidencia presentada por las crónicas y narraciones.

En rigor, la primera ciudad formal de los quichés, es identificada en el "*Popol Vuh*" como *Izmachi*. El crecimiento del poder quiché, radicado en esa ciudad provoca los celos de los

Tamub y los *Ilocab*, quienes organizan una revuelta. Según el “*Popol Vuh*”, el poder quiché se asentó en *Gumarcaah*, luego de sofocar la rebelión encabezada por los *Tamub* y los *Ilocab*, en contra de los *Cavec*, los *Nihaib* y los *Ahau Quiche* (Recinos, 1988a: 68). Según el mismo “*Popol Vuh*”, esto ocurrió durante el gobierno que los reyes *Cotuhá* y *Gucumatz*, siendo estos la “quinta generación de hombres desde el principio de la civilización y población, el principio de la existencia de la nación” (*ibid.*:207). Continúa el “*Popol Vuh*” diciendo que en *Gumarcaah* se formaron 24 familias, a las que más adelante también identifica como “Casas Grandes”. A partir de este momento la narración se ocupa de la expansión, una ocupación territorial que presenta una clara analogía con el evento de “guerra de estrellas” del período Clásico.

«He aquí ahora los nombres de la sexta generación de reyes. Fueron dos grandes reyes, Gag Quikab se llamaba el primer rey y el otro Cavizimah, e hicieron grandes cosas y engrandecieron el Quiché, porque ciertamente eran de naturaleza portentosa.» (*ibid.*: 212).

Por lo que sigue en la narración, es evidente que los “portentos” realizados por la sexta generación de reyes, en realidad hace referencia a una expansión militar de primera categoría, en la que los pueblos vecinos son dominados y sometidos incluso a la esclavitud. Aunque la descripción es breve, no deja lugar a dudas: la expansión fue violenta. El pasaje cuenta con el atractivo adicional de mencionar los sitios que fueron conquistados y que eventualmente rindieron tributo a los quichés.

«He aquí la destrucción y división de los campos y los pueblos de las naciones vecinas, pequeñas y grandes. Entre ellas estaba la que antiguamente fue la patria de los kaqchiqueles, la actual Chivilá (Chichicastenango), y los de Rabinal, Pamacá (Zacualpa), la patria de los Caoqué, Zaccabahá y las ciudades de los Zaculeu, de Chivi-Miquiná (Totonicapán), Xelahú, Chiva Tzac y Tzolahché... Estos pueblos aborrecían a Quikab. El les hizo la guerra y ciertamente conquistó y destruyó los campos y ciudades de los rabinaleros, los kaqchiqueles, y los de Zaculeu, llegó y venció a todos los pueblos... Los hicieron esclavos... Así fue la destrucción de las ciudades que fueron al instante arrasadas hasta los cimientos» (*ibid.*: 212-213).

Es evidente también que los pueblos sometidos no compartían el entusiasmo quiché por la situación en la que *Quikab* los hacía vivir. El texto claramente dice que

aquellos pueblos aborrecían a *Quikab*. Resulta evidente, según se desprende del texto, que hubo intentos por matar a *Quikab*, lo que pareciera ser una analogía del evento de “captura” en la guerra del período Clásico, en el que se busca eliminar al personaje, más que destruir a los asentamientos propiamente dichos.

«No pudieron matarlo ni vencerlo, porque verdaderamente era un hombre valiente, y todos los pueblos le rendían tributo.» (ibid.: 213).

Sin embargo, la misma analogía anteriormente descrita, sirve para efectuar una nueva contrastación. Los enemigos de *Quikab* buscan la destrucción de una persona; posiblemente un sacrificio ritual, que les permita declararse vencedores, sin necesidad de ocupar físicamente el territorio de su enemigo. Los quichés por su parte, no llevan a cabo una guerra de las mismas características. El caso Quiché se parece al de Tikal durante el Clásico en las Tierras Bajas. Tikal es una entidad agresiva y expansionista. Ellos, igual que los quichés, no buscan solamente la captura y sacrificio de un personaje de importancia, sino buscan de hecho la dominación del territorio enemigo. Sin embargo, hay que aclarar que en definitiva el dominio del territorio no implica dominio sobre la población, aunque sí podría significar una relación amo-vasallo a nivel de élites.

El “*Popol Vuh*”, no presenta una clara descripción de la muerte de *Quikab* y la llegada al poder de sus sucesores, sin embargo, en las notas al pie, Recinos cita a Ximénez cuando menciona que durante el reinado de la novena generación, a quienes identifica como *Tecum* y *Tepepul*, ocurrió la sublevación cakchiquel, un pueblo dominado antiguamente por *Quikab*.

Quikab no vuelve a figurar como personaje principal en la narración. Antes bien, el texto menciona una confusión de personajes que van desde *Mahocotah* (*ibid.*: 79), quien también lideró a los quichés en la guerra de expansión. El colmo de las confusiones surge cuando a *Mahocotah* se le asocia con un recibimiento efectuado por *Balam-Agab* e *Iqui-Balam* (Recinos, 1984:82), en clara referencia a los fundadores, personajes eminentemente mitológicos. En este punto, la analogía con las inscripciones del período Clásico no se limita al registro de un conflicto, sino también se manifiesta a través del

reclamo de ancestría de un nuevo gobernante que se extiende hasta sus orígenes mitológicos.

La versión Quiché de la guerra de expansión no es la única existente. De hecho, los kaqchiqueles tienen su propia versión del asunto. Según Adrián Recinos, en su introducción al “Memorial de Sololá, Anales de los Kaqchiqueles”, estos convivieron en buena armonía con los quichés, cuando menos hasta mediados del siglo XV. De hecho contribuyeron grandemente a las conquistas de *Quikab*, pero cuando éste fue destronado por una revuelta, los kaqchiqueles se separaron fundando su capital en Iximché. Esta separación se manifestó a través de 11 años de conflictos que tuvieron como resultado el debilitamiento de los quichés y la consolidación de los kaqchiqueles (Recinos, 1988b, 16).

El expansionismo quiché parece llegar a su fin, o cuando menos alcanzar su límite en este momento. Más tarde, los Anales narran el ataque quiché a *Iximché*, así como la posterior derrota y humillación de los quichés:

«A continuación salieron violentamente de la ciudad de Gumarcaah, para aniquilar a todos los señores...No son ocho mil, ni dieciséis mil hombres...seguidos de los reyes Tepepul e Iztayul...El choque fue verdaderamente terrible....Pronto fueron derrotados los quichés, dejaron de pelear y fueron dispersados, aniquilados y muertos los quichés. No era posible contar los muertos...fueron vencidos y hechos prisioneros y se rindieron los reyes Tepepul e Iztayul y entregaron a su dios» (ibid.: 85-86).

Debe mencionarse que la “entrega de su dios” mencionada aquí puede implicar un evento análogo a la captura y decapitación de la deidad personal del rey *K'inich Lacamtun* de Yaxhá a manos de Naranjo, tal como lo establece la Estela 35 de Naranjo (Martin y Grube: 2000: 82), en 799 DC.

Por aparte, las versiones quiché y cakchiquel solamente difieren la esencia de su contenido cuando se trata de evaluar la dominación quiché sobre los kaqchiqueles. El “Popol Vuh” carece ignominiosamente de una descripción de tales eventos y de hecho, las otras fuentes consultadas tampoco hacen una mención especialmente clara de ellos.

Tampoco describen los reinados de los sucesores de *Quikab* y se limitan a mencionar, en algunos casos, como el “Popol Vuh” en particular, a las generaciones posteriores de reyes, sin que se sepa de sus actividades en detalle. Tampoco hacen un énfasis especial en la ayuda que los kaqchiqueles pudieron haber prestado en la expansión de los quichés. De hecho tampoco exponen razonamientos del origen de la enemistad entre quichés y kaqchiqueles. Lo cierto es que cuando menos en el momento de la llegada de los españoles, quichés y kaqchiqueles se profesaban una mutua enemistad, relación esta, que bien vale un análisis aparte. En resumen, esta falta de información acerca de la relación entre quichés y kaqchiqueles se ajusta al patrón Clásico en el que los gobernantes no conmemoran sus derrotas o sus alianzas en sus grandes victorias.

Finalmente, en ningún caso se deja deducir el motivo por el cual los quichés se embarcaron en una guerra expansionista que eventualmente los llevó a dominar los territorios incluso hasta la costa de Soconusco. Lo cierto es que aunque el dominio quiché sobre estos territorios parece un asunto seguro, las poblaciones a las que los quichés conquistaron no cayeron completamente bajo la influencia de ellos, ya que en el momento de la conquista española, los tzutuhiles, mames y kaqchiqueles aún existían, y en buena medida conservaban una relación de antagonismo con los quichés. En todo caso más parece que todos estos pueblos fueron empujados por los quichés, hacia las afueras de algo que podría definirse como una zona de amortiguamiento, territorio que contribuyó a la confusión que encontraron los españoles en el siglo XVI.

Las razones por las que los quichés podrían haber requerido mayores territorios, quedan evidentemente abiertas a discusión. La propuesta más inmediata sería tratar el asunto como una circunscripción ambiental, del tipo propuesto por Carneiro, en la que por ejemplo, los altos índices de natalidad hubieran exigido a los gobernantes quichés la adquisición de mayores territorios para cubrir ciertas necesidades, que los pueblos originalmente propietarios de esos territorios se negaban a satisfacer de una forma pacífica. En apoyo a esta posición debe considerarse que las primeras fuentes españolas en el momento de la conquista sugieren que la población alcanzó su máximo potencial prehispánico en el área quiché (Carmack, 2001: 97). Sin embargo en este caso no se

puede hablar de una zona de amortiguamiento, en su sentido más estricto. De cualquier forma esta hipótesis se ajusta perfectamente con la hipótesis citada en referencia a los eventos de guerra maya, incluso desde el Preclásico.

No parece necesario insistir aquí en analogías. La guerra ha sido una actividad conocida y practicada por los pueblos mayas desde su mismo origen. Sin embargo, la existencia de conflictos armados entre los mayas no impidió el florecimiento del arte, la arquitectura, y otras manifestaciones culturales que convirtieron a esta en una de las civilizaciones más brillantes que han poblado la Tierra.

CAPÍTULO V. CONCLUSIONES

La escritura y la epigrafía maya son creaciones humanas y como tal adolecen de errores y defectos. Sería ilusorio proponer que la escritura maya es perfecta o que los escribas mayas jamás cometieron errores. En la misma forma, no puede decirse que los epigrafistas no hayan cometido errores en el desciframiento e interpretación de esa escritura.

Sin embargo, el proceso de desciframiento ha logrado descubrir tanto los errores de los escribas, como corregir los de los epigrafistas y gracias a eso se ha logrado también que el desciframiento e interpretación, en su estado actual, sea creíble. Y es creíble porque muestra una civilización maya que salvando las distancias, no es distinta de otras civilizaciones avanzadas y eso incluye a la occidental.

En esta sección se ofrecen conclusiones particulares, sobre cada uno de los temas analizados en este trabajo. En un contexto amplio se debe considerar que los temas desarrollados en este trabajo abarcan desde la definición de escritura por sí misma, hasta el análisis de la validez, para cuatro aspectos particulares del desciframiento. Las conclusiones ofrecidas en este trabajo están presentadas, cuando ha sido posible, realizando comparaciones y analogías con casos que dada su relativa actualidad son más familiares a aquel lector cuyo contacto con la arqueología maya no cae dentro de sus especialidades.

En primera instancia, queda claro que los mayas sí desarrollaron un sistema de escritura, ya que apegándose a la definición de escritura presentada en este mismo trabajo, efectivamente se trata de un sistema gráfico capaz de expresar ideas. Además cumple también con la evidente función social de reemplazar a la tradición oral y conservar la memoria grupal de la sociedad. De hecho, incluso se debe aceptar que la escritura maya cumple además con la función social de transmitir tecnología, como es el caso particular de los códices.

Ciertamente no se trata aquí de un sistema alfabético. Sin embargo, esperar que así fuera no implicaría más que un sesgo y con ello un problema típico en la mente del investigador que insiste en comparar los rasgos culturales propios con los de sus sujetos de estudio, dando preeminencia a los propios; un sesgo del que en lo personal, busco escapar.

Finalmente, queda claro que el sistema de escritura maya se basa en una combinación de símbolos silábicos y logogramas que se apega a la segunda categoría propuesta por Gelb, en 1952.

En cuanto al orden de lectura de las inscripciones, no cabe duda que el propuesto por Cyrus Thomas sigue vigente. Naturalmente existen excepciones a la regla, pero en todo caso no son más que eso: excepciones. Esas mismas excepciones muestran que los mayas no eran rígidos en su forma de pensar y que cuando la ocasión lo requería eran perfectamente capaces de improvisar. De la misma forma nuestra propia escritura debe adaptarse a aspectos que hoy pueden calificarse de estéticos, como puede verse a continuación en la figura 44.



fig. 44

Como se desprende del anterior ejemplo, resulta evidente que aunque el orden convencional de lectura va de izquierda a derecha, atendiendo a aspectos de espacio disponible y estética, el orden puede en realidad ser flexible. Esto de ninguna forma implica que el orden de lectura sea irrelevante; más bien indica que las inscripciones mayas se atienen exactamente a la misma premisa de flexibilidad. La lectura debe entonces enfrentarse con mente abierta a la posibilidad de excepciones que rebasen a la rigidez de la estandarización. Cyrus Thomas hizo precisamente eso.

Thomas notó en el glifo introductor de la serie inicial del Tablero de la Cruz en Palenque unas dimensiones especiales que implicaban a dos filas y/o dos columnas de glifos. De allí pudo establecer que la lectura debía ser de derecha a izquierda o de arriba hacia abajo, pero en filas o columnas dobles. Luego, analizando la lámina XIV del Códice de Madrid llegó a estar en condiciones de desestimar la lectura en filas dada la repetición de un mismo glifo en toda la fila. Con ello estableció por simple observación y lógica que el orden convencional, pero no restringido, de lectura debía ser en columnas dobles de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha. Además, Thomas logró, mediante esas mismas observaciones, demostrar que el orden de los días presentado por Landa era real y no una invención o manipulación de su informante, o una mala interpretación del mismo Landa.

A esta evidencia debe agregarse la compatibilidad demostrada entre la estructura VOS de los idiomas mayas y la interpretación de ciertas secciones de los códices, lo que me lleva a considerar que el orden de lectura convencional de las inscripciones mayas es tal como lo estableciera oportunamente Cyrus Thomas, en columnas dobles leídas de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha.

En cuanto a la correlación calendárica, la duda principal surge a raíz de haberse detectado errores en las fechas inscritas de algunos monumentos. En la práctica no existen motivos para considerar que deba haber una ausencia total de errores en las fechas inscritas por los mayas, y para el caso por ninguna otra civilización en la historia de la humanidad.

Sin ir demasiado lejos, la historia de Guatemala presenta incongruencias en cuanto a la fecha en la que un determinado evento ocurrió. Por ejemplo, la fecha de anexión del territorio guatemalteco al imperio de Iturbide es establecida por Héctor Gaitán como febrero de 1822 en la página 2 de su publicación de 1992 "Los Presidentes de Guatemala". Por su parte Jorge Luján Muñoz dice en la página 112 de su obra de 1998 "Breve Historia Contemporánea de Guatemala" que la anexión ocurrió el 5 de enero de ese mismo año. Dos fechas distintas para un mismo acontecimiento.

La gran ventaja de la correlación GMT estriba precisamente en haber sido confirmada mediante la astronomía, lo que la convierte en una correlación virtualmente libre de errores.

Entonces, volviendo al caso de la fecha de anexión a México, mediante astronomía se puede determinar que el sábado 5 de enero de 1822 habían transcurrido 11 días desde la luna nueva. Es evidente entonces que la fecha de febrero propuesta por Gaitán no coincide exactamente con el sábado y la edad relativa de la luna. El ejemplo anterior patentiza que los errores en las inscripciones ocurren y que mediante una correlación calendárica bien cimentada en astronomía estos pueden detectarse.

Por si eso fuera poco, debe aceptarse que cualquier fecha que quede establecida por la historia entre el 4 y el 15 de octubre de 1582 también debe forzosamente ser un error, pues esos días simplemente no existieron como consecuencia de la reforma impuesta al calendario Juliano por el Papa Gregorio XIII. Queda al lector interesado buscar un caso que aplique.

Sin embargo, para fines explicativos, la realidad es que la estructura del calendario maya no es tan simple. La existencia simultánea de un calendario cronológico y uno que marca el año solar, complementado con un sistema numérico vigesimal, complica su comprensión a la mayor parte de la gente. Pero si la calibración de ambos calendarios con el sistema numérico vigesimal ofrece algún grado de incertidumbre, en cambio la simple observación astronómica no es tan difícil. Virtualmente cualquier persona sabe que la Luna está llena con sólo verla. Por lo tanto, si una inscripción dice que en una fecha determinada había transcurrido cierto número de días desde la Luna nueva y la recreación astronómica lo confirma, entonces la fecha debe ser correcta.

Es en consideración a lo anterior que debe concluirse que la correlación obtenida mediante el análisis de la estructura del calendario y firmemente comprobada a través de la astronomía es inobjetablemente correcta, y que los errores detectados en la inscripción de algunas fechas mayas, son efectivamente errores de inscripción y no de epigrafía.

En relación al idioma en el que están las inscripciones, debe aceptarse que la evidencia presentada por el momento inclina la balanza hacia el choltí. Sin embargo, alrededor de este aspecto aún queda mucho por definirse plenamente. Las dificultades inherentes de tratar con un idioma extinto no pueden subestimarse y es mi parecer que la propuesta de Houston, Stuart y Robertson está incluso asistida por la lógica, una actitud que por cierto se ha mostrado muy útil en otros aspectos del desciframiento. Pero la evidencia presentada por estos tres autores deja la impresión de ser adhoc seleccionada específicamente por ellos para demostrar su punto. En ese caso, podría efectivamente tratarse, tal como sugiere Terry Kaufman, de un efecto estadístico.

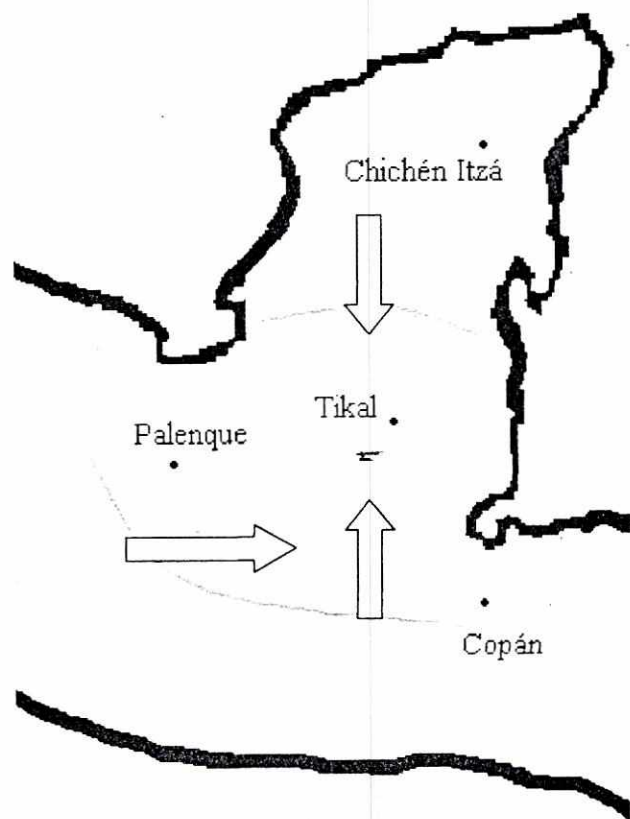


fig. 45

Sin embargo, a favor de la evidencia presentada por estos tres autores juega también el factor geográfico. Como se ve en el mapa de la izquierda (fig. 45), la mayor frecuencia de monumentos inscritos aparece en el corredor (localizado por aproximación) que tiene a Copán y Palenque como sus extremos oriental y occidental respectivamente. El hecho que en ambas regiones extremas se hable en la actualidad un idioma con una raíz común, da solidez a la hipótesis que también entre ambos puntos debió hablarse un idioma común. De hecho el aislamiento actual de ambos extremos del corredor obedece a la expansión yucateca, desde el norte y a los grupos quicheanos que se expandieron

desde el sur y el occidente, cortando en dos el corredor y aislando a los hablantes de las lenguas cholanas, como muestran las flechas en el mapa. En todo caso, el asunto del idioma de las inscripciones es, por el momento, el que presenta la evidencia más débil, o cuando menos el que das mis propias limitaciones teóricas, aparece como la menos contundente.

Finalmente, para establecer a la guerra como una realidad de la vida maya, reflejada a través de las inscripciones, la evidencia de apoyo presentada debe considerarse desde cada una de las perspectivas utilizadas en el presente trabajo. En primera instancia, una perspectiva social y biológica, luego una perspectiva material e iconográfica, para finalizar con una analogía etnohistórica.

En relación a la perspectiva social y biológica, mis consultas no permitieron establecer la existencia de una sola sociedad humana, con el grado de complejidad social y cultural de la civilización maya, que haya sido pacífica en el sentido más amplio de la palabra. Aquí debe aclararse que sí han existido etapas pacíficas en la historia de algunas sociedades, pero estos períodos han sido generalmente consecuencia de la resolución de un conflicto previo, o también de preparación para uno futuro. Como analogía puede pensarse que la paz, si como paz debe entenderse la ausencia de conflicto, reinaba efectivamente en Europa en el verano de 1940, pero esto era porque todos aquellos que habían tomado las armas contra la Alemania Nazi habían sido ya derrotados en el campo de batalla. Ciertamente Inglaterra mantenía su estado de beligerancia contra Alemania, pero para este caso debe considerarse a Inglaterra como una entidad extracontinental. En un sentido amplio había paz; en un sentido más estricto, la guerra continuaba a pesar de esa paz.

La analogía anterior muestra entonces que la guerra y la paz son términos ambiguos y contextuales cuando se trata de sociedades humanas, y es que la violencia y el deseo de imponer la voluntad propia sobre la de otros son condiciones inherentes de la especie. Por cierto, una especie que sí logró inventar armas para cazar animales y con ello alimentarse, también dilucidó el uso de las mismas para resolver algunos conflictos personales con sus semejantes.

Por su cuenta, la evidencia material aportada por las excavaciones deja clara la existencia de estructuras cuyo carácter defensivo no puede negarse. Algunas de estas incluso construidas con tal urgencia que su material constituyente proviene de estructuras cívicas y religiosas cuya importancia debe haber pasado en ese momento a un segundo plano.

Pero la experiencia de un conflicto debe dejar forzosamente su huella en otros aspectos. Históricamente los integrantes de las sociedades en conflicto han plasmado su experiencia de guerra hasta en los inocentes dibujos de sus niños como se muestra a la derecha en la figura 46.



fig. 46

Pero no sólo los niños han expresado a través de la pintura su contacto con la guerra. Baste recordar el célebre cuadro de Pablo Picasso titulado "Guernica", realizado en 1937 para el pabellón español de la Exposición Internacional de París, en el que evocaba las trágicas consecuencias del bombardeo de esa ciudad vasca por la aviación durante la guerra civil española.

La escultura es la otra manifestación artística que muestra, con alguna frecuencia iconografía bélica. Por ejemplo los paneles laterales de la escultura diseñada por Francesco Durini de Justo Rufino Barrios muestran escenas de la batalla de Chalchuapa en 1885, como se ve en la figura 47.



fig. 47

La iconografía en el arte de las sociedades ha dejado clara la existencia de la guerra, y los mayas no pueden ser la excepción. Pero no debe caerse en el error de considerar que toda la iconografía existente representa guerra, pues la misma civilización maya que esculpió el Dintel 8 de Yaxchilán, esculpió también el Panel 3 de Piedras Negras y el sarcófago de Pakal en Palenque, en la misma forma que “Los fusilamientos del 3 de mayo” y la serie de aguafuertes denominada “Los desastres de la guerra” salieron de la misma mano que la “Maja desnuda” en la España del siglo XVII.

Por su cuenta, la epigrafía ha logrado definir ciertas expresiones glíficas, e interpretado estas como eventos de guerra, o en todo caso asociados a la guerra. Dos de ellos, captura y decapitación, encuentran sustento a esta interpretación en los mismos códigos que eventualmente sirvieron para comprobar otros aspectos del desciframiento. El otro, la llamada “guerra de estrellas” aparece como un evento cuya interpretación parte de circunstancias más elaboradas. En primera instancia, la innegable relación de los mayas con Teotihuacán, la investigación de cuya naturaleza bien puede aún aportar novedades a la arqueología maya, y por otra parte la asociación del eminente contenido astronómico del glifo con las fechas en las que los eventos de “guerra de estrellas” aparecen registrados en las inscripciones. Más aún, es posible que en realidad ambas posturas no sean autoexcluyentes y aquí planteo la posibilidad que la relación con Teotihuacán haya dejado una herencia iconográfica que fue posteriormente adaptada por los mayas a otros aspectos culturales de su civilización, manteniendo eso sí, el simbolismo de un complejo que en principio se identificó con una victoria militar.

Finalmente, en cuanto al refuerzo a la epigrafía presentado por la analogía etnohistórica no parece aquí necesario extenderse más en el punto. Lo cierto es que el *Popol Vuh*, y otras piezas de la literatura prehispánica dedican buenas líneas al registro de la guerra como herramienta social. Alguien podrá decir que eso no es más que la muestra de la influencia hispánica en la redacción de esas fuentes etnohistóricas y es que esa influencia es innegable. Pero desmeritar por ello el valor histórico y social de esos documentos es querer defender un anacronismo que de hecho lo único que logra es despojar a los mayas de su condición humana.

Finalmente, es forzoso concluir que considerar que la epigrafía es la manipuladora de la historia de los mayas es en realidad sobreestimar los alcances reales de la especialidad. La epigrafía analiza al final solo una pieza de evidencia: las inscripciones. Si lo que la epigrafía determina no es congruente con lo que otras especialidades aportan, entonces sin duda deben revisarse las bases del desciframiento. Pero si como efectivamente ocurre, lo que la epigrafía determina se ve apoyado desde otras perspectivas, entonces el proceso es legítimo y va por buen camino.

CAPÍTULO VI. BIBLIOGRAFÍA

Alaniz Serrano, Rolando

1997 *Inscripciones en monumentos mayas*. Plaza y Valdez Editores, México

Baudez, Claude y Sydney Picasso

1992 *Lost Cities of the Maya*. Harry N. Abrams, Inc., Publishers, New York

Berlin, Heinrich

1959 El glifo emblema en las inscripciones mayas. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

1977 *Signos y significados en las inscripciones mayas*. Instituto Nacional del Patrimonio Cultural de Guatemala, Ministerio de Educación, Guatemala

Brinton, Daniel

1895 A Prime of Mayan Hieroglyphics. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Brasseur de Bourbourg, Charles E.

1869 Lettre á M. Léon de Rosny. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Calvet, Louis-Jean

2001 *Historia de la escritura*. Editorial Paidós, Barcelona.

Campbell, Lyle, Terrence Kaufman y Thomas Smith-Stark

1986 Meso-America as a Linguistic Area. En *Language*, volume 62, Number 3.

Carmack, Robert

2001 *Evolución del reino k'iche'*. Editorial Cholsamaj, Guatemala.

Carmack, Robert y James Mondloch

1983 *El título de Totonicapán*. Universidad Autónoma de México.

Carneiro, Robert

1988 The Circumscription Theory. En *American Behavioral Scientist* 31.

Chase, Arlene y Diane Chase

1998 Late Classic Maya Political Structure, Polity Size, and Warfare Arenas. En *Anatomía de una civilización. Aproximaciones interdisciplinarias a la cultura maya*. (Editado por Andrés Ciudad Ruiz et al.) Sociedad Española de Estudios Mayas, Madrid.

Childe, Gordon

1954 *Los orígenes de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, México

Chinchilla Oswaldo

1999 Historia de la investigación arqueológica en Guatemala. En *Historia general de Guatemala*, Tomo 1. Asociación de Amigos del País y la Fundación para la Cultura y el Desarrollo, Guatemala.

Clausewitz, Karl von

1972 *De la guerra*. Editorial Diógenes, S.A. México

Coe, Michael

1976 Early Steps in the Evolution of Maya Writing. En *Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica*. UCLA Latin American Center, Los Angeles.

1995 *El Desciframiento de los glifos mayas*. Fondo de Cultura Económica, México

Coe, Michael y Justin Kerr

1998 *The Art of the Maya Scribe*. Harry N. Abrams, Inc., New York

Coe, Michael y Mark van Stone

2001 *Reading the Maya Glyphs*. Thames and Hudson, London

Demarest, Arthur, et.al.

1997 Classic Maya Defensive Systems and Warfare in the Petexbatun Region. Archaeological evidence and interpretation. *Ancient Mesoamerica* 8 :229-253

Drew, David

1999 *The Lost Chronicles of The Maya Kings*. University of California Press. Los Angeles

Enciclopedia Hispánica

1999 *Versión 2.0 para PC*. ISBN CD-ROM 1-56409-027-2 Balsa International Publishers, Inc.

Expert Astronomer

1994 *Expert Astromer for Windows*. Serie No. 0800540503, Etlon Software

Fash, William y David Stuart

1991 Dinastic History and Cultural Evolution at Copan, Honduras. En *Classic Maya Political History*. Editado por Patrick Culbert. Cambridge University Press, London.

Freidel, David, Linda Schele y Joy Parker

1993 *Maya Cosmos*. Quill. New York

Förstemann, Ernst

1998 *Die Maya Handschrift der Königlichen Bibliothek zu Dresden*. Kumatzim Vuj Jun. Códice de Dresden. Edición facsimilar, 1998, Editorial Cholsamaj, Guatemala.

Gaida, Maria

1983 *Die Inschriften von Naranjo*. Klaus Renner, Hamburgischen Museum für Völkerkunde.

Gaitán, Héctor

1992 *Los presidentes de Guatemala*. Artemis y Edinter. Guatemala

Garibay, Angel

1986 *Introducción a la decimotercera edición de la Relación de las cosas de Yucatán de Diego de Landa*. Editorial Porrúa S.A, México

Gates, William

1931 *An Outline Dictionary of Maya Glyphs*. Johns Hopkins Press, Baltimore

González, Yolotl

1991 *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica*. Larousse, Barcelona

Goodman, Joseph

1905 Maya Dates. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Guenter, Stanley

2002 La Estela Hauberg y el reino preclásico Kan. En *Investigaciones arqueológicas y ecológicas en la cuenca Mirador. Rescate y excavaciones en el sitio La Florida. Informe final de la temporada 2001-2002*. Departamento de Monumentos Prehispánicos y Coloniales. Instituto de Antropología e Historia, Guatemala, Guatemala.

Grube, Nikolai

1994 Observations on the History of Maya Hieroglyphic Writing. En *Séptima Mesa Redonda de Palenque*, 1989. Precolumbian Art Research Institute, San Francisco.

Hagen, Victor von

1979 *En busca de los mayas. La historia de Stephens y Catherwood*. Editorial Diana, México

Harris, John y Stephen Stearns

1997 *Understanding Maya Inscriptions. A Hieroglyphic Handbook*. The University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia

Herkovits, Melville

1952 *El hombre y sus obras*. Fondo de Cultura Económica, México.

Houston, S.

1989 *Maya Glyphs*. British Museum Press. London

Houston, S y Peter Mathews

1985 *The Dynastic Sequence of Dos Pilas, Guatemala*. Pre-Columbian Art Research Institute. San Francisco, California.

Houston, Stephen y David Stuart

1989 The Way Glph: Evidence for Co-essences among the Classic Maya. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Houston, Stephen. John Robertson y David Stuart

1999 *The Proceedings Of The Maya Hieroglyphic Workshop: Classic Mayan Language and Classic Maya Gods*. Editado por Phil Wanyerka. University of Texas, Austin.

Jones, Tom y Carolyn

1998 *Maya Hieroglyphic Workbook*. Preparado para los talleres de escritura jeroglífica en la Universidad de Humboldt State, California.

Justeson, John

1986 *The Origin of Writing Systems*. World Archaeology, Vol. 17 No.3

Kelley, David

1968 Kakupacal and the Itzas. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Kettunen, Harri y Christophe Helmke

2000 *Introduction to Maya Hieroglyphs. Notebook for the 1st San Ignacio Hieroglyphic Introductory Lectures*. University of Helsinki/ University College of London.

Kluckhohn, Clyde

1957 *Antropología*. Fondo de Cultura Económica, México

Knorosov, Yuri

1956 New Data on the Maya Written Language. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

1967 *The Writing of the Maya Indians*. Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University.

Landa, Diego

1986 *Relación de las cosas de Yucatán*. Porrúa S.A. México

Leonard, Jonathan

1972 *America precolombina*. Time-Life International. Nederland

Lienhardt, Godfrey

1994 *Antropología social*. Fondo de Cultura Económica, México.

Linton, Ralph

1956 *Estudio del hombre*. Fondo de Cultura Económica, México

Luján, Jorge

1998 *Breve historia contemporánea de Guatemala*. Fondo de Cultura Económica. México.

Martin, Simon y Nikolai Grube

2000 *Chronicle of the Maya Kings and Queens*. Thames & Hudson, London

Mathews, Peter

1988 *The Sculpture of Yaxchilan*. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Yale.

Mathews, Peter y Gordon Willey

1991 Prehistoric polities of the Pasión Region: hieroglyphic texts and their archaeological settings. En *Classic Maya Political History: Hieroglyphic and Archaeological Evidence*. (Editado por Patrick Culbert.) Cambridge University Press.

Martir de Anglería, Pedro

1519 De Orbe Novo Decades, Cuarta Década. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Miller, Mary Ellen

1986 *The Art of Mesoamerica*. Thames and Hudson, London

1999 *Maya Art and Architecture*. Thames and Hudson, London

Montgomery, John

2002_a *Dictionary of Maya hieroglyphs*. Hippocrene Books, Inc. New York

2002_b *How to read Maya Hieroglyphs*. Hippocrene Books, Inc. New York

2003 *Cycles in Time: The Maya Calendar*. Editorial Laura Lee, Guatemala

Morley, Sylvanus

1947 *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica, México.

1975 *An Introduction to the Study of the Maya Hieroglyphs*. Dover Publications, Inc., New York.

Oppolzer, Theodor Ritter von

1962 *Canon of Eclipses*. Dover Publications Inc. New York.

Perez, Vitalino, Federico García, Felipe Martínez y Jeremías López

1996 *Diccionario ch'orti'*. Proyecto Lingüístico Francisco Marroquin, La Antigua Guatemala, Guatemala.

Proskouriakoff, Tatiana

1960 Historical Implications of a Pattern of Dates at Piedras Negras, Guatemala. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

1993 *Maya History*. Editado por Rosemary Joyce. University of Texas Press, Austin

Rafinesque-Schmaltz, Constantine

1832_a First Letter to Mr. Champollion, on the Graphic Systems of America and the Glyphs of Otolum or Palenque in Central America. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

- 1832_b Second Letter to Mr Champollion, on the Graphic Systems of America and the Glyphs of Otolum or Palenque in Central America, Elements of the Glyphs. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Rau, Charles

- 1879 The Palenque Tablet in the United States National Museum, Washington, D.C. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Recinos, Adrián

- 1984 Títulos de la casa Ixquin-Nehaib, señora del territorio de Otzoyá. En *Crónicas indígenas de Guatemala*. Academia de Geografía e Historia de Guatemala. Publicación Especial No.38. Guatemala.
- 1988a *Popol Vuh*. Las antiguas historias del Quiché. Cuarta Edición. Editorial Piedra Santa, Guatemala.
- 1988b *Memorial de Sololá, anales de los kaqchikeles*. Editorial Piedra Santa, Guatemala.

Reents-Budet, Dorie

- 1994 *Painting the Maya Universe: Royal Ceramics of the Classic Period*. Duke University Press.

Rosny, Leon

- 1876 Essai sur le déchiffrement de l'écriture hiératique de L'Amérique Centrale. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Sánchez de Aguilar, Pedro

- 1613 Informe contra idolorum cultores del obispado de Yucatán. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Seler, Eduard Georg

- 1892 Does There Really Exist a Phonetic Key to the Maya Hieroglyphic Writing? En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Schele, Linda

- 1982 *Maya Glyphs: The Verbs*. University of Texas Press
- 1985 Balan-Ahau: A Possible Reading of the Tikal Emblem Glyph and a Title at Palenque. En *Cuarta Mesa Redonda de Palenque*, editado por E.P. Benson. San Francisco.

Schele, Linda y David Freidel

- 1990 *Forest of Kings*. Quill, New York.

Schele, Linda y Mary Miller

- 1986 *The Blood of Kings*. George Braziler, New York

Schele, Linda y Peter Mathews

- 1998 *The Code of Kings*. Scribner, New York.

Sharer, Robert y Wendy Ashmore

- 1993 *Archaeology. Discovering our Past*. Mayfield Publishing Company, California.

Sharer, Robert

- 1994 *The Ancient Maya*. Stanford University Press, California.

Shook, Edwin y Marion de Hatch

- 1999 Las tierras altas centrales: Periodos preclásico y clásico. En *Historia general de Guatemala*, Tomo 1. Asociación de Amigos del País y la Fundación para la Cultura y el Desarrollo, Guatemala.

Spinden, Herbert

1975 *A Study of Maya Art*. Dover Publications Inc. New York

Stephens, John

1969 *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*. Dover Publications, Inc., New York.

Stuart, David

- 1987 Ten Phonetic Syllables. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.
- 1988 The Rio Azul Cacao Pot. Epigraphic Observation on the Function of a Maya Ceramic Vessel. En *Antiquity* Vol. 62 No. 234
- 1995 *A Study of Maya Inscriptions*. Tesis doctoral presentada a la Universidad de Vanderbilt, Nashville.

Stuart, George

- 1992 Quest for Decipherment. A historical and biographical survey of Maya hieroglyphic investigation. En *New Theories on the Ancient Maya*. Editado por R. Sharer y E. Danien. The University Museum Vol 3. University of Pennsylvania, Philadelphia.

Swadesh, Mauricio

1966 *El lenguaje y la vida humana*. Fondo de Cultura Económica, México

Thomas, Cyrus

- 1882 *A Study of the Manuscript Troano*. Department of the Interior, U.S. Geographical and Geological Survey of the Rocky Mountain Region. Government Printing Office, Washington.
- 1892_a Key to the Maya Hieroglyphs. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.
- 1892_b Is the Maya Hieroglyphic Writing Phonetic? En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Thompson, Eric

- 1962 *A Catalog of Maya Hieroglyphs*. University of Oklahoma Press.
- 1963 *Maya Archaeologist*. University of Oklahoma Press.
- 1966 *The Rise and Fall of Maya Civilization*. University of Oklahoma Press.
- 1971 *Maya Hieroglyphic Writing*. University of Oklahoma Press. Norman

Valdés, Juan Antonio, Federico Fahsen y Héctor Escobedo

- 1999 *Reyes tumbas y palacios. La historia dinástica de Uuxacún*. Universidad Autónoma de México / el Instituto de Antropología e Historia de Guatemala.

Valentini, Philipp J.

- 1880 The Landa Alphabet: A Spanish Fabrication. En *The Decipherment of the Ancient Maya Writing*, 2001. (Editado por Stephen Houston, Oswaldo Chinchilla y David Stuart) University of Oklahoma Press.

Varios Autores

- 1968 *El Hombre: su comportamiento*. Recopilación de Bernard Berelson. Editorial PAX-México, México.

1993 *Antropología. Lecturas*. Editado por Paul Bohannan y Mark Glazer. Mc Graw Hill, Madrid.

Villacorta, J. Antonio y Carlos A. Villacorta

1930 *Codices mayas. Reproducción y desarrollo*. Biblioteca Maya Ojer Tzij, Guatemala

Webster, David

1989 La Guerra y la evolución de la civilización maya. En *Los orígenes de la civilización Maya*. Compilado por E.W. Adams. Fondo de Cultura Económica, México.

2002 *The Fall of the Ancient Maya*. Thames and Hudson, New York.

Whorf, Benjamin L.

1933 The Phonetic Value of Certain Characters in Maya Writing. En *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*. Harvard University.

En Internet

<http://www.halfmoon.org/writing.html>

<http://www.famsi.org>

<http://www.newadvent.org>